

# UN ÚLTIMO *Café*

No todos los finales  
son felices

NAHOMY RODRIGUEZ

*UN ÚLTIMO CAFÉ*  
*NO TODOS LOS FINALES SON FELICES.*

NAHOMY RODRIGUEZ

Nahomy Rodriguez, 2019.

[www.nahomyrodriguez.com](http://www.nahomyrodriguez.com)

Título Original: Un Ultimo Café.

© Angela Nahomy Rodriguez Afonso, 2019

Código de registro: 1901039517776

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del escritor o escritora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes en el Código penal)

*A todos los que, como yo, en algún punto del camino se han olvidado de sí mismos para hacer felices a los demás...*

# LA CITA A CIEGAS

## *CAPÍTULO 1*

***10 AÑOS ATRÁS (2008)***

***Martes, 03:00 P.M.***

El cielo seguía nublado luego de la fuerte lluvia que había empapado las calles de la ciudad. La helada brisa se colaba entre las personas que, siempre apresuradas, abarrotaban los cruces peatonales entre maniobras para esquivar los charcos. En medio de tanta algarabía, Kate apremiaba el paso hacia el *Bohemian café*. Aquel establecimiento que solía llamar su atención todas las mañanas camino a la academia de arte, al que nunca se atrevió a entrar, pero había puesto primero en su lista de pendientes. El que hacía esquina a dos cuadras de su departamento y expedía un exquisito aroma a chocolate y avellanas que bien sabía hacerle agua la boca. Kate nunca imaginó que la razón para hacer tiempo y visitarlo algún día, sería una forzada cita a ciegas que había orquestado su mejor amiga.

Revisando su reloj de muñeca se percató de que llegaría tarde.

La puerta del café sonó al abrirse, y una vez dentro, Kate cerró su paraguas dejándolo junto a la entrada para no empapar el local. Se atusó la melena castaña apartándosela del rostro, y sacudió de su abrigo un par de gotas residuales mientras chequeaba el no haberse mojado más de la cuenta.

Un pausado suspiro dio paso a una sonrisa, mientras sus avellanados ojos se tomaban el tiempo para detallar el lugar: Piso y techo de madera, paredes color crema con sutiles decorados florales en tonos sepia. Sencillas y comunes mesas cuadradas que, variando la cantidad de asientos, se distribuían de manera espaciada por el local. Mantel color crema, lámparas que hacían juego, y una barra al fondo donde las grandes máquinas de café eran

protagonistas. Envases contenedores mostraban los croissants del día, y tras una pequeña vidriera, las tartas más provocativas que Kate hubiese visto en su vida, siendo la de brownie la que le flechase a primera vista.

El establecimiento había resultado más acogedor y elegante de lo que se apreciaba desde la calle, y definitivamente más agradable de lo que Kate había imaginado. El exquisito olor a chocolate y avellanas la tenía totalmente embriagada cuando la campanilla hizo eco y una pareja que recién entraba al lugar tropezó con Kate haciéndole trastabillar. Se había quedado atravesada junto a la puerta.

—Disculpen —musitó apartándose rápidamente, recordando la verdadera razón por la que se encontraba en aquel café. Suspiró mirando alrededor, pasando de rostro en rostro sin tener idea de a quien buscaba. Ansiosa por encontrar respuesta a las incógnitas que le habían estado martillando la cabeza toda la mañana, se giró hacia el otro extremo del café esperando tener más suerte. Al no recibir señal alguna pensó que la habían embarcado, pero a medio suspiro, sus ojos colisionaron con dos grandes esmeraldas que le hicieron mirar una segunda vez. Quedando atrapada en una irresistible fuerza magnética que le invitó a sostenerle la mirada al atractivo dueño de aquellos ojos verdes, quien, de corta y rubia cabellera bien peinada, parecía igualmente interesado en ella. La intensidad de su mirada le aceleró el corazón, y dejándola sin armas la hizo sentir desnuda.

—¿Kate?

Una masculina voz le llamó por su nombre, pero no provenía del rubio. Decepcionada, se obligó a cortar la conexión con el adonis de ojos verdes para centrarse en un atlético y enorme chico que, de rojizo y rizado cabello, le saludaba con la mano desde una mesa no muy lejana.

Suspirando lanzó una última y fugaz mirada hacia el rincón donde se encontraba el atractivo joven, forzando una sonrisa antes de acercarse finalmente al pelirrojo.

—¿Steve? —preguntó recordando el nombre que le había dado su amiga. Y recibiendo un afirmativo movimiento de cabeza, se sentó frente a él—. Kate Howard. —Se presentó ofreciéndole la mano mientras ampliaba educadamente su sonrisa, la que se desvaneció cuando este le tomó dicha mano y plasmó un beso en sus nudillos con galante actitud.

Kate no supo que hacer, quiso decir algo, pero no supo qué. La expectante mirada de Steve le hizo suponer que éste esperaba que ella se derritiese o algo parecido, pero resultándole imposible un número como aquel, volvió a sonreír

de manera forzada mientras apartaba lentamente su mano.

—¿Cómo supiste que era yo? —inquirió picándole la curiosidad.

—Judith me dijo que eras hermosa, así que supuse que eras tú —respondió Steve guiñándole un ojo—. Eso y que parecías estar buscando a tu príncipe azul.

Los avellanados ojos de Kate se abrieron de par en par mientras asimilaba cada palabra que había salido de la boca de aquel musculoso chico.

—La verdad es que...no soy de las que le gustan los príncipes azules —aclaró ella esperando que Steve solo estuviese bromeando con eso de la galantería barata. De lo contrario mataría a Judith por haberla convencido de aquella estupidez.

Steve soltó la risa, como si Kate hubiese contado un chiste digno de una carcajada.

—No te preocupes belleza, tienes suerte de que yo sea naranja —indicó ofreciéndole una media sonrisa a la castaña.

Mientras, al fondo del local y sin discreción alguna, el misterioso rubio no conseguía apartar su atención de la linda chica. Intentaba enfocarse en el libro que llevaba horas leyendo, pero la rápida forma de sonrojarse de la castaña cuando sus miradas se encontraban, le había cautivado. Hacía mucho que no veía a una mujer que emanase tanta belleza en su sencillez. Poco maquillaje, ondulado cabello castaño, cómodo atuendo y botas para lluvia. Al menos para Eric aquello era sinónimo de perfección, y sin perderla de vista, empezaba a preguntarse de que estaría hablando con aquel chico como para tener cara de espanto.

—Por cierto, llegas un poco tarde belleza —destacó Steve viendo su reloj—. Lo pasaré por alto esta vez por ser nuestro primer encuentro, pero que no se repita.

Kate hizo otro gran esfuerzo por reprimir cualquier expresión de su rostro, aquello resultaba difícil de asimilar.

—Lo mantendré en cuenta —dijo siguiéndole la corriente.

—No te preocupes, me tienes a mí para ayudarte a ser una mejor persona —apuntó el pelirrojo antes de levantar la mano para llamar a un mesonero, mientras los ojos de la atónita Kate no podían abrirse más o se saldrían de sus orbitas.

—Supongo que desesperas por saber de mí ¿No es así? —preguntó Steve.

—¡Oh sí! Las ansias me matan —afirmó ella con lo que Steve no parecía

estar familiarizado, sarcasmo.

—No desesperes belleza, tenemos toda la tarde para hablar de mí — aseguró con otro guiño.

—¡Yey! —celebró Kate con fingida emoción.

Una hora más tarde, Kate había pasado la línea de la tolerancia. Steve había cumplido su palabra y no había hecho otra cosa más que hablar de sí mismo. De sus deportes favoritos, de su rutina de ejercicio, de sus marcas favoritas, de su lista de récords atléticos, e incluso de sus antiguas relaciones que no habían durado más de tres semanas. Kate estaba a punto de estallar, o con mucha suerte entraría en coma por sobredosis de narcisismo.

De vez en cuando, en busca de algo agradable que le mantuviese despierta, llevaba su mirada hacia el ojiverde del fondo, y recibiendo reciproca atención, se permitía una que otra sonrisa furtiva como quien juega a no ser descubierto. Kate no dejaba de pensar en la posibilidad de intercambiarse de mesa y así no sentir que había perdido la tarde con aquel yoyo sin cuerda. Pero detestaba a las personas groseras y no pretendía ser una de ellas. En cambio, se distraía haciéndose un mar de preguntas: ¿Por qué la miraba de esa forma? ¿Cuánto tiempo llevaba en el local? ¿De qué trataba el libro que leía? ¿Qué había en su taza? ¿Cómo se llamaba? Y la pregunta más importante, ¿Por qué no fue él su cita a ciegas?

—¿Ya te conté sobre Rufo, belleza? —preguntó Steve mostrándole la foto de un perro en su móvil, obligándola a regresar su atención hacia él—. Es un Golden Retriever. Tan guapo como su dueño ¿No crees?

Kate asintió con un rápido gesto y se terminó el batido de fresas que había pedido para disimular las pocas ganas que le quedaban de forzar otra sonrisa. A su favor, Steve no parecía prestarle demasiada atención, o tal vez era muy idiota para darse cuenta de que ella no estaba a gusto.

Sumergida en pensamientos y con la mirada perdida en el vaso ahora vacío del batido, Kate sintió el tiempo pasar como si se arrastrase con pesadez de un segundo a otro. Y cuando creyó que éste no podría ir más lento, pareció detenerse por completo cuando vio al misterioso rubio con una servilleta en mano que tenía un mensaje escrito con marcador negro.

### ***¿ES TU NOVIO?***

La castaña leyó la pregunta varias veces, miró alrededor, pero nadie más

parecía estar al tanto del mensaje. Regresó su atención hacia él, y solo cuando el chico le insistió moviendo la servilleta, asumió que era con ella. Observó a Steve de reojo verificando que estuviese distraído buscando fotos en su móvil, y con un agitado revoloteo en la boca del estómago, volvió su atención hacia el rubio para responderle con exagerada negativa

El chico contuvo la risa y bajó el papel para volver a escribir en él con el mismo marcador que parecía haber sacado del maletín de cuero que descansaba en el asiento junto a él.

*¿FAMILIAR O CONOCIDO?* preguntaba el nuevo mensaje.

Kate se apresuró en responder con otra contundente negativa, y como una vulgar traidora se sintió cómplice de un peligroso juego que podría acabar muy mal. Regresó su atención a Steve para disimular su atrevimiento, agradeciendo que este fuese el ser más ególatra que hubiese conocido en el planeta, y cuando sus ojos volvieron sobre el rubio, su corazón se agitó hasta doler. El chico terminaba de guardar el libro que leía en su maletín para ponerse de pie.

Pensar que se marchaba le desconsoló, y sopesando la incertidumbre del porqué de las preguntas que le había hecho, lo vio dejar dinero en la mesa antes de empezar a caminar hacia ellos.

Sin poder quitarle la mirada de encima, Kate lo vio acercarse con paso firme y sin apuros. Era bastante alto, poco más de metro ochenta se hubiese atrevido a apostar. Y aunque no era tan exageradamente musculoso como Steve, a juzgar por lo grande de sus brazos y lo ajustado que le quedaba el atractivo abrigo azul marino, era un hombre al que le gustaba mantenerse en forma.

Habiéndose perdido en el rápido escaneo que le había hecho al rubio, no tuvo tiempo de asimilar que ya se encontraba junto a ellos en la mesa.

—Disculpa... —interrumpió este buscando llamar la atención de Steve con un gesto de su mano—. Hola —saludó cuando el pelirrojo le miró—. No quiero arruinarte el monólogo —indicó con moderada y varonil voz—. Pero la chica está aburrida.

Paralizada, Kate no supo cómo reaccionar, mucho menos qué decir, y a juzgar por la pasmada forma en que le miró Steve en ese momento, el pelirrojo se había ofendido.

—¿A caso no ves que esta belleza y yo estamos en una cita?

El rubio hizo una mueca.

—No creo que le guste que la llames así —recalcó viendo la hastiada expresión en el rostro de Kate.

Steve pifió incrédulo.

—Ese no es tu problema, imbécil. Y a ella le encanta que la llame así.

—De hecho... —Kate se hizo escuchar. No podía seguir soportando la absurda y para nada normal actitud controladora y presuntuosa de Steve—. Si vuelvo a escuchar el *belleza* una vez más, juro que me ahogo en tu café.

El ojiverde señaló a Kate.

—¿Lo ves, Wesley? La estás llevando al suicidio.

—¡Tú cállate! —exclamó Steve, claramente enojado.

—Lo siento Steve, pero nuestra cita se terminó —sentenció Kate aprovechando la situación.

—Teníamos una hora antes de tu compromiso —alegó el descontento pelirrojo.

—La hora terminó hace veinte minutos —apuntó el ojiverde viendo su reloj de muñeca—. Y yo soy su compromiso —mintió tomando a Kate por sorpresa, pero la chica no le llevaría la contraria en ese preciso instante—. Así que si no te molesta...—continuó, señalando la puerta del local.

Steve no reaccionaba, miraba a la castaña con desconcertada expresión bañada en enojo. Estaba claro que se sentía humillado.

—¿Estas esperando que te acompañe hasta la puerta? —insistió el rubio con impaciencia.

El fortachón, sin tener más que decir y viéndose claramente despachado, se puso de pie lanzándole una mirada poco amistosa a Eric para marcharse sin mirar atrás. Kate esperó a que el pelirrojo se alejase lo suficiente para dirigirse al ojiverde.

—¿Estás Loco? —preguntó mientras asimilaba aquel disparate—. Pudo haberse enojado —destacó.

—¡Oh! Está enojado —aseguró el rubio justo antes de que Steve se retirase del café con un buen portazo que hizo brincar tanto a la castaña como al resto de la confundida clientela. La chica tuvo que contener la risa ante el transparente *te lo dije* en el rostro de Eric. Y tomando una fuerte bocanada de aire buscó apaciguar no solo las ganas de reír, sino ese persistente y bastante inquietante revoloteo en su estómago, el que se aceleraba de forma desmedida ahora que el atractivo chico estaba frente a ella.

—Supongo que debo darte las gracias por *rescatarme* —dijo Kate con

dramática sorna al final.

El ojiverde negó con la cabeza.

—No te preocupes, es lo menos que podía hacer. Verte agonizar me estaba partiendo el alma.

La castaña no pudo contener la risa esta vez. Dulce melodía que robó de Eric una sonrisa.

—Sí, la verdad es que estaba a punto de cortarme las venas con la servilleta —admitió divertida antes de que se hiciera el silencio entre ambos.

El magnetismo era palpable, y como si hubiesen caído en un placentero y a la vez turbulento trance, se sostuvieron la mirada sin saber qué decir o hacer. Lo imprevisto del atrevimiento del rubio les había dejado sin armas. Ni él mismo sabía que paso dar ahora.

—Eric Russell. —Se presentó finalmente ofreciendo su mano, pareciéndole lo más apropiado.

—Kate Howard —respondió ella recibiendo el saludo.

—¿Quieres tomarte un café conmigo? —preguntó Eric sin darle largas al asunto—. Ya sabes, como agradecimiento por salvarte de una aburrida muerte.

Kate soltó otra suave risa, le miró en silencio, y asumiendo que aquel inusual revoloteo en su estómago se debía a la presencia del rubio, señaló la silla frente a ella.

—¿Cómo decirle que no a mi *Héroe*? —dijo con una pequeña e incluso coqueta sonrisa mientras el Eric tomaba asiento dejando su maletín en el suelo junto a la silla.

—Después de todo eres mi compromiso de esta tarde ¿No es así? —agregó ella recalcando la mentira de hacia un momento.

—Lo siento, solo improvisaba. —Se disculpó el ojiverde avergonzado— Si aún tienes que acudir a ese compromiso, yo puedo entender.

—Sobre el compromiso... —musitó Kate con una culpable expresión.

—No había compromiso —supuso Eric cayendo en cuenta. Todo había sido un parapeto de la castaña como método de escape.

—Bueno, ahora lo hay —alegó ella esbozando la misma sonrisa coqueta de hacia un momento, esa que provocaba que el rubio sintiese sus palpitaciones acelerarse.

De nuevo se hizo el silencio cargado de miradas donde Kate aprovechaba para detallar el rostro del chico. Grandes ojos verdes, varoniles rasgos europeos y una perfilada boca que lucía más atractiva debido a la cicatriz que tenía en el labio inferior.

Eric también le admiraba, pero el silencio empezaba a ponerle nervioso, por lo que buscando continuar con la velada antes de decir una locura, levantó la mano llamando a una mesonera que, para su suerte, se acercó al instante.

—Me vas a traer un cappuccino con chocolate y... —Señaló a Kate esperando que pidiese.

—Que sean dos, el mío con leche deslactosada y sin azúcar —indicó ella sin dejar de mirarle.

—Traiga también un par de tartas de brownie, por favor —agregó al pedido antes de que la mesonera se marchase.

—Ohhhh tarta de brownie —musitó Kate con gustoso tono—. Esa tarta me hizo ojitos cuando entré.

—Espera a probarla, es todo un orgasmo culinario —aseguró el chico logrando que la castaña alzara una ceja.

—Me ganaste con lo del orgasmo —admitió con una sonrisa. La eléctrica conexión entre sus miradas vigorizaba el inquietante magnetismo entre ellos.

—Así que... —arrancó Eric con la conversación— ¿Qué edad tienes? ¿De dónde eres? ¿A qué te dedicas cuando no estas saliendo con zanahorias? —inquirió realmente interesado en saber todo de la linda castaña que le había robado la concentración aquella tarde.

Kate contuvo la risa por el repentino interrogatorio.

—Bien, tengo 25 años, soy de Carolina del Norte y me mudé a Los Ángeles hace 2 años para estudiar pintura —explicó.

El rubio le miró con grata sorpresa.

—Eres una artista —recalcó agradándole la idea.

—No sé si *soy* una artista, pero lo intento —alegó ella.

Eric sonrió, le resultaba adorable que la chica se ruborizase solo por llamarla artista.

—¿Y dónde estudias? —continuó con las preguntas.

—En la UCLA —respondió Kate.

—Buena escuela de arte. He escuchado mucho sobre los talentos que emergen de ella —comentó mientras la mesonera hacia acto de presencia con sus respectivas tazas de café—. De hecho, fue una de mis primeras opciones cuando me mudé aquí para estudiar arquitectura —informó agregando dos cucharadas de azúcar a su cappuccino.

—¿Arquitectura? —preguntó Kate pensativa, recordando el libro que le había visto en manos minutos atrás y preguntándose si habría estado estudiando—. Es una carrera muy sexy —apuntó provocando que Eric se

ahogase al intentar beber de su café— ¿Estas bien? —Se preocupó, resultándole difícil ocultar la risa.

—Como un durazno —respondió el rubio, carraspeando para apaciguar la sorpresa del comentario y la desagradable y fuerte quemada que se había llevado—. Sabes, podría haber dicho lo mismo de la pintura, pero no quería ser tan directo —indicó con una sugestiva sonrisa.

—La vida es corta Eric —recalcó la castaña—. Poco tiempo para andar con rodeos ¿No crees?

El futuro arquitecto la miró fijamente sin decir nada, con una media sonrisa en los labios y un brillante destello lleno de fascinación en los ojos. Con la curiosidad picándole las ganas de saber más sobre aquella chica que irradiaba tanta alegría y seguridad.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo finalmente compartiendo una amplia sonrisa con la castaña.

—¿Y dónde estudias arquitectura? —continuó Kate probando finalmente su café, comprobando así que este seguía muy caliente para su gusto.

—En la USC —respondió el rubio antes de empujarse otro sorbo de cappuccino.

—Una de las mejores universidades de Los Ángeles —indicó ella.

Eric no alardeó, se limitó a asentir

—Y está a solo treinta minutos de la UCLA —recalcó el chico mientras hacía espacio en la mesa para los dos platos con tarta de brownie que traía la mesonera.

—¿Qué insinúas? —preguntó la castaña intrigada.

—Nada —alegó él dándole una primera probada a la tarta, saboreando la misma sin prisas—. Solo destaco el hecho de que nuestros centros de estudio se encuentran *convenientemente* cerca.

Aquella fue la primera vez que Kate se vio deslumbrada por la maliciosa sonrisa que transformaba por completo el rostro del rubio. Desvaneciendo su simpático y encantador semblante, por una sugestiva e inquietante actitud que, muy lejos de perturbar a Kate, le incitaba. Le gustaba.

—Buena observación —reconoció antes de quitarle la cucharilla de la mano, la mesonera había olvidado la de ella—. Tal vez sea el destino encontrarnos.

El ojiverde asintió, estaba de acuerdo.

—Posiblemente, porque de no haber venido a la ciudad, igualmente seguiríamos siendo vecinos, así que sí, podemos contar con eso del destino.

La castaña le miró curiosa por lo que acababa de insinuar.

—¿Eres de Carolina del sur? —preguntó suponiendo que a eso se refería con ser vecinos.

—Más abajo.

—¿Georgia? —inquirió sorprendida, recibiendo un afirmativo gesto del chico—. Nunca te hubiese tomado por sureño, pareces un chico de ciudad y tu acento no se nota.

Eric elevó los hombros con campechano gesto.

—Me mudé aquí hace diez años, algo se te pega —alegó en su defensa.

Kate le miró en silencio por un par de segundos, y finalmente le sonrió.

—Bien, fuese lo que fuese que te halla pegado la ciudad, no te queda mal —destacó antes de probar finalmente la tarta, quedándose pasmada ante la delicia que se derretía en su boca a medida que masticaba—. Mmm, ¡Santos Cielos!

El rubio sonrió ampliamente.

—Te lo dije, orgasmo culinario —reiteró viéndola llevarse otro bocado a la boca antes de devolverle la cucharilla para que él pudiese comer también.

—Este lugar se acaba de convertir en mi lugar favorito en todo Los Ángeles —aseguró la castaña saboreándose el chocolate de los labios—. Hogareño ambiente, exquisitos aromas, buen café, indescriptible tarta de brownie, y misteriosos chicos guapos que te rescatan de desastrosas citas a ciegas —especificó sin dejar ningún detalle por fuera.

—Así que cita a ciegas —recalcó Eric bajando el brownie con un sorbo de café.

Kate suspiró.

—Sí, el accidente anaranjado fue el resultado de mi falta de voluntad para decir que no —explicó—. Eso y tener una amiga con desesperadas ganas de que la entierren viva.

El ojiverde resopló una suave risa mientras le regresaba la cucharilla.

—Esos son los amigos que le agregan diversión a la vida —opinó.

—Con diversión como esa, prefiero morir de aburrimiento —musitó ella—. No espera, acabo de pasar por eso y tampoco fue agradable —acotó recordando la hora que había perdido con Steve, provocando que Eric riese mientras ella se daba el gusto de volver a probar la tarta, sintiendo que la boca se le hacía agua solo con el aroma de la misma—. Santos cielos, podría estar comiendo esto todo el día, todos los días.

—Eso se puede solucionar —indicó el rubio con insinuante expresión.

Kate elevó la mirada hacia él conteniendo la sonrisa mientras tragaba. Aquella maliciosa sonrisa sería su perdición.

—¿Qué sugieres? —preguntó bebiendo finalmente de su cappuccino encontrándolo en agradable temperatura.

Eric amplió la sonrisa y le hizo una señal a la mesonera para que se acercara.

—Una tarta entera de brownie para llevar, para la señorita —pidió él mientras a Kate le resultaba imposible disimular la decepción mientras la mesonera se alejaba—. Listo, solucionado —agregó regresando la mirada sobre ella, victorioso.

La castaña rio con avergonzado semblante.

—Y yo que pensé que...

—¿Qué te invitaría a encontrarnos aquí todos los días para comer tarta y tomar café? —preguntó él robándole las palabras a la chica. Quien sonrojada y sin argumentos para defenderse de la verdad, se mantuvo en silencio—. Eso también, pero no quería que llegaras a casa con las manos vacías —alegó sonriente.

—Que considerado —recalcó esta.

Eric se inclinó sobre la mesa y le sostuvo la mirada a la linda castaña por un par de largos segundos hasta hacerla sonrojar una vez más aquella tarde. Le gustaba ver como sus mejillas se ponían coloradas con tanta rapidez y facilidad.

—¿Qué dices entonces? ¿Me aceptas un café acompañado de tarta todos los días? —Le pidió de forma propia y directa.

Kate lo pensó, sonrió y le regresó la cucharilla.

—Tengo una mejor pregunta ¿Por qué no dejabas de mirarme desde que llegué? —La castaña moría por saber. Él, consciente de que la chica cambiaba el tema con toda intención para jugarle con la misma moneda y dejarle con la intriga ante su respuesta, cogió la cucharilla y la dejó junto a la tarta mientras se reacomodaba en su silla.

—Curioso —musitó sin apartar la mirada—. Podría hacerte la misma pregunta.

Y ahí estaba de nuevo aquella maliciosa expresión que provocaba escalofríos en Kate.

—Buena jugada —admitió la castaña. Y el silencio regreso a ellos cargado de una seductora e hipnótica energía. No podían dejar de sonreír.

—Gracias por mejorar mi tarde —soltó Kate rompiendo el letargo.

—No me agradezcas, la tarde aún no termina.

En los avellanados ojos de la futura pintora se dibujó la emoción ante la idea. El corazón le latía tan fuerte que por primera vez en mucho tiempo se sentía genuina e irremediabilmente nerviosa frente a un chico.

Entre tazas de café y pedazos de tarta acompañadas de preguntas y vigorizantes risas. Aquel par de extraños que coincidieron por causas del destino en aquel local, se permitieron conocerse mientras la noche caía y la lluvia azotaba nuevamente las calles de la ciudad.

### ***PRESENTE (2018)***

***Sábado, 07:30 P.M.***

Los recuerdos dolían. Eric nunca se hubiese imaginado que algún día estaría pensando en el pasado con tanta añoranza y tanta vergüenza. Estaba consciente de que no merecía gesto alguno de comprensión, o si quiera la vaga idea de otra oportunidad. Era un cobarde, y esa maldita cobardía que tanto había gobernado y limitado su vida le había destruido por completo al final.

Eric tenía miedo. Miedo de aceptar que luego de haberla perdido y recuperado tantas veces, esta vez sería definitivo y para siempre. La sola idea le asfixiaba de formas que no podía explicar. Así como tampoco podía explicar lo que sintió en el inesperado encuentro de aquella tarde 10 años atrás. En ese café donde conoció a la mujer que pensó sería la última. El mismo café donde se encontraba ahora, esperándola.

Sus verdes ojos difícilmente se elevaban de la mesa. Ensimismado, miraba fijamente el minuterero del reloj de muñeca que Kate le había regalado hacía varios años atrás en un aniversario. Y aun cuando estaba consciente de que la castaña llegaría tarde, ansiaba el momento de verla cruzar aquella puerta. La extrañaba como nunca le había extrañado antes, porque muy en el fondo sabía que después de esa noche la extrañaría el resto de su vida.

Tronó los dedos de su mano derecha, respiró hondo empezando a impacientarse y elevó la mirada hacia el ventanal junto a él con la esperanza de hallarla cruzando la calle hacia la esquina donde se encontraba el *Bohemian Café*. Pero en aquella fría noche solo divisó autos esperando por la luz verde para avanzar, a un par de jóvenes caminando por la acera mientras ojeaban sus móviles, y un apresurado hombre que, con ramo de flores en mano, parecía llegar tarde a una cita.

El lugar estaba casi vacío. Solo dos mesoneros atendían el local, y apartando la mesa que él ocupaba ahora, solo otras tres tenían clientela. Aquel café, el que alguna vez estuvo lleno de rebosantes y exquisitos olores, al igual que su relación con la castaña, se había perdido en el camino. Era triste, demasiado tal vez.

La campanilla que anunciaba la entrada sonó. Eric giró rápidamente la vista hacia la puerta y el corazón le dio un fuerte brinco que, por un instante, le dejó sin aire. Era ella, era Kate. La misma preciosa mujer de abundante cabellera castaña que parecía estar buscando a alguien dentro del local. Eric exhaló sin poder apartar la mirada. Una vez más, Kate entraba en aquel café en busca de un hombre al que no quería ver. El sarcasmo de revivir aquel momento le resultaba tan amargo que casi soltó la risa, ahora la indeseada cita era él. Solo rogaba que no existiese ningún otro tonto lo suficientemente valiente como para rescatarla de aquella velada que, a juzgar por la forma en que le miraron sus avellanados ojos, le resultaba una pesadilla.

Resultándole difícil respirar, Kate se ajustó el abrigo en busca de compostura. Hacía poco más de dos meses que no se veían y su cuerpo reaccionaba a la presencia de Eric como si se hubiese reencontrado con un malestar al que estaba tristemente acostumbrada.

En aquella precisa mesa donde se encontraba ahora lo había visto por primera vez, y aunque hubiesen pasado los años y las arrugas en la comisura de sus ojos se habían empezado a acentuar, seguía siendo tan apuesto como el primer día, seguía siendo su atractivo adonis. Incluso cuando llevaba varios días sin afeitarse seguía luciendo guapo. Pero sus ojos, sus ojos ya no eran los mismos. Tal vez del mismo verduzco color, pero definitivamente no tenían el mismo brillo.

La castaña había tardado tanto en tomar la decisión de asistir al llamado del rubio esa noche que, decidida a terminar rápidamente con aquel absurdo, se acercó sacudiendo ideas y memorias de su cabeza.

El ojiverde se levantó por educación recibéndola con un beso en la mejilla, de esos que se dan los amigos y familiares, o mucho peor, los extraños.

—Llegué tarde, lo siento —dijo Kate apartándose de inmediato.

Eric esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

—Kate, tu siempre llegas tarde a todas partes —destacó. Su voz se había agravado un par de tonos con los años, pero seguía siendo tan varonil y moderada como siempre.

—Sí, supongo que eso nunca cambiará —admitió ella forzando la sonrisa, tomando asiento cuando el rubio le señaló el sillón al otro lado de la mesa sin apartar la mirada de ella, le estaba detallando.

La castaña había dejado de ser la jovial chica que había conocido en aquel entonces para convertirse en una exitosa, madura y atractiva mujer que, aun sin usar mucho maquillaje, sabía como lucir elegante, sexy y absurdamente hermosa. O tal vez solo era la pureza de su naturalidad la que le parecía tan fascinante.

—Deja de hacer eso —pidió Kate luego de un largo silencio—. Detesto que me mires de esa forma.

Eric negó sutilmente con la cabeza, mientras una discreta y débil sonrisa se dibujaba en la comisura de sus labios.

—Te encanta —aseguró—. Y no te veo hace dos meses, así que no, no pienso dejar de mirarte así ahora.

Kate resopló incrédula mientras se quitaba el bolso del hombro para dejarlo junto a ella en el asiento.

—No parecías tan afectado por mi ausencia cuanto de fuiste por casi dos años —recalcó sin más.

Cortado por la acotación, el arquitecto asintió sin poderle quitar la razón.

—Eran otros tiempos —alegó en su defensa.

—Hace menos de seis meses —replicó ella sin poderse quedar callada. Ya no.

El silencio regresó cargado de agresividad, la castaña estaba a la defensa y Eric podía notarlo.

—¿Cómo has estado? —preguntó Kate cambiando el tema, no quería entrar en discusiones tan temprano.

El ojiverde suspiró y se tomó un momento pensando al respecto, tronando los dedos de su mano derecha una vez más y apartando finalmente la mirada hacia la mesa.

—He estado mejor —indicó dejando una desagradable y tensa pausa en el aire que cortó de inmediato—. ¿Qué hay de ti? ¿Dónde te estás quedando?

—Con Judith —respondió Kate, consciente de que el rubio desviaba el enfoque de la conversación.

Él, para nada sorprendido, asintió con una satírica media sonrisa.

—¿Cómo está ella?

—Bien, pero eso nunca te ha importado —recalcó sin rodeos—. Judith ni si quiera te agrada.

Eric sopesó la idea no queriendo confirmarlo con tanta rudeza.

—No es que no me agrade —aclaró recibiendo una acusadora mirada de Kate—. Está bien, es verdad, no me agrada. —Le parecía una entrometida—. Pero cuando tú lo dices suena como si la odiase.

Kate no hizo comentario alguno al respecto, se le quedó viendo en silencio mientras este le esquivaba la mirada. La pintora lo conocía mejor de lo que él se conocía a sí mismo.

—¿Has estado bebiendo otra vez? —preguntó con un nudo en la boca del estómago. Temía la respuesta, pero a leguas se notaba que Eric estaba mal.

—Estoy bien —aseguró él sin titubeo y con seriedad—. No te preocupes.

¿Que no se preocupara? Kate no toleraba la posibilidad de que estuviese bebiendo con el descontrol con que lo solía hacer cuando se encontraba sumido en la oscura autocompasión que ella tanto detestaba.

—Sí, siempre dices eso —indicó la castaña resignándose a que Eric no cambiaría—. Siempre me dices que no me preocupe, pero al parecer no termino de hacerte caso.

El rubio no supo qué decir. Por lo que el frío y silencioso abismo que había crecido entre ellos con el tiempo se hizo presente con toda su venenosa intensidad. Y sin saber cómo empezar una conversación luego de las palabras de la pintora, Eric recurrió a los recuerdos que causaban estragos ahora en su mente.

—¿Recuerdas este lugar? —preguntó. Kate miró alrededor, deteniéndose sobre aquella mesa dónde durante horas charlaron esa primera tarde. Dónde ese apuesto chico le robó el corazón al instante en que le sonrió. Eric miró en la misma dirección, vagando en dichos recuerdos.

—Ha cambiado —destacó ella—. Pensé que después de tanto tiempo habría cerrado.

—Yo pensé lo mismo —admitió el arquitecto ojeando el desgastado suelo y las curtidas paredes—. De hecho, me sorprendió saber que seguía de pie. —Una media sonrisa se dibujó rápidamente en sus labios, y con la misma velocidad se desvaneció—. No recuerdo cuando fue la última vez que estuvimos aquí. ¿Por qué dejamos de venir?

Kate respiró hondo, sosteniéndole la mirada a Eric cuando este regresó sus verdes ojos sobre ella.

—No me extraña que no lo recuerdes —recalcó cruzándose de brazos—. ¿El nombre Rebeca te dice algo?

La verdad tras aquella acusación dolió más que una bofetada. Y sintiéndose la peor de las basuras, Eric bajó la mirada a la mesa sin argumentos para defenderse.

—Lo siento. —Se limitó a decir volviendo su atención a ella. La vergüenza no le permitía conjugar más palabras que esas.

La castaña suspiró y se descruzó de brazos consiente de que estaba tomando una posición defensiva, pero es que no podía dejar de sentirse inquieta con su presencia. Mucho había sido el daño, muchas las heridas.

—Ya no importa —sentenció buscando no darle importancia para no revivir el dolor.

—Sí, sí importa. Importa porque cuando entraste por esa puerta reviví la primera vez que te vi, y todo se sintió igual —reconoció sin reservas—. Incluso recordé la certeza que tuve ese día de que tu serías la mujer de mi vida —agregó, sintiéndose expuesto ante una bomba de reproches que podría estallarle en la cara en cualquier momento. El aire entre ellos era pesado y Kate no parecía estar dispuesta a recibir ningún tipo de halago, coqueteo o comentario. Pero muy a pesar de las suposiciones de Eric, Kate no dijo nada.

La castaña respiró hondo una vez más. Decidida a no ceder el control ante la nostalgia.

—Siempre has sido tan dramático —dijo con desdén finalmente.

—Tal vez. Pero tuve razón en ese entonces y ahora res mi esposa —destacó el ojiverde con una media sonrisa en los labios al ver que la castaña aún tenía su anillo de matrimonio puesto.

—Por ahora —recalcó ella cortándole el ánimo al rubio. Y como a quien le arrancaban el alma del cuerpo, este bajó la mirada mientras la vergüenza le derrumbaba en segundos una vez más.

—Kate, solo intento... —Ni él estaba claro en lo que realmente pretendía esa noche—. Si no quieres estar aquí ¿Por qué aceptaste venir? —preguntó de una vez por todas. Regresando sus implorantes y abochornados ojos verdes sobre ella.

—Vine porque no quisiste que nuestros abogados se encargaran del proceso —aclaró sacando una carpeta de su bolso que titulaba *Acta de divorcio*—. Te antojaste de que firmásemos los papeles en persona y aquí estoy, terminemos con esto.

El sonido que emitió el bolígrafo al chocar con la mesa junto a la carpeta hizo brincar al rubio. Quien tragando grueso, miró fijamente la bendita carpeta como si se tratase de una sentencia de muerte. Luego de un par de intentos por

hablar, y sintiendo que se ahogaba en palabras que, por una u otra razón no valían la pena decir, Eric encontró la forma de continuar.

—Y firmaremos —aseguró sintiendo el ardor de aquel veneno bajando por su garganta—. Pero en su momento.

—¿En su momento? —exclamó Kate inclinándose sobre la mesa, haciendo lo posible por mantener la voz baja—. Solo vine por el divorcio, Eric —reiteró señalando la carpeta en la mesa—. No vine para sentarnos a recordar todas las asquerosidades que me hiciste —soltó la castaña con una reprochable necesidad de lastimarlo, como si de esa forma pudiese hacerlo callar. Su dolor era palpable e intransigente.

Eric, herido, le miró de forma aprensiva. Cada una de las puñaladas verbales que le lanzaba Kate le descocían por dentro.

—Se que no tengo ningún derecho a pedirte nada, o de pretender que me trates de otra forma —reconoció—. Pero ya sea por lo que alguna vez tuvimos, o por lo poco que quede de ello, hagamos un esfuerzo para que la última vez que nos veamos no termine en una guerra campal.

La pintora le escuchó, haciendo un esfuerzo por no demostrar la vergüenza que sintió al haberse dado cuenta de que le había atacado con intención. Habían acordado tratarse con respeto y ella no quería lastimarlo, no realmente. Pero el dolor que causaba todo aquel encuentro era insoportable, tanto que no media sus acciones. Y aunque esta vez no estaba dispuesta a caer en los encantos del arquitecto como otras veces, no podía negar que su esposo tenía un buen punto. Uno que ni todo su dolor podría refutar.

—Kate, por favor —rogó Eric al no recibir respuesta alguna—. No firmemos aún.

—Solo un café. —Le insistió.

La expresión llena de ansiosa zozobra en el rubio era el puro reflejo de lo desesperado y asustado que estaba de una respuesta, eso, y la forma en que tronaba los dedos de su mano derecha continuamente. Tic nervioso que Kate reconocería a kilómetros.

—Está bien —dijo finalmente, descruzándose de brazos para apartar la carpeta y el bolígrafo al otro extremo de la mesa. Decidida a darle un par de horas para conversar, aun y cuando eso significase tragar dolor a mares.

Eric respiró aliviado y contuvo la sonrisa para no mostrarse emocionado.

—Gracias —agradeció sosteniéndole la mirada a la castaña, leyendo en sus ojos lo difícil que le resultaba aquella situación y agradeciendo por el buen corazón del que esta era dueña.

Aprovechando la frágil tregua, hizo señas a uno de los mesoneros para que se acercara.

—Buenas noches ¿Podrías traernos dos cappuccino con chocolate?

Una joven pelinegra con delantal asintió anotando el pedido en una libreta.

—¿Grandes o medianos?

—Medianos, por favor —especificó el ojiverde.

—¿Azúcar?

—Sí, solo para uno y el otro con leche deslactosada.

—Vuelvo en unos minutos —anunció la chica antes de marcharse.

Eric regresó su atención a Kate, encontrando sus avellanados ojos fijos sobre él. La castaña se había perdido en el recuerdo de aquella manía que tenía el rubio de memorizarse minuciosamente todo lo que ella pedía en cada restaurante o local al que iban. Él sabía lo necia que era con los detalles.

—Estás hermosa —dijo el arquitecto sin más, provocando que Kate virase los ojos—. Toma el cumplido Kate, es solo eso. Un cumplido —apuntó en su defensa sin apartar sus verdes ojos de ella— ¿Recuerdas nuestra primera cita? —preguntó en la necesidad de saber si era el único lleno de recuerdos esa noche.

—Sí —admitió la pintora—. Pero no quiero indagar más en el pasado.

—Recuerdo que, después de conocernos en el café te estuve llamando por dos semanas y no respondías mis llamadas.

Kate suspiró, estaba segura de que Eric no se detendría, no escucharía lo que ella le pedía como era costumbre.

—Llegué a pensar que me habías dado el número equivocado —continuó él, buscando picarle la lengua a la chica—. Fuiste cruel y despiadada.

La pintora pifió regresando su atención finalmente hacia él.

—¿Pensaste que te la pondría fácil?

Una sutil sonrisa victoriosa se dibujó en el rostro del arquitecto.

—No, pero me torturaste a cambio —apuntó, recordando el cómo se había arrastrado por las paredes esperando que la hermosa castaña del café le respondiese las llamadas—. Conseguiste que no pudiese pensar en otra cosa que no fueses tú. Ni si quiera podía concentrarme en los proyectos de la universidad —confesó.

—No exageres —pidió ella mientras la mesonera entregaba el pedido sobre la mesa.

—No exagero, es la verdad —sostuvo Eric agradeciéndole a la chica con

un simple gesto. Los recuerdos latían a flor de piel, aquello no podía ser solo casualidad.

—A la final respondí a tus llamadas.

—Sí, lo hiciste —reiteró Eric—. Para rechazarme las primeras seis veces que te invité a salir —recalcó provocando que Kate riese por primera vez aquella noche. Solo entonces supo cuánto había extrañado el cálido regocijo que le inundaba el pecho cuando la escuchaba reír.

—Ya sabes lo que dicen, la séptima es la vencida.

—Solo querías verme rogar.

—Verte insistir era halagador —admitió ella recibiendo una mirada acusadora del rubio.

—¿Lo ves? solo me torturabas.

Kate elevó los hombros sin tener el valor de negarlo, y dándole una probada a su café, agradeció que no estuviese demasiado caliente y que este le sirviese para desviar la mirada.

—Solo quería estar segura de que ibas en serio —confesó ella en su defensa.

—Las llamadas diarias durante dos semanas y mi irritante insistencia en invitarte a salir por más de un mes ¿No lo dejaron en claro?

La castaña rio de nuevo, la estupefacta expresión de Eric era única.

—Está bien —accedió finalmente—. Me asustaba salir contigo, me ponías nerviosa.

Eric sonrió ampliamente, aquella confesión le había cambiado el ánimo por completo.

—A juzgar por lo mucho que evitas verme a los ojos, algunas cosas nunca cambian.

La insinuación del rubio incomodó Kate hasta el punto de ofenderla, y en silencio se dedicó a beber café sin intenciones de responder, le parecía un descaro que se atreviese a sugerir algo así después de todo lo que había pasado.

El ojiverde, consciente de que había tocado terreno pantanoso, continuó con la conversación.

—¿Recuerdas el lugar? —preguntó antes de que la castaña se sintiese lo suficientemente incómoda como para retomar la actitud defensiva—. El restaurante al que fuimos en nuestra primera cita —explicó al verla pensativa.

—Sí —afirmó—. Era un restaurante nuevo, bastante sencillo.

—Te encantó porque te pareció acogedor. Te recordaba al jardín de tu

abuela en Carolina del Norte.

Kate le miró sorprendida de que recordase un detalle cómo aquel cuando, a excepción de los menús favoritos de la castaña, la memoria del rubio no había sido precisamente su fuerte durante su matrimonio.

—La pasamos bien esa noche —reafirmó Eric mordiéndose el labio inferior como si aún pudiese degustar el momento. Haciendo memoria de lo hermosa que había estado Kate aquella noche.

—¿Qué tanto recuerdas de esa cita? —Quiso saber la castaña. Quien habiendo estado en contra de la remembranza, se encontraba ahora demasiado intrigada para evitar la pregunta.

—Todo —admitió él elevando sus verdes ojos hacia ella—. Recuerdo tu cabello cayendo sobre tus hombros, tus labios pintados de rosa, y... —Su sonrisa se amplió— y tu vestido aguamarina, ese vestido...

Los avellanados ojos de Kate no pudieron huir, y sosteniéndole la mirada al hombre que le observaba con tanta nostalgia en aquel preciso instante, sintió a su corazón despertar agitado. Por un momento el silencio entre ambos retomó el dulce sabor que solía tener, manchándose de amargura cuando caían en cuenta de que solo se trataba del pasado. La enardecida y dulce sonrisa que Eric había provocado en la castaña desapareció, y el arquitecto, suspirando con frustración, se empinó un buen sorbo de café para apaciguar la impetuosa culpa que le quemaba cada vez que la veía extinguirse de esa forma.

—Lo que no recuerdo es como terminamos teniendo un paseo en el parque —continuó él en el intento de evitar el gélido abismo que amenazó con arrastrarlos de regreso al otro lado de la pared, ese en el que Kate se cerraba con impenetrable densidad.

—Dejaste las llaves dentro del coche cuando llegamos al restaurante —recordó ella con el ánimo claramente turbado.

—Cierto —musitó Eric haciendo memoria—. Decidimos caminar hasta tu casa para aprovechar la situación y no arruinar la noche.

La castaña asintió con la mirada aún perdida en su café. Mientras que Eric, exasperándose de verla así, se bajó la mitad del suyo de un gran trago.

—Luego terminamos en tu departamento —dijo usando aquello como último recurso para recuperar la atención de Kate.

Las mejillas de Kate se enrojecieron sutilmente, y consiente del porqué el ojiverde había traído aquel recuerdo a colación, le miró de forma acusadora. Este le respondió guiñándole un ojo.

—Fuimos muy rápido —alegó ella de inmediato—. Nunca hubiese hecho

algo así en otra circunstancia —aseguró—. Éramos jóvenes y estábamos...

—Urgidos. —Terminó Eric la frase.

—Iba a decir que nos gustábamos más de lo que podíamos controlar —indicó ella—. Pero sí, urgidos también sirve. —Le parecía surreal estar hablando de aquello precisamente ahora.

—Como dije antes, algunas cosas nunca cambian —aseguró Eric. Ella le seguía gustando más de lo que podía explicar, y por el agrado con que Kate parecía haber recibido la indirecta, estaba seguro de que él a ella también. Al menos en lo físico.

### ***10 AÑOS ATRÁS (2008)***

***Viernes, 9:00 P.M.***

Luego de darle dos buenas patadas a la llanta delantera de su coche, un enojado Eric suspiró con resignación mientras las llaves del auto parecían estarse burlando de él desde el interior del mismo.

—Esto es tu culpa —dijo mirando a Kate.

La castaña, conteniendo la risa, le miró ofendida.

—¿Mi culpa? —preguntó ajustándose la rebeca blanca sobre el corto y vaporoso vestido aguamarina que parecía haber logrado el efecto deseado en el rubio. Este no había dejado de mirarle las piernas durante la cena—. Yo no vine manejando.

—No, pero si venias en mi cabeza —destacó volviendo su atención hacia el interior del vehículo.

—Podemos llamar una grúa o pedirle ayuda a alguien en el restaurante —sugirió ella divertida con la situación.

Eric negó de inmediato.

—Eso arruinaría la noche y no quiero que perdamos el tiempo tratando de solucionar mi estupidez —apuntó soltándose el único botón del elegante blazer azul marino que llevaba puesto esa noche. El que, haciendo casual contraste con los vaqueros grises, resaltaba sobre la blanca camisa de cuello redondo y suave caída que traía debajo. A la chica le gustaba un hombre elegante que se preocupase por verse bien.

—¿Qué te parece si caminamos? —propuso ella buscando una alternativa.

—¿Hasta tu casa? —Quiso saber un confundido y alarmado Eric.

—Sí, está a solo un par de cuadras de aquí —explicó Kate señalando la calle que debían tomar—. De haberme ido a buscar, lo sabrías.

El rostro del rubio se transformó en un poema lleno de vergüenza.

—Hoy salía muy tarde de clases. —Se excusó—. Y tú dijiste que no tenías proble...

Kate le hizo callar poniendo un dedo sobre sus labios. Eric, alhelado, hizo caso sosteniéndole la mirada mientras se le cortaba la respiración por la cercanía de la chica. Quien dueña de aquel par de alucinantes ojos avellanados, no hacia otra cosa más que dejarlo sin armas cuando mostraba su lado más coqueto.

—Sé lo que dije —aseguró ella—. Solo te fastidio.

Eric resolló por lo bajo conteniendo la risa.

—No has dejado de hacerlo en toda la noche. Al parecer te gusta aprovecharte de mi inocencia —destacó logrando que la castaña riese una vez más—. Pero si vas a seguir haciéndolo a esta distancia... —continuó apartando un mechón de cabello del rostro de la chica— Búrlate de mí todo lo que quieras.

Ella hizo lo posible por contener la sonrisa, y aunque a duras penas lo logró, sus mejillas, traicioneras, le delataron. Nunca un hombre le había hecho sonrojar tanto como lo hacía él. No había sido tarea fácil para los chicos con los que había salido anteriormente, pero algo en la sugestiva forma en que Eric le miraba todo el tiempo, despertaba una faceta peculiarmente tierna y vulnerable en ella, una en la que no sabía cómo reaccionar o cómo sentirse pero que estaba disfrutando como nunca.

El revoloteo que había sentido en el estómago durante el primer encuentro en el café regresaba, resultándole sumamente familiar esta vez. Y sin poder escapar de la hipnotizante intensidad de aquellos verdes ojos, Kate se mordió los labios sintiendo los dedos del rubio dibujar el contorno de su rostro como quien trazaba suaves pinceladas sobre un delicado lienzo.

—Lo tendré en mente —susurró embelesada con la exquisitez con que le acariciaba. Abrumante sensación que le inquietaba hasta el punto de sentir una inusual necesidad latiendo en sus propios labios. Por lo que, poniéndose de puntillas para llegar al rostro de Eric, le dio un suave y pausado beso en la mejilla buscando saciar la urgencia.

El ojiverde, preso del dulce y seductor encanto de la castaña, sonrió en respuesta a la inesperada muestra de afecto. Esa mujer lo traía de cabeza.

—¿Nos vamos entonces? —cortó ella aquel estremecedor momento

temiendo ir muy rápido. Y saliendo del embrujo que había lanzado Kate sobre él, Eric suspiró y asintió en respuesta.

—De hecho, se me ocurre que podríamos desviarnos por el parque —propuso el rubio queriendo prolongar la noche lo más que pudiese. Conversar con Kate se había vuelto adictivo—. Aún es temprano.

—¿Seguro? —Quiso cerciorarse la castaña—. ¿No te preocupa abandonar tu coche aquí hasta que regreses?

Eric negó con la cabeza.

—No es más que un pedazo de chatarra —aseguró—. Me hacen un favor si se lo roban —agregó ofreciendo su brazo a la chica, quien notoriamente fuera de lugar, rio por la galantería del rubio. Y tras la insistencia de este al mover el brazo, Kate lo tomó para salir juntos del estacionamiento.

—No parece tener mucho apego con tu coche —destacó la chica.

—No lo tengo. Fue regalo de un amigo de mi padre, y aunque ha resultado cumplidor, en lo personal me gustan más las camionetas.

—¿Por qué? ¿Te hacen sentir más grande y varonil?

El rubio resolló divertido.

—No. Mas bien el hecho de que soy tan grande es el problema.

—No para mí —alegó la castaña viéndole de reojo mientras el ojiverde ampliaba la sonrisa con picardía. Por un instante, incluso le pareció verlo sonrojarse. Aquel chico podía resultar bastante común para muchas, pero para ella, era un sueño de carne y hueso.

—Bueno saberlo —apuntó Eric antes de retomar el tema—. Honestamente, me siento ridículo manejando ese coche, es muy pequeño para mí. De hecho, cualquier coche normal es muy pequeño para mí —recalcó haciendo énfasis en ello.

—Eres muy alto —señaló Kate—. Y la verdad es que sí, parece un payaso metido en una caja de fósforos —indicó consiguiendo que el rubio riese.

—Gracias —dijo este deteniéndose al final de la calle para esperar que la luz se pusiera en verde para cruzar hacia el parque.

Kate, aún sujeta al elegante y fuerte brazo del ojiverde, le respondió con un sutil ademán.

—De nada.

El parque se encontraba peculiarmente lleno esa noche. Y caminando juntos, admiraban cada detalle a su alrededor en total silencio. Desde los

rostros de las enamoradas parejas que, como ellos, aprovechaban el agradable clima para dar un paseo a la luz de la luna, hasta los risueños grupos de jóvenes que recorrían las caminerías en patines y sin molestar a nadie. Pasando por aquellos que en ropa deportiva disfrutaban de una buena sesión de trote nocturno, y terminando en los que, sentados en los incómodos bancos del parque, se limitaban a leer un buen libro.

Grandes eran los árboles, altas las palmeras, y bajo estos un par de ojos verdes miraban a Kate maravillados.

—¿Qué? —preguntó la castaña empezando a sentirse inquieta.

Eric sonrió al saberse delatado.

—Nada —alegó irguiéndose de hombros— ¿No puedo mirarte?

Kate sopesó la capciosa pregunta.

—De poder, puedes. Pero... ¿Por qué no dejas de hacerlo? —inquirió haciendo un gran esfuerzo por mantenerse enfocada en el camino que habían tomado ahora que ya no sujetaba el brazo del rubio. Los ojos de este eran como un atrayente e intenso imán que le resultaba difícil ignorar—. Deja de hacerlo, no me gusta.

El chico rio, no había palabras para explicar lo mucho que disfrutaba de saberla nerviosa.

—Creo que más bien te gusta demasiado —apuntó socarrón, viéndola sonrojar.

Kate, apartando su cabello detrás de una oreja y con el rostro acalorado, contuvo la sonrisa mientras hacía caso omiso al comentario que no pudo refutar, consciente de que aquel bendito revoloteo dentro de su estómago no cesaría mientras el rubio estuviese cerca. Aquella misma inquietante sensación que le había sobrecogido tras cada llamada, cada invitación y cada mensaje que Eric le había enviado durante el tiempo que se negó a salir con él. Le gustaba, el chico le gustaba como hacía mucho no le gustaba nadie.

—¿Tienes pasatiempos? —preguntó Kate de la nada, buscando un tema de conversación antes de que el silencio y aquellos ojos verdes le hicieran perder la cordura.

Eric, algo fuera de base por la repentina pregunta, asintió en respuesta.

—Como todos.

—No, no todos tienen pasatiempos —argumentó la chica dejando al rubio intrigado—. Hay personas que pasan muchos años descubriendo qué les gusta y qué no —apuntó—. Otros ni si quiera tienen el tiempo para dedicarse a otra cosa que no sean sus estudios, su trabajo o su familia.

—¿Y cuáles son tus pasatiempos? —inquirió el chico sin poder replicar.

—Yo hice la pregunta primero —recalcó ella con una sonrisa.

Eric respiró hondo y se tomó un momento para pensar en la respuesta, sintiendo los ojos de Kate sobre él durante cada largo segundo que le tardó hacer una rápida lista de cosas en su cabeza.

—Supongo que la arquitectura queda fuera porque es mi futura profesión —Infirió aún balanceando sus opciones—. Así que eso me deja con el surf —dijo finalmente—. También me gusta el baloncesto, montar a caballo y muchas otras cosas más comunes como leer o ver películas, pero mi favorita es definitivamente el surf.

Los avellanados ojos de Kate le miraban con perplejidad. Parecía atónita.

—¿Qué? —preguntó él sin comprender su sorpresa.

—No te daba por un chico deportista —admitió la castaña—. Mucho menos surfista.

—¿Por qué no?

—No lo sé, los arquitectos que conozco suelen ser muy estirados —alegó Kate sin titubeo alguno, consciente de que su mala costumbre de juzgar a todos por igual no era lo correcto, pero aquella era su humilde visión de los arquitectos, al menos de los que conocía.

Eric asintió conteniendo un abochornado suspiro.

—Algunos lo son, no todos, pero si una notoria mayoría —afirmó—. Incluso conozco a un par de ellos que creen que sudar es cosa de gente corriente —contó recordando a uno de sus actuales compañeros de clase.

—Y cuando follan ¿Qué les brota de la piel? ¿Neuronas? —preguntó Kate anonadada con tan insólita estupidez mientras Eric se detenía en seco para soltar una carcajada—. Porque eso explicaría por qué piensan así.

—Maldición, esa imagen me va a atormentar por semanas —aseguró el rubio conteniendo la risa lo más que podía.

—Lo siento, supuse que ese era el único ejercicio que hacían —alegó Kate en su defensa.

—Apuesto que sí —dijo compartiendo una cómplice y divertida mirada con Kate, pensando en lo mucho que le gustaba lo directa que era la castaña. La chica no tenía pelos en la lengua, decía lo que pensaba sin importarle en lo más mínimo lo que sus palabras pudiesen causar. Le gustaba, tanta autenticidad le gustaba.

—Mejor volvamos a la sexy imagen de ti haciendo surf —propuso Kate

mirándole traviesa.

Eric, no habiendo esperado el directo halago, se avergonzó por segunda vez aquella noche. Y reteniendo la sonrisa lo más que pudo, se relamió los labios para retomar la compostura. Divino gesto del chico que llamó la atención de la castaña, quien fijándose mejor en la marca que este poseía en el labio inferior, empezaba a intrigarse.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Todo —respondió Kate cogiéndolo del brazo para continuar la caminata de la misma forma en que habían entrado al parque— ¿Por qué te gusta? ¿Dónde aprendiste? ¿Qué tan bueno eres?

El rubio respiró hondo pensando por dónde empezar.

—Me gusta porque es algo de familia. Mi padre surfea, mi tío, mi hermano, mis primos.

—¿Tienes un hermano? —inquirió Kate de inmediato.

Eric asintió esquivando a los jóvenes que, en patines, pasaban riendo junto a ellos.

—Sí, se llama Edward y es menor que yo por cuatro años.

—¿Y no tienes hermanas?

Negando con la cabeza, el ojiverde mantuvo la mirada fija en la caminería frente a ellos.

—No, pero mis primos son muy cercanos a mí, por lo que los veo como otro par de hermanos —explicó—. De hecho, ahora que lo pienso, hay pocas mujeres en nuestra familia —agregó percatándose de ello. Nunca se había detenido a pensarlo.

—La mía está repleta de mujeres —expresó Kate—. Si quieres te regalo unas cuantas.

—¿No se llevan bien? —preguntó intrigado con la forma en que la castaña se refería de ellas.

—¿Qué familia se lleva totalmente bien? —respondió ella con otra pregunta.

—La mía —indicó él recibiendo una mirada escéptica por parte de Kate—. En serio —aseguró ante la expresión de la chica—. Tal vez se debe a que somos pocos.

—Pues tienes suerte —apuntó Kate—. Nosotros somos tantos que comprar un continente sale más económico que hacer una reunión familiar —alegó sacándole otra risa al rubio—. Tengo 10 tías y cada una es más peculiar que la otra —explicó.

—¿Diez? —Eric se mostró bastante sorprendido.

—Sí, mis abuelos no tenían televisión —aclaró la chica consiguiendo otra estruendosa risa del ojiverde. Kate hacia comentarios como aquel con toda la intención de escuchar la particular pero hermosa risa del rubio. Nunca había escuchado a nadie reír con tantas ganas—. Pero no nos desviemos del tema importante: Tú en tangas mientras surfeas.

Eric cortó la risa a duras penas para mirarle aprensivamente.

—No uso tangas —aseguró.

—Lástima —susurró ella divertida— ¿Dónde solían surfear? —continuó—. Me dijiste que eran de Georgia, y que yo sepa no hay muchas playas por allá.

—Mi padre solía vivir aquí en California —explicó Eric—. Se mudó a Georgia cuando conoció a mi madre, y desde entonces viajamos una vez al año a California a casa de mis abuelos para pasar todo el verano surfeando —contó con una nostálgica sonrisa en el rostro—. Ahora, si le preguntas a mi padre qué tan bueno soy, te dirá que soy una vergüenza para los surfistas. Pero si le preguntas a mi hermano, soy el rey de las olas —agregó con una media sonrisa en los labios.

—Se nota que tu hermano te admira —apuntó ella.

El ojiverde suspiró.

—Sí, lo hace. A veces demasiado.

Kate notó cierta frustración en el rostro del Eric. Tenía la sensación de que al rubio le generaba mucha presión aquello de que su hermano menor le admirase tanto.

—¿Qué hay con lo de jugar baloncesto y montar a caballo? ¿También algo familiar?

—El baloncesto fue algo del colegio —explicó esquivando a una pareja de ancianos que compartían una gran bolsa de chocolates y gominolas—. Ahora, lo de montar a caballo fue un inesperado gusto adquirido —aclaró con una jovial sonrisa en el rostro mientras regresaba sus ojos sobre la pareja de viejecillos. Por un momento recordó a sus abuelos—. Mi madre ama los caballos, así que cuando cumplió los cuarenta a mi padre se le ocurrió la brillante idea de que los tres la buscásemos al trabajo montados a caballo.

La expresión sorprendida de Kate llenó el pecho de Eric.

—Lo sé, para mi padre ninguna idea es lo suficientemente loca como para no hacerla —alegó suspirando con afectuosa resignación—. El punto es que vimos clases básicas de equitación durante semanas para poder montar y

dominar a los caballos correctamente porque mi padre quería que todo fuese perfecto.

—Y desde entonces agarraste el gustito por montar a caballo —supuso la castaña.

Eric asintió sin más.

—Eso es correcto.

—¿Y qué hay de esa cicatriz? —preguntó Kate finalmente, deteniéndose frente a él para señalar su boca. La curiosidad podía más que su inexistente prudencia— ¿Fue a causa de alguno de esos sexys deportes?

El futuro arquitecto se relamió los labios sabiendo a cuál cicatriz se refería.

—Esto es un doloroso y para nada agradable recuerdo de dichas clases de equitación.

—Me gusta —admitió ella mientras sus dedos dibujaban el contorno de la solapa del bléiser de Eric. Logrando que una vez más aquella noche, este tuviese un cortocircuito emocional debido a su coqueteo.

—¿Te gusta? —Quiso saber el rubio antes de acariciar la suave mejilla de la castaña, viendo como esta se apartaba el cabello hacia detrás de la oreja, una vez más. No era la primera vez que la veía hacer aquello, algo le decía que era un tic nervioso de la chica, lo hacía cada vez que el la halagaba o se acercaba más de lo debido a ella—. ¿Te gusta el tema de las cicatrices?

Kate asintió.

—Umju.

—Bien, cuando quieras te muestro la vasta colección que tengo —dijo el rubio tonteando con el cabello de la castaña entre sus dedos.

—¿Es eso una invitación para una segunda cita? —inquirió Kate con una media sonrisa en los labios.

Eric, no habiendo pensado en la posibilidad ya que aún le resultaba difícil asimilar que hubiese aceptado la primera, se mordió los labios irguiéndose de hombros rápidamente.

—Tal vez —sugirió—. Si no me dejas esperando por tus llamadas otras tres semanas, es probable —recalcó haciendo énfasis en la cruel espera con la que tuvo que lidiar debido a los rechazos de la chica.

La castaña, aludida e incapaz de refutar, se limitó a darle un empujón.

—Idiota —musitó escuchándolo reír mientras se le quedaba viendo. No se cansaba de observarle, era tan apuesto, tan alto y elegante. Eric era su chico ideal, sacado directamente de sus más alocados sueños.

—Ahora eres tú quien no deja de mirarme —señaló él con toda intención de seguirle poniendo leña al fuego.

Kate, sonrojada, se limitó a sonreír abrazándose nuevamente a su brazo.

—Lo que es igual no es trampa —alegó ella en su defensa.

Eric sonrió.

—Touché.

Por un instante, el silencio les golpeó con la densidad de aquello que estaban sintiendo. Agradable e inquietante emoción que les tenía tan a gusto y entusiasmados.

—¿Qué hay de ti? ¿Qué pasatiempos tienes? ¿Que más te gusta hacer además de pintar? —preguntó el rubio guiándola para girar en la siguiente curva de la caminería del parque.

Kate, pensando en la pregunta, hizo un conteo de cosas en su cabeza.

—Me gusta leer, soy una libroadicta —confesó consiguiendo una sutil sonrisa del ojiverde—. Tengo más de trescientos libros repartidos en seis estanterías diferentes en la sala de mi departamento —informó con orgullo.

—¡Wow! eso es adición —apuntó Eric realmente sorprendido—. ¿Qué género te gusta más?

—Las novelas románticas —respondió la chica—. Soy una romántica empedernida.

—¿De las que le gusta que le regalen flores y estrellas? —El ojiverde estaba ansioso por saber qué tipo de romance le gustaba a la castaña, así podría saber como conquistarle.

—Si se te ocurre regalarme flores te las hago tragar —advirtió la chica, consiguiendo que el rubio soltase la carcajada una vez más.

—Ok, ok. Cero flores —sentenció esbozando un avergonzado gesto porque había pensado recibirla en el restaurante con flores.

—¿Por qué la mayoría de los hombres piensan que a todas las mujeres nos gusta lo mismo? —inquirió Kate de la nada, aparentemente pensando al respecto y notoriamente indignada con el tema.

—No lo sé —admitió Eric—. Supongo que porque eso es lo que muestran las películas románticas.

—Sí, películas escritas en su mayoría por guionistas hombres —recalcó la chica.

El rubio lo pensó, la castaña tenía un buen punto.

—Pero en los libros también se repiten la mayoría de estos clichés y muchos de los libros románticos son escritos por mujeres.

Kate no pudo refutar aquello, Eric tenía razón.

—Ciertamente —dijo tomándose un momento para pensar mejor en aquel tema que de cuando en vez le martillaba la cabeza—. Supongo que cuando la sociedad se acostumbra a algo es muy difícil sacarla del hábito —concluyó—. Y no me malinterpretes, no juzgo a quien le guste ese tipo de cosas. Pero a mí personalmente no me gusta el romance empalagoso lleno de clichés, rosas y estrellas —aseguró Kate antes de continuar—. Yo soy más de... —pensó en la forma de describir el cómo ella visualizaba el romance— de ese tipo de romances poco comunes, apasionados y con mucho, mucho, mucho sexo.

—Esos son los mejores —expresó Eric haciendo un gran énfasis en sus palabras y una nota mental de todo lo que la chica contaba sobre sus preferencias— ¿Y qué otros pasatiempos te gustan además del sexo? ... perdón, de los libros —corrigió divertido, retomando el tema mientras jalaba a Kate hacia él para esquivar a un grupo de jóvenes que habían ignorado que no eran los únicos en la caminería.

—Me gusta bailar —respondió ella dejándose guiar sin reproche—. Bailo desde muy pequeña, y aunque ya no lo hago tanto como antes, he intentado no abandonar la práctica inscribiéndome en diferentes academias.

—¿Pero? —preguntó el rubio notando cierto descontento en su voz.

—Pero no me rinde el tiempo entre la pintura y el baile. Eso y mi constante manía de discutir con las profesoras —indicó—. No me gusta que me traten como a una novata.

—Tener mucho carácter y estar clara en lo buena que eres no tiene nada de malo —dijo él permitiéndose opinar con lo poco que la conocía. Kate era tan transparente y genuina, que resultaba imposible no hacer conjeturas sobre su personalidad.

—Díselo a las profesoras —musitó ella con pesadez.

Eric contuvo la sonrisa imaginándose a la castaña discutiendo. Aquello debía ser digno de ver. En especial por la libertad con la que esta se expresaba la mayor parte del tiempo.

—¿Qué te gusta bailar? —Quiso saber continuando con el tema.

—Empecé con el ballet, pero hoy en día he probado un poco de todo —informó—. ¿Por qué? ¿Piensas invitarme a bailar? ¿O quieres que baile para ti?

Aquella idea resonó agradablemente en la cabeza de Eric.

—No te diría que no a ninguna de las dos —aseguró deteniendo sus pies una vez más—. Mucho menos a la segunda opción.

—Pervertido —musitó ella dándole un empujoncito travieso con el hombro.

—¿Yo?! —exclamó el rubio ofendido—. Tú eres quien no deja de decir cosas sugestivas.

—Sexo, Eric. Se llama sexo —replicó la chica.

—Sí, se cómo se llama —indicó este acercándose a Kate con una maliciosa sonrisa en el rostro—. Y si sigues mencionándolo, puede que hasta me provoque.

La castaña se puso colorada mirándole de forma acusadora

—¿Qué? Yo también se jugar ese juego —alegó acercándose mucho más a ella—. Y ese es otro de mis pasatiempos favorito.

Kate, aún sonrojada, se mordió los labios acortando lo poco que quedaba de distancia entre ellos mientras retomaba el jugueteo que había empezado minutos atrás con la solapa del blazer del chico.

—¿Cuál? ¿Jugar?

Eric sonrió y negó con la cabeza.

—No, lo otro de lo que no dejas de hablar.

—Ohhhh, sexo —recalcó ella conteniendo la risa.

—Sexo —reiteró el rubio sin poder apartar la mirada, quedándose embelesado con aquella preciosura de chica. Y picándole los dedos, acarició el rostro de la castaña con la misma sutileza que lo hizo en el estacionamiento, como si de algo frágil y delicado se tratase—. Eres tan, tan hermosa Kate.

El revoloteo en el estómago de la chica se avivó con ardorosa intensidad. Todo su cuerpo se estremeció a causa de aquella dulce caricia. Embriagada con el exquisito aroma de Eric, le sostuvo la mirada segura de que estaban a muy poco de cruzar la línea. Y ansiosa por probar qué tan frágil era la barrera que aún les detenía, Kate se puso de puntillas nuevamente para darle un pausado beso al rubio, esta vez, en la comisura de los labios.

Lo escuchó respirar profundo y sintió la mano de este posarse en su cadera como reacción, apretando su carne con tantas ganas que la hizo estremecer, cayendo en la trampa de su propio juego mientras su corazón golpeaba dentro de su pecho con la misma rudeza que un tambor carnalero.

Separándose lentamente del chico, esperó haberlo provocado lo suficiente para que le besara si lo deseaba tanto como ella. Pero para sorpresa de Kate, Eric sonrió, se relamió los labios y le devolvió el beso, pero en la mejilla.

La decepción se dibujó cristalina en el rostro de la castaña.

—Te lo advertí. Yo también se jugar. —Le dijo el ojiverde al oído antes de apartarse finalmente de ella.

Kate, pasmada y absurdamente avergonzada, le dio un fuerte empujón a Eric, quien, estallando nuevamente en carcajadas, le permitió que lo empujase otro par de veces mientras le insultaba con notorio enfado.

—¡Eres un idiota! —exclamó la pintora dándole otro empujón. No estaba molesta, pero si avergonzada.

—Tal vez —alegó el rubio deteniendo la mano agresora de Kate en el aire para jalarla hacia él y besarle. Apoderándose bruscamente de aquellos labios que habían sabido tenerle sediento hasta ahora.

La castaña, perpleja, exhaló con la misma fuerza con la que lo hizo él mientras ubicaba sus grandes manos alrededor de su femenino y pequeño cuello. Y sumiendo su voluntad ante la sobrecogedora llama que se encendió dentro de su pecho, Kate se puso de puntillas utilizando las solapas del blazer del chico para impulsarse, buscando fundirse contra los sabrosos labios del rubio.

La euforia del momento fue disminuyendo con pausado sosiego, y un suave jadeo lleno de satisfacción brotó de los labios de Eric cuando sus labios se separaron. Sumergido en el más placentero alivio, se obligó a sonreír para disimular lo tonto que le había dejado la castaña luego de aquel beso.

—Tramposo —susurró ella acomodando sus manos alrededor del ojiverde. Encontrando un inesperado y agradable gustito en los brazos del chico cuando este la rodeó con los mismos.

—En el amor y la guerra todo se vale —indicó él antes de hacerse nuevamente con aquellos seductores labios que no había podido dejar de observar. Esta vez, con una jugosa invitación de su lengua.

La sensación era indescriptible. La calidez viajando de boca en boca, incitadora. Y para Eric, aquel joven y futuro arquitecto que no había imaginado conocer a tan peculiar y arrolladora mujer una tarde cualquiera, tenerla finalmente en sus brazos resultaba alucinante. Luego de tantos rechazos, luego de noches en vela esperando por un simple mensaje en respuesta, llegó a pensar que la preciosa castaña no había sentido lo mismo que él dicha tarde. Llegó a suponer incluso que se había emocionado solo y que esta no quería saber nada de él. Kate le había calado profundo desde la primera sonrisa, y aquella insólita sensación era más grande de lo que podía comprender.

Y solo ahora que la castaña le besaba de aquella concienzuda y adictiva

forma, aun y cuando el haber aceptado salir con él suponía que estaba interesada, solo ahora se creía dueño de tal suerte.

—Me traes loco, preciosa —murmuró soltando los labios de la chica.

A Kate le temblaron algo más que solo las piernas al escucharlo. Y avergonzada, bajó finalmente sus talones al piso mientras hundía su rostro en el pecho de Eric. Quien pareciéndole adorable que una mujer tan directa y atrevida se sonrojase de aquella forma, la abrazó fuerte besando su cabeza.

—Gracias por aceptar salir conmigo, no sé qué hubiese sido de mí, en verdad no lo sé —admitió dejando salir lo que sentía.

—Que dramático eres —señaló ella dejándose abrazar, acurrucándose gustosa contra aquel ancho y fuerte pecho con el que había estado fantaseando. Eric era mucho más alto que ella, la castaña media solo un metro sesenta y ocho. Al lado del rubio se sentía más pequeña de lo que normalmente era.

—Hablo en serio preciosa —sostuvo con total seriedad, haciéndola elevar el rostro—. Nunca me había sentido así por nadie —confesó inusualmente expuesto—. Que no respondieras a mis llamadas me traía arrastrándome por las paredes. Y sé que suena absurdo porque apenas nos conocíamos, pero...nunca había conocido una chica como tú. Te quería para mí. Te quiero para mí —sentenció acariciando el suave rostro de la chica mientras esta, con sus mejillas coloradas y sus avellanados ojos brillando en agitación, le miraba en silencio.

Ausencia de respuesta que tuvo al ojiverde a punto de un infarto.

—No debí decir eso ¿Verdad? —preguntó consiente de que había hablado demás—. Me escuché como un completo enfermo, lo siento. —Se disculpó sumamente avergonzado. Maldiciéndose a sí mismo por ser tan honesto en tan poco tiempo—. Lo siento, en verdad lo siento yo no deb...

Las palabras de Eric se quedaron a medias cuando los labios de la castaña presionaron contra ellos con dulzura. Y como agua para un sediento, este le respondió con la misma suavidad.

—Cállate ya —susurró la chica con una leve risa contenida—. Solo bésame —pidió poniéndose nuevamente de puntillas para poder llegar propiamente a la boca del rubio. La que obediente, se apoderó de la suya sin refutar.

Interminables fueron los segundos que duró aquel estimulante y prometedor beso. Interrumpido por la bocina de un ciclista apresurado que no podía esquivar a los tórtolos por no tener espacio suficiente en la caminería para pasar.

Avergonzados. Kate y Eric se hicieron a un lado estallando en risas cuando el ciclista se perdió de vista.

—¿Nos estábamos besando en medio del parque? —preguntó la castaña mirando alrededor, percatándose solo entonces de que una gran cantidad de ojos pudieron haber sido testigos.

El rubio suspiró con una amplia sonrisa en el rostro y asintió.

—Sí, y aparentemente nos gusta el voyerismo —destacó elevando la mano para saludar a un chico que, sentado en un banco cercano, levantaba su pulgar en aprobatoria felicitación.

La castaña soltó nuevamente la risa hundiendo su rostro en el pecho de Eric mientras este le sostenía y continuaba los agradecimientos necesarios.

—¿Podemos irnos?

—Sí, sí podemos —aseguró jalando a Kate para que caminase junto a él. No quería admitirlo, pero aquello de haber sido observado, le resultaba tan incomodo e inusual como a la castaña. ¿Hasta qué nivel podía distraerlo? ¿Hasta qué nivel lograba embelesarlo como para no haberse percatado de que estaban a mitad de un parque público atestado de personas? Aunque, a decir verdad, le extrañaba que siendo ella tan atrevida, se avergonzara por aquello. La pintora no dejaba de maravillarlo y sorprenderlo.

El edificio donde vivía Kate se irguió frente a ellos un par de minutos después. La chica miró hacia su ventana en el sexto piso, suspiró y regresó sus avellanados ojos sobre él, mirándole distraído con el paisaje mientras la tibieza de sus manos, ahora entrelazadas entre sí, le hacían pensar en lo absurdamente rápido que estaban pasando las cosas.

—Supongo que aquí termina la noche —destacó Eric logrando que la castaña saliese del letargo en que se había sumergido.

—Supongo que sí —dijo negada a soltar la mano del chico. Esa cálida y varonil mano que hacía sentir la suya más pequeña de lo que era. Y en silencio, se sostuvieron la mirada sin necesidad de decir nada. Las palabras sobraban cuando sabían que estaban pensando lo mismo: *¿Ahora qué?* Pregunta que despertaba un indescriptible goce que les causaba pánico y excitación al mismo tiempo.

La mano libre del rubio encontró su camino hacia el rostro de Kate. Ella, disfrutando del roce, se permitió cerrar los ojos por un segundo antes de ampliar la sonrisa.

—Me gusta cuando me tocas así —admitió sin más, consiguiendo que

Eric se mordiese los labios.

—¿En serio? —preguntó él continuando con las sutiles pinceladas que daban sus dedos al contorno de aquel precioso rostro.

—Umju. Haces que me sienta como si fuese de cristal.

El futuro arquitecto esbozó una media sonrisa sin poder apartar los ojos de ella.

—La verdad es que te veo tan pequeña, tan bonita y delicada —explicó obligándola a elevar la barbilla para poderse inclinar a besar sus labios. Corto y suave beso que le dejó saboreándose con ganas de más—. Temo romperte si soy muy brusco.

—No soy tan frágil —alegó ella con picardía.

El rubio alzó la ceja, intrigado.

—¿Eso significa que te gustaría que fuese un poco más... *brusco*?

—Tal vez, solo un poco —respondió la traviesa castaña mientras jugueteaba con sus dedos por encima del pecho del chico.

Relamiéndose los labios, Eric se hizo rápidamente con la idea. Era bueno graficando imágenes en su cabeza, y las que estaba creando la chica en ese momento con sus jugueteos, eran de las mejores que había tenido en mucho tiempo.

—¿Y si pierdo el control? —preguntó siguiéndole el juego.

Kate elevó los hombros despreocupada.

—Mejor —susurró jalándolo por la camisa para alcanzar su boquita, batallando contra la insistente y desquiciante idea de invitarlo a quedarse. Kate ansiaba poderle besar por horas, pero nunca había llegado tan lejos en una primera cita. Aun así, podía sentir su piel erizarse cuando este le hablaba dos tonos más abajo, su respiración detenerse cuando se acercaba hasta el punto en que sus alientos se volvían uno, y sentir un inquietante palpito entre las piernas mientras le besaba. Lo deseaba, lo deseaba como nunca había deseado a otro hombre, y poder percibir con tanta claridad la fuerza con la que Eric se mantenía bajo control cuando se besaban, no ayudaba.

—También me gusta como besas —admitió sin medir lo que sus palabras ocasionaban. Buscando alargar el tiempo mientras tomaba una decisión.

—Preciosa... —musitó el rubio con suplica—. Soy de carne y hueso —alegó relamiéndose los labios una vez más mientras la frustración se le dibujaba en el rostro. Se estaba volviendo loco y ella no dejaba de provocarlo.

—Lo siento. —Se disculpó la castaña avergonzada, separándose de Eric

un par de pasos. Dejando al ojiverde con una desagradable sensación de vacío en el pecho mientras retomaba la poca cordura que le quedaba esa noche.

—No te preocupes. De igual ya debería marcharme.

—Sí, supongo que sí —concordó ella sosteniéndole la mirada mientras el chico se mantenía firme en el mismo punto. Aun y cuando había anunciado su partida, no se movía.

—Buenas noches, Eric —dijo ella alejándose rápidamente para subir los escalones hacia la entrada del edificio.

—Buenas noches, Kate —respondió viéndola abrir la puerta, disimulando la decepción y bajando la mirada al piso. Se sentía como un completo tonto por haber leído las señales equivocadas. Mas no había terminado de dar un paso, cuando la voz de la castaña le hizo girarse de inmediato.

—¡Eric! —Gritó esta desde la puerta, avergonzándose cuando se percató de que se había escuchado en toda la cuadra.

—¿Sí? —preguntó un ansioso rubio.

Kate tardó un segundo en organizar la idea en su cabeza, las palabras se le arremolinaban entre la urgencia que tenía por pedírselo y la inseguridad de que fuese lo correcto. Pero fue la tierna y genuina suplica en los verdes ojitos del futuro arquitecto, lo que terminaron de convencerla. Le encantaba ese chico más de lo que podía expresar con palabras.

—¿Quieres subir? —La pregunta le hizo sentir algo tonta.

Eric respiró hondo mientras disimulaba la emoción.

—¿A tomar café? —Necesitaba cerciorarse de que estaban en la misma página.

A la castaña le resultó adorable lo educado que era el chico.

—A desayunar —respondió ella con un prometedor brillo en la mirada.

El rubio amplió la sonrisa, y mordiéndose los labios subió los escalones en un par de zancadas.

—¿Qué hay con el almuerzo? —preguntó consiguiendo que la chica riese —. ¿Puedo proponerte otra cena?

Kate lo empujó hacia el interior del edificio entre risas, cerrando la puerta detrás de ellos. Luego de presionar el botón del ascensor, se giró a Eric jalándolo por las solapas del blazer para hacerse con su boca en la dulce espera.

—Mmm, directo al postre. Me gusta —musitó el rubio provocando que la

castaña riese entre besos mientras este la empujaba despacio contra la pared. Atónita por la repentina intensidad del chico, pero dejándose besar como si no hubiese un mañana, Kate supuso que sus incitaciones tendrían respuestas bastante calurosas ahora que había quedado en claro lo que ambos deseaban.

—¿Te di luz verde? —inquirió la castaña entre besos.

—Umju —respondió el chico mientras sus dientes se hacían con el labio inferior de Kate—. Y dejé los frenos en el coche.

Ahogando la risa en el pronto y jugoso encuentro de sus lenguas, se saborearon hasta más no poder y sin prudencia alguna. Dejando salir aquellas irremediables ganas que habían despertado tras el primer beso. Separando sus labios solo cuando fueron interrumpidos por las puertas del elevador al abrirse y una elegante señora a la que Eric sonrió, salía del mismo.

—Buenas noches —dijo el rubio saludándola con la mano, sin percatarse de que tenía la pintura rosada de la chica esparcida por los labios.

Kate, conteniendo la risa, se hundió avergonzada contra el cuello del ojiverde. Conocía a la señora, no le agradaba, pero la veía casi todas las mañanas cuando marchaba a la universidad. Y solo después de que dicha mujer los mirase como a dos depravados y saliese del edificio, Eric la empujó dentro del ascensor entre risas que este opacó con sus labios.

—Eric...Eric, espera —musitó la chica a duras penas intentando separarse de la sedienta boca del ojiverde.

—¿Qué? —preguntó viéndola reír.

—El piso, hay que marcar el piso —señaló la pintora mirando hacia los controles del elevador.

—Oh sí —dijo el rubio estirando la mano para marcar todos los botones a la vez, regresando a los labios de la chica en el proceso.

—¡Eric! —exclamó la castaña entre besos, deteniendo la mano del chico.

—¡Kate! —Le imitó él en respuesta con una gran sonrisa en el rostro, cogiéndola por el cuello para hacerla callar finalmente con su boca. Besándole con tanta exigencia, que la castaña se quedó sin armas y totalmente rendida ante aquella experta boca.

Envolviendo al rubio con sus brazos, y sumida en la deliciosa sensación que evocaba Eric en todo su cuerpo cuando la besaba, la chica exhaló con anhelo cuando lo sintió apretarle las caderas con sus fuertes manos. Disfrutando de como se le erizaba cada poro del cuerpo cuando este le subió un poco el vestido con las mismas, lo suficiente para acariciar incluso sus muslos y hacerle sentir desnuda. La ardorosa y abrupta oleada de calor que

recorrió su cuerpo en ese momento, le dejó extasiada en medio de aquella absorta sesión de besos contra la pared del elevador. Ni si quiera las constantes paradas del mismo en cada piso, logró que separasen sus labios ni por un segundo.

—Llegamos —dijo la chica cuando su atropellado conteo mental le aseguró que habían llegado al sexto piso, logrando solo entonces que Eric le diese un merecido respiro. Agitada, tomó la mano del rubio y lo sacó del ascensor para guiarlo por el angosto pasillo hasta su departamento.

Una vez que la puerta cerró tras ellos, la castaña soltó la risa sintiendo al ansioso chico cogerle de las caderas, estremeciéndose cuando la acelerada respiración de este chocó con su cuello.

—No comas ansias —susurró apartándose de él en la completa oscuridad—. Y no te muevas de aquí.

—No lo haré —aseguró Eric obediente, haciéndose a la idea de que irían despacio, pero dispuesto a lo que fuese necesario para hacer sentir cómoda a Kate. Solo estar con ella le bastaba para sentirse más feliz y eléctrico de lo que se había sentido en muchos años—. ¿Por qué no enciendes la luz? —preguntó algo desconcertado con la lobreguez del departamento.

—Eso hago —informó la chica, rompiendo la densa negrura con la luz del móvil mientras se acercaba a un par de grandes velones que, visiblemente usados, descansaban sobre lo que parecía ser una mesa de café. Cogiendo el mechero junto a estos, los encendió apagando luego el teléfono—. Hágase la luz —dijo celebrando que ya pudiesen verse las caras con la tenue iluminación. Y a juzgar por la expresión en el rostro de Eric, este estaba intrigado—. Tuve un problema con la luz —aclaró ella de inmediato, dejando bolso y móvil sobre el sofá blanco tras la mesa.

—Un problema como en...—inquirió el rubio mientras se quitaba el blazer. El ascensor había estado caluroso y dicha temperatura aún no le bajaba.

—Como en me la cortaron por no pagarla —confesó ella con total indiferencia al respecto.

El ojiverde, por lo contrario, se alarmó.

—¿Estas teniendo problemas económicos? —preguntó sin pensar—. Sé que no debería entrometerme en algo así, pero, si necesitas ayuda solo tienes que decírmelo.

La castaña sonrió, de haber sido otro hombre se hubiese ofendido. Pero Eric no era como los demás, que solo buscaban alardear de sus capacidades y

encantar a las mujeres con sus dotes de macho alfa. Lucirse no parecía ser el mayor fuerte del rubio, pocas veces hablaba de sí mismo, y la genuina preocupación en sus ojos, hablaba mil verdades.

—Gracias, pero estoy bien —aseguró la chica—. Me descuadré un poco con los gastos ayudando a mi mejor amiga a mudarse.

—¿La misma amiga que te manipuló para que aceptaras ir a una cita a ciegas en la que casi pierdes la vida a causa del aburrimiento?

Kate no pudo contener la risa, y aunque no quiso admitirlo, no tuvo opción.

—Sí, la misma.

—Con amigas así... —musitó el rubio— ¿Segura que estás bien con lo de la luz? —insistió rápidamente mientras la castaña se acercaba para quitarle el blazer de la mano. Ignorando la acusadora expresión en el rostro de la misma a causa del sutil comentario que había hecho sobre su “amiga”.

—Segura —reiteró ella regalándole un suave y corto beso que dejó al ojiverde mordién dose los labios cuando esta se apartó nuevamente. Su capacidad para retenerse estaba en cero, y jueguecitos como aquel solo le empujaban más hacia la locura.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Kate soltando el blazer en el sofá camino a la gran ventana del departamento.

Eric suspiró viendo alrededor, lo poco que la claridad de las velas dejaba ver lucía bastante sencillo, femenino, elegante y colorido. Cada rincón de aquel departamento, incluso con el abundante blanco de las paredes y muebles, emanaba creatividad.

—No, estoy bien —indicó el chico siguiéndola finalmente.

—¿Seguro? —insistió Kate—. Tengo agua, jugos naturales y cerveza —informó subiendo la densa cortina de la ventana para dejar la claridad de la luna entrar, alumbrando mejor el pequeño recinto—. No te ofrezco una soda porque no me gustan, por ende, no tengo —alegó tomándose más tiempo del necesario para asegurar la cortina en su lugar. Deteniéndose en seco cuando las cálidas manos del rubio se posaron sobre sus brazos desde atrás. Sosteniéndola con sutileza.

—Estoy bien —reiteró Eric al oído de la castaña. Consiguiendo que la misma suspirase mientras su cuerpo se estremecía. El rubio no era tonto, Kate estaba evadiéndolo. Para lo que querían hacer, no les hacía falta luz, claridad o bebidas. Y con suma tranquilidad, se dedicó a bajar la rebeca blanca de la chica haciéndola resbalar por sus hombros hasta que la misma cayó al suelo.

—Kate, si no te sientes cómoda, puedes decírmelo —susurró aspirando el dulce aroma a vainilla de la castaña mientras acariciaba sus brazos ahora desnudos con la yema de sus dedos. Maravillado con la sedosidad de aquella blanca piel en la que no había dejado de pensar desde que se conocieron—. No es una obligación que pasemos la noche juntos —recalcó plasmando un suave y sonoro beso en el hombro de la pintora, sintiéndola estremecer una vez más en respuesta—. No te voy a negar que no quiero marcharme, pero si me lo pides, lo haré. Ya tendremos otras noches

—¡No! —exclamó la castaña de inmediato, llevando su mano hacia atrás para aferrarse al pantalón del chico—. No te vayas —pidió girando su rostro lo necesario para encontrarse con el de él en una suave caricia.

—¿Segura? —preguntó el rubio cerrando los ojos mientras consentía a la preciosa chica con un par de cariñosos roces de sus labios por su mejilla.

—Sí. Es solo que vamos muy rápido, y me asusta —admitió ella.

Eric sonrió contra la piel de Kate.

—Lo sé, a mí también —reconoció mientras deslizaba suavemente sus manos hacia las caderas de la castaña. Si ella se atrevía a confesarlo, él también lo haría—. Pero puede más lo mucho que me provocas preciosa.

Kate sonrió sintiendo los labios de Eric presionar contra su piel muy cerca de su boca.

—Quiero esta noche, toda la noche —aseguró consiguiendo que el rubio se mordiese los labios ante tal petición. Y apretando finalmente las caderas de la chica, se hundió en el cuello de esta para plasmar un par de sonoros y sabrosos besos que dejaban húmedas marcas sobre la blanca piel de Kate.

—Bien, porque pienso disfrutar cada segundo —advirtió bajando una manga del vestido de un sutil jalón para morderle un hombro con dulzura. Sintiendo a la castaña removerse entre sus manos con la misma intensidad con que sonaban ahora sus besos recorriendo la perfecta curvatura entre su hombro y su cuello. Permittedose memorizar el apetitoso sabor de la chica en sus labios.

Kate, agitándose de formas que no había experimentado con nadie más, le facilitó el trabajo bajándose la manga del otro hombro. Eric, travieso, sonrió contra la piel de la chica antes de acudir a la seductora invitación, apretando el pequeño cuerpo de esta contra el suyo mientras plasmaba otro mordisco en aquel delicado y hermoso lienzo.

—Hueles tan bien —susurró al llegar al oído de Kate, mordiéndole la oreja y sonriendo victorioso cuando la escuchó jadear en recompensa—. Y

sabes mucho mejor —agregó haciéndola erizar cuando, suave y pausadamente, su tibia lengua se animó a recorrer el cuello de la chica.

—Ohm —Otro jadeo escapó de los labios de la castaña, los que manteniéndose abiertos ante la abrumadora sensación, se torcieron en una sonrisa mientras el palpito entre sus piernas se volvía imposible de ignorar.

—No te imaginas como me pone escucharte —admitió el rubio sumamente excitado con las profundas y sonoras respuestas de la chica.

—Me hago a una idea —aseguró ella volviéndose a él para tomar su masculino y bien estructurado rostro en sus manos, besándole sin tregua alguna. Desatando así las contenidas ganas de ambos.

Eric exhaló con rudeza sucumbiendo a los seductores labios de la castaña, mientras sus manos, imposibles de detener ahora, estrujaron las caderas de la chica una vez más. Esta vez, decididas y dominantes, la empujaron contra la ventana, guiándola para que recostase la parte baja de su espalda en el descanso de la misma. Y mientras sus lenguas danzaban en un jugoso y desenfrenado encuentro, los dedos del rubio empezaron a jalar la tela del vestido hacia arriba, buscando encontrar piel en el camino. Cuando las yemas de estos sintieron la sedosidad bajo ellos, las manos enteras del ojiverde se perdieron bajo la falda apretando la calidez de aquellos femeninos muslos.

—Mmm —jadeó Kate rodeándolo con sus brazos mientras su cuerpo se encendía con irremediable rapidez. Podía sentir la humedad entre sus piernas y no habían cruzado la línea de la intimidad aún.

—Me encantas —susurró Eric soltando los labios de la chica.

Kate sonrió aspirando el cálido y agitado aliento del rubio.

—Lo sé —alegó ella consiguiendo que este riese ronco y sugestivamente contra su boca.

—Engreída —musitó, mientras sus manos tomaban rápida posesión de las nalgas de la castaña, apretándolas hasta el punto de hacerla brincar de excitación. Disfrutando de haberla tomado por sorpresa, y borrando la maliciosa sonrisa de su rostro cuando los labios de la chica se fundieron sobre los de él en otro succulento beso.

—Mmm —jadeó la castaña animándose a jalar la camisa del rubio desde su ancha espalda para subírsela y quitársela lo más rápido que las ganas de sentir las manos de este de regreso en sus nalgas, le permitieron. Jadeando una vez más cuando el sensual y pausado masaje continuó con mayor fogosidad esta vez. Permittiéndose el delicioso gusto de tocar la suave piel del ojiverde,

y sentir la firmeza de sus músculos bajo sus manos. Maravillada con el calor que emanaba su fuerte cuerpo, ese que le recordaba lo pequeña y frágil que era en comparación. Para Kate, la presencia de Eric era la de una gran y hermosa fiera que quería devorarla a mordiscos.

—Quítamelo —pidió ella entre jadeos refiriéndose a su vestido. El rubio, teniéndolo en planes, no le dio más tregua a la prenda y la elevó por encima de la cabeza de la castaña para despojarla de la misma. Y como si sus ojos hubiesen descubierto a la perfección en ese preciso instante, se le quedó viendo en silencio mientras dejaba el vestido caer al piso.

Los verdes e intensos ojos de Eric no se apartaban de ella, la recorrían de arriba a abajo con detenimiento, y cuando las mejillas de Kate empezaron a sonrojarse, este sonrió retomando la cercanía para robarle un suave beso de los labios.

—Eres más linda de lo que había imaginado —confesó bajando sus ojos para embelesarse con la sutil curvatura de aquellos provocativos pechos que, dentro del ajustado sujetador blanco que los cubría, le llamaban a gritos pidiéndole atención.

—¿Me has imaginado? —preguntó ella mientras se desabrochaba el sujetador para dejarlo resbalar por su cuerpo con ayuda de los dedos del rubio.

—No quieres saber cuánto, o desde cuándo —alegó él mientras sus manos se apoderaban de aquel par de redondos pechos que, resultando más tersos y masajeados de lo que había soñado, aun y cuando no fuesen muy grandes, le parecían perfectos.

—Mmm —jadeó la castaña estremeciéndose ante la concienzuda y esmerada atención del rubio para con sus pechos, sintiendo que su cuerpo no podría soportar las ganas de ir mucho más allá por más tiempo—. Tal vez sí quiero.

Eric sonrió travieso, elevó sus verdes ojos hacia la chica, y luego de un jugoso y pausado beso que se acopló perfectamente al ritmo en que masajeaba sus pechos, la complació con la verdad.

—La respuesta es mucho, te he imaginado más de lo debido —reconoció—. Cada noche desde que te conocí —dijo apretando los rosados y pequeños pezones de la chica con sus dedos, disfrutando de verla retener el gemido mientras la sentía estremecer.

—Perverso —musitó Kate a duras penas y a medio jadeo, mientras Eric, dispuesto a cumplir con su implícita advertencia de disfrutarla entera, se

inclinaba para pasar su lengua entre los pechos de la chica, tomándose su tiempo para recorrerlos uno a uno, deteniéndose a darle un par de buenas y suaves chupadas a sus pezones antes de subir por todo el camino entre aquel par de delicias hasta el blanco y terso cuello de la castaña. Pasando por su barbilla, y llegando finalmente a su rosada e hinchada boca. Esa que ya no podía recibir un solo beso sin jadear.

—No te escucho quejarte —destacó el rubio, haciéndola sonreír mientras este aumentaba la intensidad de sus mensajes, sintiendo sus pequeños, pero redondos pechos ponerse firmes bajo sus manos.

—Ahmm —gimió la castaña finalmente, dejándose llevar por completo, entregándose a la excitación que ardía y palpataba entre sus piernas—. Ahmm Eric, no puedo más —admitió la castaña.

El ojiverde, igual o más ansioso que ella, apartó sus manos del dulce cuerpo de la chica para abrirse el pantalón. Esta, aprovechando la situación, se separó de la ventana para permitirse disfrutar del bien formado cuerpo de surfista que poseía el chico. Recorrió su pecho apretando sus marcados pectorales, bajó despacio hasta su fuerte y firme abdomen, deteniéndose en este mientras el futuro arquitecto empujaba los vaqueros al piso, sorprendiéndolo cuando esta metió su mano tras el bóxer para hacerse con su masculina y prominente erección en mano. Sin rodeos.

El rubio, asimilando el atrevimiento de la castaña y mordiéndose los labios para retener el jadeo que dicha determinación le provocó, cogió a Kate por las nalgas con una mano para acercarla más a él, colocando la otra sobre la pequeña y frágil mano de esta para guiarla, enseñándole como le gustaba. Para su suerte, Kate era buena aprendiendo.

Quebrando toda línea de intimidad con aquella delicia, el ojiverde disfrutó en silencio mientras los agitados jadeos que ya no lograba retener llenaban el departamento. Lo estaba volviendo loco. Mas dentro de su aparente falta de cordura, liberó sus manos en busca de la última prenda de ropa interior que cubría el delgado y pequeño cuerpo de la castaña, prenda que duró el tiempo que tardó Eric en empujarla hacia el suelo. Y elevando una pierna de Kate, la hizo detener sus atenciones sobre su miembro para frotar el mismo contra aquel cálido y húmedo coño donde ansiaba hundirse con tantas ganas.

Sumergida en una alucinante y abrumadora oleada de placer que la sobrecogió sin previo aviso, Kate se aferró al cuerpo del rubio mientras lo sentía frotándose contra su muy húmedo centro. El que caliente y ansioso había

empezado a arder y doler producto del afán.

El vaivén de la cadera de Eric se acoplaba al ritmo en que la chica jadeaba, y entre apretones y suspiros, este se empujó dentro de aquella jugosa calidez negado a seguir alargando más el momento.

—Ahmm—gimió Kate clavándole las uñas en la espalda mientras sentía su interior abrirse para él a medida que se enterraba más y más profundo cada vez— Ahmm, Eric.

Satisfecho, el rubio sonrió al escucharla, y sosteniéndose del marco de la ventana, comenzó a empujar despacio sintiéndose crecer en aquel ardoroso coño que le absorbía con exigencia.

Sudorosos, jadeantes y ensimismados, follaban rico y despacio contra el ventanal. Ignorando la posibilidad de ser vistos o juzgados desde la calle. Sumergidos en la creciente y avasalladora emoción que les aceleraba el corazón. Olvidándose de todo y de todos, porque lo único que cabía en sus cabezas en ese momento, era la búsqueda por más. Más placer, más humedad, más calor, más besos.

Llenos de codicia hacían eco los gemidos de Kate, quien disfrutando centímetro a centímetro de aquella virilidad que le invadía, movía su cadera en contra en busca de que se enterrase entero en ella. A la chica le gustaba recibir, pero como disfrutaba de tomar.

Y justo cuando los gemidos de la castaña empezaban a acelerarse, Eric se detuvo, y sin explicaciones innecesarias, elevó a Kate en peso haciéndola rodearlo con sus piernas mientras la llevaba a la habitación. Aquella que, de puertas abiertas, esperaba por ellos.

La cama rechinó cuando cayeron sobre el viejo colchón, y como a quienes les dan luz verde, desataron las ganas entre sedientos besos y fuertes apretones que no encontraban principio ni fin. El futuro arquitecto, envuelto en los labios de Kate, se dio el gusto de palpar con su mano la humedad de esta con un rico apretón, haciéndola estremecer con tanta rudeza que, sintiéndose invitados, sus dedos se hundieron profundo en aquel jugoso coño que les atrapó con ganas y desesperación.

Retorciéndose bajo el poder del disfrute, la pintora logró señalarle la mesita de noche junto a su cama. Eric, comprendiendo la indirecta, se estiró para llegar a la gaveta sin detener el entretenido baile de sus dedos en el jugoso interior de la castaña, excitándose más y más a medida que la escuchaba gimotear.

Haciéndose finalmente con un pequeño envoltorio plateado, usó sus

dientes para abrir dicho paquetico y develar un lubricado preservativo que, logró que Eric detuviese sus dedos para colocárselo.

Sonriente, sonrojada, acalorada y sudada, Kate le miraba con la respiración tan agitada que el pecho le subía y bajaba súbitamente y sin descanso. Ansiosa, le esperó, tomándose el tiempo para detallar cada rincón del cuerpo y el rostro de aquel hombre, el que, sumido en lujuria, la miraba como un tigre mira a su presa antes de comérsela.

El preservativo emitió un elástico chasquido que hizo sonreír a la chica, la que deseosa se acomodó en la cama para recibirlo entre sus piernas, encontrando el perfecto anclaje cuando la lubricada erección del rubio se hundió nuevamente en su interior.

—Ahhhhhhmmm —gimió la chica abrazando la invasión con disfrute. Envolviendo al ojiverde con sus piernas mientras este empujaba rico y pausado contra su caliente centro— Ahhhhhhhmmm —sollozó una vez más sintiéndolo llegar hasta lo más profundo.

El rubio, sin poder apartar sus verdes ojos de cada expresión llena de placer de Kate, se sostuvo de la cama para brindarle a su chica todo el disfrute que esta merecía, todo lo que aquel jugoso y ardiente coño pidiese de él.

Kate gemía, Eric jadeaba y el movimiento de sus cuerpos parecía imitar al de las olas cuando se encuentran en medio del mar. Un anhelado y constante choque que, habiendo encontrado el ritmo perfecto, aumentaba solo cuando querían jugar a tocar la cima por un instante. Orillándose al clímax más de una vez y regresando a aguas tranquilas para prolongar la sensación que se esparcía por sus cuerpos como la espuma sobre la arena. La corriente aceleraba, y los sollozos de la castaña agitaban la marea. La cadera del rubio empujaba una y otra vez, una y otra vez. Estaban tan calientes, que solo ansiaban sentir, sentir y disfrutar.

—Vas a hacer que me corra muy rápido —advirtió el chico genuinamente sorprendido. Nunca le habían excitado tanto.

—¿Yo? —preguntó Kate entre gemidos.

—Sí, tú —reiteró él—. Mmm, por estar tan rica —explicó escuchándola reír a medio gimoteo.

—Córrete —pidió ella sin ninguna aparente preocupación—. Yo también estoy a punto y tenemos toda la noche. —Le recordó.

Eric, obediente, amplió la sonrisa empezando a embestir con mayor fuerza, escuchándola gemir con la misma intensidad.

—Solo si te corres conmigo —impuso. Y a medida que su cadera

empujaba y empujaba contra la castaña, esta gritaba de forma gradual y escandalosa. El placer les sacudió con rudeza, y perdiendo toda noción por un instante, sus cuerpos se tensaron alcanzando el más rico e impetuoso orgasmo que ninguno de los dos hubiese tenido nunca. Las manos de Kate se aferraron al cuerpo de Eric, y este se asió a las azules sabanas de la cama en busca de sustento mientras sus movimientos se tornaban erráticos en medio de la esperada liberación.

Aturdidos por la descarga, sudados y agitados, se tomaron un momento para que sus sentidos se estabilizaran. Inmóviles y silenciosos dejaron que el eco de sus respiraciones aún turbadas les relajara. Una vez sosegados, Eric se empujó lejos del cuerpo de la chica para caer boca arriba en la cama.

Sus mentes divagaban en los recuerdos de cada sensación que habían experimentado hacia un momento, a solo cuando el rubio parecía haber asimilado lo sucedido y lo divino que había sido, giró su rostro hacia ella encontrándose con sus avellanados ojos. Una sonrisa contagió a la otra y pronto se estaban riendo como dos niños que no podían creer la rapidez con la que todo aquello se les había salido de las manos.

—Increíble —musitó el rubio regresando su atención al techo.

—¿Qué cosa? —preguntó Kate suponiendo que se refería a lo que habían vivido.

—Que llegaras tarde viviendo tan cerca del restaurante —respondió el chico consiguiendo que la castaña cogiese la almohada tras su cabeza para golpearlo.

—Estúpido —exclamó divertida, habiendo esperado un comentario muy distinto al que había escuchado.

Eric, entre risas, esquivó la almohada dejándola caer al otro extremo de la cama, en el suelo.

—Es verdad, es increíble —insistió burlón. La chica le dio un suave golpe en la pierna antes de arrimarse más hacia él, manteniendo la mirada fija en el techo mientras este colaba su brazo detrás de su cuello para abrazarla.

—En mí defensa, no soy amiga del tiempo. —Se excusó la castaña buscando la mano libre de Eric para jugar con sus dedos, los que aun calientes le erizaban la piel con el más simple roce.

—Para eso tienes esto. Te lo presento, se llama reloj —bromeó el rubio tomando la muñeca de Kate donde se encontraba dicho artefacto.

Kate se hizo la sorprendía.

—¿Eso ha estado ahí todo este tiempo? —preguntó siguiéndole el juego

—. No, en serio, suelo olvidar que lo llevo puesto. Es tan bonito que lo confundo con una linda pulsera —admitió haciendo reír al ojiverde—. Lo sé, soy un desastre.

Eric pifió incrédulo.

—Lo dudo —dijo—. Tu apartamento está más ordenado que una biblioteca —destacó.

—Sí, porque solo vengo a dormir —explicó ella—. Cuando no estoy en clases, estoy bailando, y cuando no, estoy...

—Teniendo citas a ciegas —interrumpió el rubio.

Kate rio dándole un golpecito en el pecho.

—Gracias a esa cita estás hoy en mi cama, estúpido —apuntó.

—Y por eso agradezco a tu manipuladora *amiga* por haberte obligado —alegó consiguiendo que la castaña le mirase de forma aprensiva. Y antes de que esta refutase, la besó cortándole las palabras mientras se posicionaba nuevamente sobre ella, entre sus piernas y a gusto en aquel caliente y húmedo lugar del que se había quedado fascinado, frotándose suave y sin prisa. Emitiendo un sonoro y jugoso eco cuando sus labios se separaron al fin.

—Desastre o no, para mí eres perfecta —indicó apoyando una mano de la cama para dedicarse a recorrer con sus dedos la figura de aquella mujer bajo su cuerpo. Empezando por su frente, bajando por su nariz y llegando a sus labios donde se detuvo a delinearlos. Continuando el camino mientras expresaba su punto—. Lo supe cuando te vi llegar al café mojando la entrada con tu paragua. Cuando me miraste pensando que era tu cita a ciegas. —Sí, Eric lo había notado—. Cuando me permitiste rescatarte de la zanahoria con esteroides, e incluso cuando rechazaste mis llamadas y mis invitaciones a salir constantemente.

—¿Me vas a seguir recordando lo cruel que fui? —preguntó Kate con una pequeña y atontada sonrisa en el rostro.

—Hasta que mueras —aseguró él continuando el recorrido con sus dedos, llegando a sus pechos, sintiéndola respirar profundo cuando empezó a recorrerlos con pausados círculos alrededor de sus pezones—. También lo supe cuando llegaste tarde al restaurante, pediste una ensalada porque te gusta comer sano y dejaste en claro que el lugar te recordaba al jardín de tu abuela en Carolina del Norte. —El rubio tenía buena memoria, sobre todo cuando algo le interesaba—. Lo supe cuando te escuché reír, cuando te vi sonrojar y cuando me invitaste a desayunar —indicó disfrutando de verla excitarse una vez más con sus atenciones. Embelesado con la facilidad con la que se erizaba

la piel de la chica—. Y estuve seguro de tu perfección cuando te toqué y me di cuenta de que...había vivido toda mi vida con las manos vacías.

Kate no sabía cómo lidiar con las desorbitantes emociones que empujaban unas entre otras dentro de su pecho. No terminaba de asimilar una cuando la otra se hacía espacio para inundarla de sensaciones. Y sumida en aquel torbellino de sentimientos, llevó su mano al rostro del rubio para que elevase sus verdes ojos hacia ella, sintiendo como los dedos del mismo se detenía en seco. Atento.

Una simple sonrisa de la castaña bastó para que el corazón de Eric se desbocase sin remedio. Y sin poderse resistir a la tentación, la besó. Sus labios sonaron al fundirse unos con otros, sus respiraciones se agitaron tras una fuerte exhalación, y la fuerza con que este apretó el cuerpo de Kate, la hizo sacudirse, sintiendo el férreo roce de su nueva y creciente erección contra su centro, anunciando placer. Pero queriendo prolongar el momento, Kate separó sus labios limitándose a acariciar el rostro del chico.

—No soy perfecta —alegó—. Solo ves lo que consideras bueno en mí, lo poco que conoces —destacó—. Pero también estoy llena de defectos.

—Bien, llegar tarde no es precisamente una maravilla de virtud, Alicia —recalcó haciendo reír a la castaña por la comparación, dejando en claro que tenía en cuenta sus defectos, aunque no conociese más que solo ese hasta ahora. Ella le gustaba de todas formas.

—Y tampoco lo es ser desordenada, no medir lo que digo, no tener paciencia, no saber decir que no, no confiar en nadie y por ende juzgar a todos como escorias —apuntó dejando un par de sus defectos a relucir. Y con ellos, aumentando la intriga que despertaba en Eric referente a las implícitas heridas que parecían ser causantes de aquellos *defectos* que la castaña mencionaba. Al menos eso dejaba en claro por qué le costó tanto aceptar sus llamadas y sus invitaciones—. Ser celosa —continuó Kate—, soy muy celosa.

Eric asintió pensando al respecto, habiendo prestado atención.

—Bien, te tengo una mala noticia. Yo también tengo defectos —alegó haciéndola reír una vez más—. También soy celoso, más bien posesivo —corrigió esperando que no se asustase con ello mientras apartaba un mechón de cabello de su rostro y hacia lo posible por concentrarse en lo que hablaban, y no en lo duro que se estaba poniendo por aquella perenne jugosidad que le envolvía entre las piernas de la castaña—. Soy un desastre para tomar dediciones, no me gustan los cambios que no puedo controlar. Soy absurda y psicóticamente perfeccionista. No sé cocinar, no sé lavar ropa ni planchar, y

me resulta imposible bajar la bendita tapa del inodoro después de usarlo.

Aquello último hizo estallar a Kate en carcajadas, las que rápidamente se le contagiaron al chico.

—En serio, es como tú con el tiempo, la bendita tapa y yo no nos llevamos —admitió—. No hay química.

—Parece que somos el uno para el otro —indicó Kate sin medir el significado y la densidad de aquellas palabras, cayendo en cuenta cuando la sonrisa del rubio se amplió llena de vergüenza y sus ojitos se achicaron una vez más aquella noche. Aquel hermoso gesto que empezaba a derretirla entera.

—Sí, eso parece —afirmó Eric mordiéndose los labios sin saber cómo sopesar el significado de aquello. Tal vez si lo eran ¿Cómo saberlo? ¿Cómo estar seguros? A penas se conocían. Pero lo que estaban sintiendo, era sin duda único.

Kate, aterrada con la idea, suspiró mientras acariciaba el rostro del rubio, deslizando su mano hasta la nuca del mismo para jalarlo hacia su boca.

—Dejemos de hablar —pidió con un susurro antes de hacerse con los labios del chico. Acaramelado encuentro que les robó el aliento subiendo nuevamente la temperatura. La castaña nunca imaginó que aceptar una primera cita con Eric conllevaría a todo lo que habían vivido y sentido esa noche. O tal vez lo sabía y por eso había tenido tanto miedo.

El rubio, más caliente que la primera vez, apretó el cuerpo de Kate entre sus manos mientras se tomaba el tiempo para frotarse ansioso contra la misma. Y cuando esta empezó a jadear entre mordiscos, se apartó de aquellos deliciosos labios para regalarle una picara sonrisa. Notándola inquieta y ansiosa cuando se perdió entre sus femeninas y fuertes piernas para hacerse con el jugoso y sobre estimulado centro de la preciosa chica. Usando su lengua y sus dedos como armamento.

Kate gimió, amplió la sonrisa y se aferró a la cama preparada para continuar.

# UN NOVIAZGO COMPLICADO

## *capítulo 2*

***PRESENTE (2018)***

***Sábado, 07:45 P.M.***

Recordar aquella cita había sido doloroso para Kate. Pensar en lo romántico y especial de aquella noche le dejaba con un amargo sabor de boca que le hacía rabiarse cuando se despertaba en ella la añoranza. Y aunque todo hubiese empezado como un peculiar y erótico cuento de hadas, ahora estaban ahí, en el mismo café donde se habían conocido, pero esta vez, como dos extraños a punto de divorciarse. Sí, eso eran, dos completos extraños con un título que habían olvidado. Ni si quiera recordaba la última vez que había sentido aquel revoloteo en el estomago que solo Eric solía ocasionar en ella, o la última vez que le había visto sonrojarse por un halago suyo. Los recuerdos eran muchos, sí, pero la mayoría amargos.

—Ninguna otra mujer había despertado en mí lo que tú despertaste esa noche —aseguró el ojiverde tomando otro sorbo de su cappuccino.

—Fuese lo que fuese se durmió en el camino —señaló Kate con la mirada fija en su café.

—Donde hubo fuego cenizas quedan, o eso dicen.

La castaña resopló con aprensión. Aquel rayado comentario era lo que menos deseaba escuchar en ese momento. La sola insinuación de que seguía existiendo deseo entre ellos después de pasar más de dos años sin dormir en la misma cama, le resultaba de lo más caradura.

—No tengo tiempo ni ánimo para esto —dijo rodando la carpeta con los documentos del divorcio frente a ellos una vez más, abriéndola para ofrecerle el bolígrafo.

Eric respiró hondo cuando vio la firma de la castaña en el documento, ella había firmado decidida a terminar con 10 años de relación. Y terminándose su café, le hizo señas a la mesonera para que se acercase a ellos una vez más.

—Dos raciones de tarta de brownie, por favor.

—En seguida —respondió la joven antes de marcharse.

—Eric, por favor. No lo hagas más difícil —pidió ella resoplando con pesadez, consciente de que el rubio solo intentaba alargar la noche—. Terminemos con esto de una vez.

—No perderás tu vuelo de mañana por pasar un par de horas conmigo hoy.

Kate le miró sorprendida, dejándole descolocada que supiese algo sobre su viaje.

—Has estado hablando con mi asistente ¿cierto? —Eric no respondió— ¿Qué más te ha dicho la traidora esa? —insistió sintiéndose decepcionada de Mildred por venderla de aquella forma.

—Técnicamente no dijo nada —aclaró—. Yo le saqué la información.

—Eso no la salva de un despido, le di órdenes específicas de que no se comunicara contigo —impuso la castaña visiblemente enojada.

—No te desquites con ella. Tu enojo es conmigo.

—Exacto Eric, y es precisamente a lo que vine hoy, a terminar con ese *contigo*. —Kate perdía la paciencia, su cuerpo rechazaba cualquier vestigio de posible dolor—. Es más, esto es mi culpa, no debí venir —indicó cogiendo su bolso para ponerse de pie—, esto fue una completa estupidez.

—Viniste porque muy en el fondo no quieres que esto termine de la forma en que va a terminar si no dejamos el rencor a un lado. —El repentino comentario de Eric consiguió que la castaña se detuviese—. El divorcio es un hecho, Kate. Mañana te irás del país y no volverás a saber de mí —recalcó con resignación—. Yo solo quería que nos viéramos una última vez. Nos lo debemos.

—Yo no te debo nada —impuso la pintora aún de pie, negada a mirarlo.

—Ok, tal vez no a mí —corrigió el rubio—. Pero sí al nosotros, a eso que pudo ser y no fue. Nos debemos muchas explicaciones

Eric había dado en el clavo, Kate detestaba dejar situaciones sin resolver. Y aunque el dolor albergado en su pecho le insistía en marcharse, su parte más razonable le recordaba que la idea del divorcio había nacido de la necesidad de acabar con el daño que se estaban haciendo antes de llegar a

odiarse. Por lo que, resignada y haciendo un gran esfuerzo por bajar la guardia, retomó su lugar.

—Gracias —dijo él, pero ella no respondió, llamó al mesonero para que le trajera otro café.

—¿Que nos pasó? —preguntó Eric de la nada, generando un grueso nudo en la garganta de la castaña. Aquella pregunta pesaba.

—Nos equivocamos —admitió segura de ello—. No estábamos hechos el uno para el otro. Nos dejamos deslumbrar por la química y se nos olvidó que lo más importante en una relación son el respeto y la comunicación. —Muchas habían sido las veces que le había dado vueltas al tema, y aquella seguía siendo su única conclusión. Eso y las visitas al psicólogo le habían ayudado a aceptar la realidad que ella se negó a aceptar por tanto tiempo, la que Eric se negaba a ver.

—Hablas como si solo hubiese sido un capricho y no amor real —reprochó el rubio, no estaba de acuerdo con la forma en que lo veía la castaña.

—Que el amor sea o no real no amerita que sea para siempre, Eric —destacó Kate—. Podemos amar más de una vez, y cada vez de forma diferente.

—¿Y que se supone que signifique eso? ¿Que perdimos el tiempo amándonos?

—No, significa que lo hicimos de la forma equivocada.

## ***10 AÑOS ATRÁS (2008)***

***Sábado, 8:00 P.M.***

El coche de Eric aparcó a las afueras de un sencillo y pequeño restaurante Frances donde había pautado un almuerzo con Kate en celebración de sus ocho meses de relación. Recién había salido de su horario matutino de clases y aunque había tenido que cancelar una reunión con un ingeniero que le ayudaría con un proyecto para la universidad, no había faltado.

—¿Llego tarde? —preguntó ajustándose el abrigo mientras se acercaba a la castaña junto a la puerta, la que luciendo unos vaqueros rosa y una blusa blanca de botones, para él se veía tan hermosa como siempre. Esa sencillez propia de ella le deslumbraba más cada vez.

—No, llegas justo a tiempo —informó Kate recibéndolo con un dulce beso en los labios—. Mis padres llegaron hace pocos minutos —soltó temiendo la reacción del rubio ante la noticia, quien habiéndose quedado

helado, le miraba bastante confundido.

—¿Tus padres? —Creyó haber escuchado mal.

—Umju —corroboró la castaña ante la tensa expresión que se dibujó en el rostro del ojiverde

—Kate, acordamos que no conoceríamos a nuestros padres hasta después del año. —Le recordó visiblemente contrariado con aquella sorpresa.

—Lo sé, lo sé —admitió ella—. Pero no pude aguantarme y mi madre se muere por conocerte —informó ella emocionada con la idea.

—Pues se morirá esperando.

—¡Eric! —reclamó la pintora dándole un golpe en el brazo, pero este no estaba jugando.

—Sabes bien que no me gustan este tipo de sorpresas, Kate —recalcó sintiéndose engañado—. Si tantas ganas tenías de que los conociera antes, habérmelo dicho y hubiésemos llegado a un acuerdo. Pero no así, no cuando tuve que cancelar una reunión muy importante para encontrarme contigo.

Kate le miró ofendida, cruzándose de brazos incluso.

—¿Me lo estás sacando en cara?

Eric, dándose cuenta de cómo les miraban los que esperaban por mesa junto a la entrada, jaló a la castaña hacia el estacionamiento para poder hablar en privado.

—Sí, sí te lo saco en cara porque si hice la cancelación fue porque venía a verte a ti, a celebrar contigo. No para encontrarme con una situación que no me consultaste primero.

—Qué más da ahora o después —insistió Kate empezando a perder el tono divertido—. De igual los vas a conocer en algún momento.

—Sí, pero cuando ambos decidamos hacerlo, no cuando tú me lo impongas —replicó el ojiverde decepcionado y cabreado. Si había algo que le molestaba, era que decidiesen por él o tomasen control sobre su tiempo sin consultárselo.

—¿Y cuándo va a ser eso, Eric? ¿Cuándo tengamos bisnietos?

—No seas dramática —pidió con hastío.

—¿Dramática? ¿Ahora soy yo la dramática? —Aquello ofendió a Kate haciéndole perder la compostura—. Llevamos ocho meses juntos y has estado evadiendo a mis padres y a mi familia desde el primer momento en que los nombré.

—Sí, porque acordamos que nos conoceríamos bien nosotros primero antes de involucrar a las familias. —Le recordó—. Hasta hace menos de dos

semanas aún estábamos de acuerdo en ello. ¿Qué debo pensar ahora? ¿Que eres de las que dice una cosa y hace otra?

Kate le miró con aprensión.

—No seas imbécil —pidió—. Ocho meses es más que suficiente para conocernos.

—No, no lo es —replicó él con franqueza—. Si me tomó por sorpresa que fueses capaz de engañarme para que haga lo que tú quieres, entonces no, no nos conocemos lo suficiente aún, Kate.

—¿Hablas en serio? —Aquel golpe de realidad pareció bajarle los ánimos a la castaña.

—Hablo muy en serio. No creo que sea el momento indicado para conocer a nuestros padres —insistió seguro de ello. Para Eric involucrar a las familias significaba otro peldaño en su relación que no estaba listo para dar, otro cambio que no había pensado como afrontar.

Aun cruzada de brazos, la castaña suspiró viendo hacia el fondo del estacionamiento.

—Eres un cobarde. ¿Como pretendes que crea que quieres un futuro conmigo si tienes tanto miedo a conocer a mis padres?

Tal insinuación no pareció gustarle al ojiverde.

—Que no opinemos lo mismo no significa que tenga miedo —aclaró de inmediato.

Kate suspiró reacia a aceptar su culpa en aquella situación.

—¿Que vas a hacer entonces? ¿Te vas a marchar?

Eric no respondió, se sentía manipulado.

—¿Sabes lo difícil que fue hacerlos venir desde Carolina del Norte? —continuó Kate—. Desde el divorcio no se hablan, y cuando lo hacen es solo para insultarse —Le recordó—. Que aceptaran venir fue un milagro

—Lo sé —aseguró el futuro arquitecto consciente de ello. Pero eso no quitaba el hecho de que, si hubiesen hablado del tema antes, lo hubiesen planeado para otro día y él no hubiese tenido que perder su reunión.

—¿Entonces? —insistió la castaña—. ¿Te vas o te quedas?

El ojiverde le miró pensando aún al respecto. Kate se notaba nerviosa y bastante angustiada. Él sabía lo difíciles que eran sus padres, se lo dejaba en claro una y otra vez. Y aunque aquella sorpresa no le había gustado, no quería dar una mala impresión si se marchaba ahora, tampoco que ella se lo sacase en cara en un futuro. Suspiró, sacó todo el enojo que pudo de su pecho, y estiró su mano pidiendo por la de ella.

—¿En serio? —preguntó Kate con reprimida emoción, costándole creer que hubiese aceptado cuando en otras ocasiones en las que ella había pretendido que el hiciera algo por complacerla, había salido corriendo.

—Sí, entremos antes de que me arrepienta —impuso regalándole una media sonrisa que terminó por desatar el nudo que la castaña había tenido en su pecho todo el rato.

—Gracias —susurró ella cogiendo su mano antes de darle un beso—. Se que, aunque lo niegues, te asusta la idea de un cambio como este. Conocerlos implica que los involucremos en nuestra relación de una forma u otra. Pero no te preocupes, estarán peleándose por ver quien te trata mejor.

—¿Se supone que eso debería alegrarme? —inquirió dudoso mientras regresaban a la entrada del restaurante, donde sentados en una mesa para cuatro esperaban los padres de Kate.

### ***9 AÑOS ATRÁS (2009)*** ***Domingo, 08:00 A.M.***

La luz que entraba por la ventana calentaba las sabanas donde Eric dormía tan plácidamente aquella mañana. Abrazado a la almohada abrió los ojos para ver el reloj, aún era temprano. Ansiaba dormir otro par de horas aquel domingo, pero el exquisito aroma a café y tocino interrumpieron el somnoliento estado en el que había tenido todas las intenciones de pasar todo el día. Se giró boca arriba reacio a levantarse, pero lo hizo finalmente ante la curiosidad de saber a qué se debía aquel rico aroma. Aun en ropa interior se llegó hasta la pequeña sala de su departamento, donde la maliciosa sonrisa llena de picardía que tanto le gustaba a la castaña, se le dibujó en el rostro ante la sorpresa que le estaba esperando.

Kate, enteramente desnuda, terminaba de servir el desayuno.

—Buenos días —dijo Kate con una coqueta expresión.

Eric amplió la sonrisa, aquella chica seguía sorprendiéndolo todos los días.

—No te escuché entrar —destacó mientras le detallaba sin discreción alguna.

—Esa era la idea —aseguró ella colocando la jarra de jugo de naranja en el centro de la mesa.

—Pensé que nos veríamos esta tarde y luego iríamos a cenar.

—Lo sé —afirmó Kate dándole la espalda a la mesa mientras aquella inquietante sensación que Eric solía despertar en ella, hacia acto de presencia debido a la forma en que le miraba—. Pero no te he visto en toda la semana con eso de tus entregas en la universidad, y ya sabes lo que dicen, si Mahoma no va a la montaña...

—La montaña va a Mahoma —completo él la frase.

—Exacto. Además, ya se me antojaba verte.

—¿Solo verme? —preguntó Eric con insinuante tono, acercándose finalmente a la desnuda castaña.

—Bien, tal vez se me antojaba más que solo verte —admitió con un sensual y travieso contoneo mientras su corazón se agitaba al ritmo en que aquellas mariposas revoloteaban salvajes en su estómago.

—Ya veo —dijo el rubio cogiéndole de la cadera para acercarla a él, sintiendo a la castaña estremecer en sus manos— ¿Y tienes algo en mente?

Kate sonrió acariciando el fuerte y bien marcado pecho del ojiverde.

—Tal vez, no lo sé.

—¿Y a quién le pregunto?

—A mis labios, puede que te respondan.

Ahí estaba una vez más la maliciosa sonrisa de Eric que a Kate tanto incitaba.

—Buena idea —susurró el ojiverde antes de plantarle un sensual beso, jalándola contra su cuerpo en buscar de sentir sus pechos frotándose contra su piel. Sintiendo que se le erizaba la espalda ante las frágiles manos de viajando desde sus brazos hasta alrededor de su cuello, provocando que la apretase un poco más por el mero gusto de escucharla jadear.

—¿Podemos pasar al postre? —preguntó divertido.

—Contaba con eso —respondió ella impulsándose con un corto brinco para que Eric la cargase en peso.

Cogiéndole por las nalgas, el rubio la llevó hasta el sofá donde, tomando asiento con ella a horcajadas sobre él, les dieron rienda suelta a sus bocas para comerse a besos. Se acariciaron el uno al otro, se masajearon y toquetearon hasta sentir que la piel empezaba a arder. Y cuando los meneos de Kate sobre el vientre del rubio comenzaron a tomar ritmo e intensidad, este supo que la castaña no se andaba con rodeos aquella mañana, ella sabía lo que quería y estaba dispuesta a obtenerlo.

Se frotó una y otra vez sobre el ya estimulado miembro de Eric, mientras que este, distraído con los pechos de la joven, se daba un festín con sus

pezones, escuchándola soltar quejidos que aumentaban el volumen a medida que sus atrevidos besos se convertían en fuertes mordiscos.

Kate ansiaba más, su centro palpitaba caliente y húmedo. Decidida detuvo el baile de su cadera para sobar el duro y viril miembro del ojiverde con una mano, asegurándose de que estaba justo como lo quería para sacarlo de la sofocante tela del calzoncillo.

Eric sonrió viéndola sonrojar, la castaña se había percatado de lo urgida que se debía estar viendo, pero a él le encantaba, le excitaba saber lo mucho que a ella le gustaba el sexo con él. Le cogió del cuello para hacerse con su boca, y mientras le saboreaba la ayudó a ubicarse sobre su vientre para poderle penetrar, escuchándola gemir entre besos mientras esta le enterraba las uñas en los hombros.

Sintiéndose llena, la castaña se apoyó del pecho de Eric para comenzar a mover su cadera, gozando de sentirle moviéndose dentro y fuera de ella. El rubio le apretó los muslos dejándola tomar el control, y viéndola cerrar los ojos sumergida en placer se sintió grande.

Las caderas de Kate aumentaron el ritmo con rapidez, así como lo hicieron los jadeos de ambos y sus agitadas respiraciones. El ojiverde le acariciaba, le masajeaba y se deleitaba con los pezones de esta de cuando en vez, escuchándola dejar los jadeos atrás para empezar a gemir con ganas cuando llegaron a ese punto del clímax donde se sentía tan rico que no podían parar.

Llevando sus manos hacia atrás hacia las rodillas de Eric, Kate aceleró el ritmo lo más que pudo, él le cogió de la cintura para ayudarla mientras el sonido que ejercía el choque de sus cuerpos le desquiciaba. Los gemidos crecieron y sus músculos se tensaron. La pintora chilló a punto de colapsar, y el ojiverde le acompañó con fuertes jadeos totalmente extasiado. Correrse había sido tan fácil y rico aquella mañana.

—Feliz Aniversario cariño —musitó él entre jadeos mientras le acariciaba la espalda.

—Feliz Aniversario —respondió ella con la misa dulzura antes de fundirse en un beso.

*9 AÑOS ATRÁS (2009)*

*Martes, 11:00 P.M.*

El timbre en casa de Judith sonaba una y otra vez, una y otra vez. En el interior, la castaña de corta melena ondulada y delgada contextura de modelo, con los tímpanos al borde y la cabeza a punto de una jaqueca, abrió finalmente la bendita puerta.

—¿Qué?! —preguntó de mala gana, luciendo un pijama de rayas color violeta.

—¿Dónde está Kate? —exigió saber el rubio, adentrándose al apartamento como fiera salvaje.

—Adelante, no hay problema, no te molestes en preguntar —replicó Judith con total sarcasmo.

—¿Dónde está? —insistió Eric viendo alrededor. No la veía.

—Son las 11 de la noche y es tu novia, ¿No deberías saberlo tú? —respondió ella con intencionada odiosidad.

—Y tú la amiga entrometida a la que acude cuando nos peleamos —recalcó él asomándose a las habitaciones.

—¡Din, Din, Din! —emitió Judith un sonido de campana ganadora—. Has dado en el clavo, cuando se pelean, ósea ustedes ¿Yo que pinto en todo esto?

—¿Sabes o no sabes dónde está? —insistió seca y bruta.

—No, no lo sé. Y si lo supiese tampoco te lo diría —respondió orgullosa.

Eric le miró con asco antes de regresar a la puerta que la castaña había mantenido abierta.

—Si la ves, aconséjale a tu amiga que valore lo que tiene y que mejore su comportamiento infantil.

Judith soltó la carcajada ante lo patán que había sonado aquello. A la chica nunca le había gustado el rubio ni la forma que tenía de hablarle a Kate cuando discutían. Pero había terminado de agradarle cuando de alguna forma que ella aún no comprendía, había logrado convencerla de que dejase las practicas de baile porque les quitaba tiempo para estar juntos.

—Podrá haber mejores que ella, imbécil. Pero definitivamente hay cientos de miles mejores que tú, y aun así la muy ciega te eligió a ti. —Le recordó de mala gana—. Así que aprende a valorarla tú y lárgate de mi casa antes de que me obligues a golpearte con algo.

Eric no respondió, le miró nuevamente con desdén y se marchó.

De camino al departamento de Kate, el rubio pasó frente al café donde se habían conocido y donde no se le había ocurrido buscar en un principio. La

divisó desde el coche, y apresurado buscó donde aparcar para ir a su encuentro. Entró al local como alma que se lleva al diablo, y se sentó frente a ella con una cerrada y colérica expresión.

—¿Se puede saber dónde has estado todo el día? —preguntó haciendo lo posible por mantener la voz baja.

Kate, indiferente a su enojo, terminaba de empinarse un trago de café antes de elevar la mirada hacia él sin responder a su pregunta.

—Te hice una pregunta Kate. ¿Dónde has estado? —insistió—. No te puedes desaparecer sin decirme a dónde vas o dónde estás.

—Quería estar sola —respondió ella finalmente, tragándose lo que realmente quería decirle, callándose las ganas que tenía de mandarlo a la mierda porque temía que aquella discusión pudiese acarrear un rompimiento. No quería perderlo por una discusión.

—Debiste decirme —continuó Eric con el reclamo—. Eres mi novia, me debes un poco de respeto y consideración.

Kate tragó grueso, tenía tantas ganas de insultarlo.

—Ya te dije que quería estar sola, ¿Qué mas quieres que te diga? ¿Quieres que te pida disculpas? Bien, discúlpame por no haberte llamado cuando quería estar sola.

—No me trates como loco.

—No te trato como loco, Eric —replicó la castaña perdiendo la paciencia—. Respondo a lo que me preguntas.

Algo exasperado, el rubio llamó a la mesonera para que le trajese un cappuccino, creándose un denso silencio entre ellos una vez la chica se marchó con el pedido. Kate no le miraba, se mantenía distraída con la taza de su café y las galletas que había ordenado.

—¿Podemos hablar de esto como dos adultos? —pidió Eric—. Sin que salgas corriendo nuevamente.

—¿Sin salir corriendo? —preguntó la pintora ofendida, su control estaba llegando al límite—. ¿Quién me dejó hablando sola porque no tenía tiempo para discutir estupideces? —Le recordó.

—No soy un cobarde, Kate

—Que conste que no lo he dicho yo esta vez —recalcó la castaña—. Pero sí, eres un maldito cobarde.

El cólera podía verse aumentar en los verdes ojos del rubio.

—Fuiste tú quien no atendió mis llamadas después de clases. La que se desapareció negada a seguir conversando.

Kate resopló incrédula de que volviese al mismo tema huyendo de la responsabilidad de haber sido el quien le diese la espalda al problema.

—¿Y qué esperabas que hiciera después de que mi novio me dijo que no tenía tiempo para hablar conmigo sobre la estupidez de mudarnos juntos? ¿Cómo esperabas que me sintiese cuando me dejó en claro que tenía planes más importantes? Cuando me sacó de la nada el cuento de una supuesta beca en Londres de la que no sabía nada —Kate temblaba, las manos le temblaban de impotencia. Detestaba discutir, odiaba tener que llegar a situaciones como aquellas en las que le aterraba que fuese el final—. Me trataste como a un trapo, Eric. Y tú solo te comportas así cuando te come la cobardía ante los cambios.

Aquello no lo pudo refutar el futuro arquitecto. Él se lo había advertido, no reaccionaba bien con los cambios.

—Lo que me pides es muy drástico —alego él.

—Llevamos más de un año juntos y hemos hablado de vivir juntos por lo menos un tiempo antes de casarnos para darnos tiempo a conocernos mejor en otro ámbito de convivencia —Le recordó Kate pareciéndole increíble que insistiese con poner excusas—. Si estás de acuerdo en que eso es necesario, ¿Por qué negarte ahora diciendo que es drástico? ¿Por qué inventarte un viaje de estudio justo ahora que yo empiezo a tocar el tema?

La castaña había imaginado una y otra vez la convivencia con él. Se había hecho ideas desde el momento en que el tema había salido a colación una tarde cualquiera. Estaba segura de que las discusiones cesarían cuando viviesen juntos y compartiesen un poco más que la cama.

—El viaje es necesario —insistió él.

—¿Desde cuándo? —inquirió Kate perdiendo nuevamente la paciencia—. Tienes una excelente beca aquí, ese viaje solo empezó a estar en tus planes hace unas horas cuando te propuse mudarme a vivir contigo.

—Atacas la idea del viaje solo porque te da celos que vaya con Claudia —recalcó él usando a la rubia como estrategia para desviar el tema. Y es que la sola mención de aquella chica le cambió el semblante a la castaña.

—El hecho de que vayas con esa zorra es otro punto que me tiene al borde de quererte arrancar la cabeza —admitió—. Sabes muy bien que esa rubia estúpida te tiene ganas y que no me gusta que la tengas cerca. Pero tú no solo aceptas un viaje de estudio de ocho meses para evadir el avanzar en nuestra relación, sino que además lo haces con esa.

—¿Ves? Te dije que estabas celosa.

—Tal vez, pero eso no te quita lo cobarde.

El silencio se hizo una vez más cuando la mesonera llegó con el cappuccino, ahondándose cuando esta se marchó dejándolos nuevamente solos.

—Claudia y yo somos solo amigos, y lo sabes —aseguro Eric probando su café.

Kate resoplo con pesadez. Le resultaba increíble su forma tan descarada de cambiar el enfoque del tema como si hablasen del clima. De centrarse siempre en aquello que la señalaba a ella como la culpable de todo mal y lo dejaba a él en segundo plano.

—Claudia no es el problema, Eric —sostuvo ya cansada—. Tú lo eres.

Diciendo aquello se puso de pie para marcharse.

El rubio quiso detenerla, pero no armaría un espectáculo. La vio irse sin mirar atrás, y aquella imagen de le atravesó el pecho dejándole una desagradable sensación de abandono y vacío que le hizo sentir como un gran imbécil. Muy en el fondo sabía que ella tenía razón, que solo buscaba una salida porque la idea de vivir juntos le aterraba. Pero él también tenía razón en molestarse con sus constantes caprichos de que todo tenía que ser como ella tanto lo había imaginado. Kate le había repetido tantas veces que él era su sueño hecho realidad, que el ojiverde vivía bajo la presión de no decepcionarla, no quería defraudarla y que la relación terminase por su culpa.

El reloj de pared en el departamento de Kate marcaba la 1 de la madrugada cuando el timbre sonó. La castaña se levantó del sofá limpiándose las lágrimas y miró por el ojillo de la puerta encontrándose a Eric.

—Sé que estás ahí —dijo el rubio viendo la sombra bajo la puerta—. Abre la puerta por favor.

La pintora se lo pensó, estaba cansada de discutir.

—Kate, por favor, tenemos que hablar.

No era fácil para ella escucharlo insistir cuando su orgullo se imponía pidiéndole que le mandase al demonio. En esos momentos recordaba las palabras de Judith y las de su madre cuando le decían que Eric no era el indicado para ella. Le hacían dudar, le hacían cuestionar su relación con el rubio en ese momento. Pero es que la castaña le quería tanto. Había soñado siempre con un chico como él, que le quisiera y deseara como si fuese lo más importante en su vida, que fuese capaz de dejar todo por ella, por hacerla feliz. Sus sentimientos por Eric eran más fuertes que cualquier duda, y no

queriendo perderle abrió la puerta finalmente.

—¿Qué quieres ahora Eric? ¿Vienes a terminar conmigo para poderte ir feliz a tu beca?

—¿Qué? —aquella insinuación alarmó al rubio generándole un desagradable susto en la boca del estómago ante la sola mención de la idea— ¿Terminar contigo?, ¿Pero de dónde has sacado eso preciosa? ¿Estás loca? Yo no terminaría contigo por algo así.

—¿Entonces? ¿A dónde va nuestra relación si tú te marchas ocho meses? —Quiso saber ella con los ánimos ya por el suelo. Ni si quiera le importaba si se mudaban juntos o no, el ojiverde se marchaba con otra por largo tiempo y eso le tenía descocida desde adentro hacia afuera.

—Tenías razón —aceptó Eric a duras penas, obligándose a hacerlo muy por encima de su orgullo—. Tengo miedo. El viaje solo fue la salvación perfecta para no tener que lidiar con el hecho de que nuestra relación pide cambios que tengo miedo a afrontar. —argumentó manteniendo en pie la mentira del viaje. No podría decirle ahora que todo el cuento de la beca había sido solo eso, un cuento lo suficientemente bueno como para evitar la mudanza. No podía decirle que le había mentido cuando intentaba reconciliarse con ella. El sabía que había obrado mal, pero ya no había vuelta atrás, decirle la verdad solo le haría mas daño.

Kate respiró con alivio, que admitiese su parte en aquella situación le dejaba más tranquila.

—Los vas a tener que afrontar tarde o temprano si quieres que esto tenga un futuro —indicó cruzándose de brazos cuando la tristeza y la decepción se dibujaron en aquel hermoso rostro del que el rubio estaba tan enamorado. Partiéndole el alma en dos al saberse culpable de aquel dolor.

—Lo sé, lo sé —admitió, tragándose las palabras cuando las excusas que estas quisieron formar en su boca de forma instintiva le resultaban solo eso, más excusas—. Soy un cobarde. Me asusta la idea de fallarte —confesó sintiendo que su interior se tambaleaba ante la ansiedad, no le resultaba fácil asumir una verdad que solía ignorar—. Me aterra la idea de arruinarlo todo y que me dejes por mis estupideces. Yo no...y-yo no... —Eric calló sin saber que más decir que no le expusiera entero ante la castaña.

Kate respiró hondo mirándole fijamente.

—No quiero que pierdas la oportunidad de la beca si realmente es mejor que la que tienes aquí —indicó con pesar, no le hacía feliz la idea y no estaba a gusto sabiendo que se iría con Claudia, pero si eso lo hacía feliz, lo que ella

quería dejaba de importarle.

—No es mejor, pero es una gran oportunidad —explicó el ojiverde manteniendo la mentira—. Pero no quiero irme sabiendo que no estás feliz con la idea. Dime qué quieres que haga ¿Quieres que me olvide del viaje para que planeemos una vida juntos? ¿Eso quieres que haga?

La castaña negó con la cabeza.

—No quiero que lo hagas solo por complacerme, no quiero que lo nuestro se interponga en tu futuro —expresó la pintora tragando grueso una vez más.

—Mi futuro eres tú, Kate —aseguró Eric acercándose para tomar sus manos—. Lo supe ese primer día en el Bohemian café, y lo recordé ahora cuando te vi marcharte sin mirar atrás.

Los avellanados ojos de Kate se empezaron a llenar de lágrimas, todo aquel asunto le tenía saturada. La posibilidad de que se marchase con otra o de que tal vez no tuviesen futuro si él no se decidía a avanzar, todo llevaba al mismo punto, un final para ellos.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó ella algo temerosa de la respuesta, haciendo lo posible por retener las lágrimas

—Significa que no voy al viaje —anunció—. Y no, no lo hago por complacerte —aclaró antes de que esta insistiese—. Lo hago porque tengo que dejar de buscar escapes. Quiero estar contigo, quiero una vida contigo y no la voy a conseguir si lo arruino todo antes de empezar.

Kate le escuchó en silencio, pensando en lo que decía, fallando en el intento de no venirse en llanto cuando las lágrimas le inundaron el rostro. Eric la jaló de inmediato hacia el rodeándola con sus brazos, sintiendo como esta le respondía con la misma necesidad.

—Lo siento cariño —dijo—. Siento mucho todo este absurdo. Siento mucho la forma en que te hablé y te traté hoy, no sé que me pasó.

—Pasó que eres un imbécil, eso es lo que eres —recalcó ella aferrada a su cálido pecho, sintiendo la mano del rubio acariciarle de aquella forma que tanto le gustaba. Como si su piel fuese de cristal—. Te amo. Te amo como no he amado a nadie Eric. No me lastimes, no tú.

—Nunca preciosa —prometió este tragando grueso, temiendo el poder de aquella promesa cuando había sido capaz de mentirle. Aun sentándole mal el haberlo hecho, no lo admitiría, no frente a ella—. Eres lo más grande y bonito que tengo. Tú eres quien me ordena la vida, o me la desordena...ya no sé —indicó con una suave risa compartida—. Pero yo también te amo. Te amo como

no he amado a nadie.

# FELIZMENTE CASADOS

## *capítulo 3*

***PRESENTE (2018)***

***Sábado, 07:55 P.M.***

La mesonera regresaba con el segundo café de Kate y con dos buenos trozos de tarta de brownie que bastante habían tardado en llegar. Las dejó sobre la mesa pidiendo disculpas por la demora y se marchó ante el frío gesto con que ambos le respondieron para despacharla.

—Aunque no lo pareció nunca, también tuve miedo de mudarnos a vivir juntos —admitió la castaña mientras meneaba su café buscando atemperarlo—. Lo tuve cada vez que tú lo tenías, no era de piedra —reiteró—. Y aunque muy en el fondo supiese que tus comportamientos o tu forma de tratarme no estaban bien, me convencí a mí misma una y otra vez de que solo se trataba de eso, de tu constante inseguridad. Pensaba que yo debía superar el miedo por los dos y que las cosas cambiarían algún día.

—Que *yo* cambiaría algún día —recalcó Eric consiente de a qué se refería.

—Sí, supongo que nunca estuvimos en la misma página —indicó Kate con la mirada fija en su café, pensando en todas esas veces en que ella esperó cosas, palabras o acciones de él que nunca llegaron—. Queríamos y esperábamos cosas diferentes de la relación.

En medio de otro silencio, la castaña aprovechó para beber finalmente de su segundo cappuccino.

—Siempre fui un cobarde —aceptó el ojiverde retomando la conversación—. Pero eso no significa que no te quisiera en ese entonces, o que no lo haga ahora.

Kate pifió casi al borde de una risa ante aquel absurdo.

—No te burles de mí, Eric —pidió dándole otro sorbo al café.

—No lo hago —aseguré el rubio habiéndose terminado el suyo hacía rato—. Ya te dije antes que solo quería verte una última vez. Despedirnos de forma cordial antes de no vernos más.

—¿Y tenías que traerme aquí? —preguntó Kate finalmente, había tenido el reproche atragantado entre el pecho y la espalda desde la llamada donde le pidió dicho encuentro—. Podíamos habernos visto en tu oficina, en un parque o en un restaurante cualquiera. ¿Tenías que traerme aquí? ¿Tenías que citarme precisamente aquí para seguirme haciendo daño?

Eric tuvo intenciones de responder a la defensiva, pero los avellanados ojos de la castaña reflejaban la turbulenta marea de emociones que pasaban por su cabeza, y solo en ese momento el rubio pareció darse cuenta de que aquel encuentro en el café que para él solo significaba un gran golpe de nostalgia, a ella le lastimaba. Una vez más se había comportado como un egoísta que se había olvidado de cómo se sentiría ella acudiendo a aquel lugar donde no solo se habían conocido, sino donde muchas otras decepciones y malos recuerdos habían dado lugar, tal vez algunos de los más difíciles de olvidar.

Respiró hondo y con dificultad mientras su rostro se desfiguraba con la vergüenza.

—Lo siento —dijo—. Cuando tuve la idea de reencontrarnos estaba pensando solo en mí.

—¿En serio? No me había dado cuenta —alegó ella con sarcasmo.

—Solo quería despedirme de ti antes de que me olvidaras. —Se excusó Eric cabizbajo.

El significado de aquellas palabras hizo un hueco en el estómago a la castaña haciéndole bajar la guardia una vez más. La palabra olvido le había sabido amarga e imposible.

—No voy a olvidarte —admitió—. Ya sea por lo bueno o por todo lo malo, no podría olvidarte. —El arquitecto pareció aliviado por aquella confesión—. Nos hicimos mucho daño, es cierto. Pero eso no borra las cosas buenas, aunque fuesen pocas —indicó viendo a un afligido Eric forzar la sonrisa.

—Ambos lo arruinamos —continuó Kate—. Ambos lo echamos por la borda desde un principio y sin darnos cuenta. Nos aferramos a la idea de algo especial sin importarnos lo que quería el otro. Tú con tu constante inseguridad,

y yo con mis agobiantes exigencias para que todo fueses como yo quería. Lo nuestro no tenía futuro y no quisimos verlo.

—No —replicó el rubio finalmente—. Tú tenías todo el derecho a exigir de mí lo que deseases, yo fui quien te falló y no pudo ser el hombre que necesitabas.

—No Eric, las relaciones no funcionan así —insistió ella entendiéndolo ahora—. Una pareja en la que ambas partes deben cambiar para hacer feliz al otro no tiene sentido. Simplemente porque no podemos moldear a los demás para llenar lo que nos falta a nosotros mismos.

El arquitecto no dijo nada al respecto, no había pensado en la situación de aquella forma y no tenía argumentos con los que contraatacar. La castaña tenía razón, y por mucha rabia que le diese aceptarlo, no había mayor verdad que aquella.

Se permitió una buena cucharada de tarta y pidió otro café a la mesonera con una seña.

—Ojalá existiese una forma de saber si las cosas van a funcionar —dijo con malhumorado tono.

—La vida sería aburrida entonces —apuntó Kate paseando sus dedos por el contorno de la taza.

—Eso fue lo que dijiste cuando te pedí matrimonio. —Sacó Eric a colación con una media sonrisa en el rostro— ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? Le pagaste a más de treinta estudiantes de mi facultad para que sostuvieran un enorme letrero de letras rojas que me pedía pasar el resto de mi vida junto a ti —recordó probando la tarta finalmente. Estaba buena, pero el sabor ya no era el mismo de hacia 10 años.

—Sí, me echaron a patadas —recalcó el rubio logrando robarle una sonrisa a Kate—. Luego no dejábamos de discutir por la fecha en la que nos casaríamos. Tú querías que fuese en noviembre y yo en octubre. A la final lo hicimos en abril.

—Antes de que mi padre muriera —apuntó la pintora con sequedad. El repentino recuerdo le había borrado la sonrisa del rostro.

—20 de abril del 2011 —indicó Eric—. Él murió un mes después, luego de la luna de miel.

—Sí, la que te negaste a cancelar, y por la que no pude pasar su último mes de vida con él —replicó la castaña dándole otra probada a la tarta, agradeciendo la agradable dulzura de esta para no envenenarse de amargura en ese momento—. Todo porque tú te atribuíste el derecho de mentirme y decidir

qué era lo mejor para mí.

## ***7 AÑOS ATRÁS (2011)***

***Lunes, 10:00 A.M.***

Sentada junto al teléfono en la habitación de un lujoso hotel de las Bahamas, Kate esperaba la llamada de su tía para saber cómo seguía su padre. El accidente no les había tomado por sorpresa, pues no era un misterio que su padre bebía más de lo normal desde hacía muchos años. Había sido una de las razones por la que su madre le pidió el divorcio, y la razón principal para que se encontrase en la cama de un hospital debatiéndose entre la vida y la muerte luego de la boda de su única hija.

—El día esta maravilloso —dijo Eric viendo por el gran ventanal que daba a la piscina. Preocupado por el silencio de su ahora esposa, se terminaba de vestir—. Cariño, dijo que llamaría después de las doce —Le recordó acercándose a ella—. El tiempo no correrá más rápido porque te quedas ahí sentada esperando.

—Lo sé —admitió Kate sin moverse del mismo lugar mientras el ojiverde se arrodillaba frente a ella buscando su mirada.

—Es nuestra luna de miel, cariño. Tienes que hacer el intento de disfrutar.

—¿Para hacerte feliz a ti? —Soltó la castaña arrancándole la sonrisa al rubio.

—No, para que no te ahogues en angustia —respondió este no habiéndole gustado aquella contestación por parte de su esposa.

—Para eso tenía que haberme quedado con él, no haber venido obligada a este absurdo.

—¿Absurdo? ¿Obligada? —repitió Eric creyendo haber escuchado mal— ¿Eso es lo que piensas de nuestra luna de miel? —Kate no respondió, el silencio se hizo tajante y el ojiverde se puso de pie con visible enojo—. Nos casamos hace menos de 72 horas, Kate. —Le recordó— No hemos dormido juntos, no hemos tenido sexo, no me has dirigido la palabra desde que salimos de Los Ángeles, y ahora me dices que nuestra luna de miel por la que estuvimos reuniendo por más de un año es un absurdo al que aparentemente te obligué a venir.

La castaña se mantuvo en silencio, viendo hacia el mismo punto.

—¿Sabes qué? Tienes razón, no debí apuntarte con una pistola para que te montases en el avión —dijo con amargo sarcasmo mientras se alejaba de ella.

—No seas imbécil —pidió la pintora con cansancio—. Estamos hablando de la vida de mi padre.

—¡Lo sé, Kate! —respondió Eric alterándose—. Pero fue tu padre quien me exigió que no cancelara el viaje por más que me lo pidieras porque no quería arruinarte ni tu boda ni tu luna de miel —contó el rubio tragando grueso por la enorme mentira que se estaba inventando en ese momento. Él sabía que estaba mal, que había jurado no mentirle de nuevo, pero no quería verla así. Nadie sabía lo que era mejor para ella, solo él. Y en su pensar lo mejor era que siguiera adelante con su vida y que no estuviese dándose golpes de pecho por un borracho que solo le había dado sufrimiento toda su vida.

Kate, cayendo en su engaño, levantó la mirada visiblemente sorprendida con aquella información.

—¿Mi padre te pidió eso? —preguntó alarmada.

—¿Y qué más da? Tú no quieres estar aquí de todas formas —sentenció el rubio de mala gana—. Cuando decidas qué quieres hacer, si quedarte o irte, me avisas —impuso saliendo de la habitación con un fuerte portazo. Dejando a Kate sin palabras, sintiéndose mal, culpable e incluso egoísta.

Eran las dos de la tarde y Eric aún no regresaba a la habitación. Kate, luego de haber hablado con su tía y haberse quedado más tranquila con la noticia de que su padre había salido de terapia intensiva, bajó al lobby del hotel en busca de su marido. Varios minutos más tarde lo encontró en la piscina junto a una hermosa rubia que le pareció conocida desde la distancia. Su interior se encendió con un fuerte cólera cuando finalmente la reconoció. Era la amiguita de Eric la de la universidad, esa con la que pensaba hacer el viaje: Claudia.

Se acercó disimulando lo mucho que la rubia le revolvía el ánimo, y luciendo un vestido playero en tonos rosa se detuvo junto a ellos. El ojiverde la divisó y su expresión cambió de inmediato.

—No pensé que te encontraría aquí —apuntó la castaña consiente de que el arquitecto no era muy partidario de las piscinas, el rubio prefería las playas — Tampoco regresaste para almorzar.

—Lo sé, almorcé con Claudia —informó señalando a la mujer frente a él —. ¿Te acuerdas de ella?

Kate forzó la sonrisa, le resultaba insólito que además hubiese almorzado con la rubia.

—Claro, tu amiga de la universidad y tu nueva compañera en la constructora —recalcó muy al tanto de la cercanía que tenía dicha mujer con su marido—. Qué casualidad encontrarla aquí.

—Sí, una gran casualidad —admitió Claudia con coqueto gesto—. Eric comentó en la oficina que su luna de miel sería en las Bahamas y me pareció interesante conocer el lugar —contó con una sonriente expresión mientras apartaba el cabello húmedo de su cuerpo—. Lo que no imaginé fue que me lo encontraría en el mismo hotel —agregó con una suave risa en la que Eric le acompañó mientras Kate controlaba sus ganas de arrancarle la cabeza a la tipeja esa. No era tonta y no creía en las casualidades, estaba segura de que la rubia pretendía algo con su esposo.

—Ya sabes cómo es Eric —continuó Claudia—. Se reserva los detalles de todo. Si hubiese sabido que vendrían a este hotel, hubiese buscado reserva en otro para no molestarlos.

—No eres una molestia, Claudia —indicó el rubio— ¿Verdad, cariño?

Kate se obligó a sonreír una vez más en respuesta. Si hablaba, lo que saldría por su boca sería de todo menos palabras bonitas hacia la mujercita aquella.

—No tienes que decirlo por educación, es tu luna de miel y todo recién casado quiere privacidad —replicó Claudia acomodándose en su asiento.

—Aun así, insisto en que no eres una molestia. —El arquitecto era bien conocido por su cordial simpatía.

—Hablando de privacidad. Eric no habla mucho de ti en la oficina, como ya dije, es muy reservado. Pero supongo que eso ya lo sabes.

—Es *mi esposo* después de todo —recalcó la castaña con una odiosa mueca en los labios mientras le fulminaba con la mirada.

Eric se percató de la atacante actitud de su mujer y se puso de pie viendo su reloj.

—Acabo de recordar que llegaremos tarde —informó de la nada buscando disimular el brusco cambio del tema—. Fue un placer verte Claudia, pero tenemos planes para el resto de la tarde. Supongo que nos veremos en la oficina el próximo lunes.

—Como siempre —aseguró la mujer antes de que el ojiverde guiase a Kate lejos del área de la piscina. Y a penas se adentraban al camino que daba hacia la playa, la castaña estalló en reclamos.

—¿Te pierdes en nuestra luna de miel para almorzar precisamente con esa? —preguntó indignada— ¿Y por qué diablos se aparece aquí? ¿Cómo puede ser tan descarada?

—Encontrármela fue coincidencia, ya te lo dijo ella. —Le recordó el rubio llevándola del brazo.

—¡Coincidencia mis narices! —exclamó la pintora demasiado molesta como mantener la compostura—. Sabes que nunca me ha gustado esa rubia plástica.

—Sí, lo sé, no te cansas de decirme que crees que pretende algo conmigo desde la universidad.

—No, no lo creo —replicó Kate siguiéndole el paso a duras penas—. Lo sé.

Eric suspiró cansado del tema.

—Bien, como tú digas —sentenció por darle la razón—. Pero ¿Qué se suponía que hiciera cuando mi propia mujer no quiere pasar nuestra luna de miel conmigo? ¿Esperarte llorando a orillas de la piscina? Cualquiera era mejor para distraerme.

Kate se detuvo en seco, las palabras de Eric le hirieron con la velocidad de un latigazo. No solo estaba insinuando que cualquiera era mejor que ella en su luna de miel, sino que dejaba en claro que, si ella no estaba dispuesta para él, se buscaría fácilmente un reemplazo que le distrajese. Le sostuvo la mirada por un segundo, incrédula de que le hablase en aquella forma, y se soltó de él con brusquedad para regresar por donde había venido. El rubio, consciente de que le había hablado como todo un patán al dejarse llevar por el enojo que aún tenía, le siguió.

—Espera. Kate, espera. No te enojas conmigo, lo siento. —Se disculpó buscando la mirada de su mujer cuando esta accedió a detenerse cruzándose de brazos— Lo siento, no medí mis palabras.

La castaña se negaba a mirarlo a los ojos y el no estaba de ánimos para insistir.

—¿Llamó tu tía? —preguntó intentando cambiar el tema, pero Kate se negaba a responder—. Tienes mejor ánimo y eso significa que finalmente llamaron.

—Sí, mi padre ya salió de terapia intensiva —contó Kate finalmente, sin descruzarse de brazos.

—¿Lo ves? Todo va a salir bien. Tu padre es duro de roer y no se va a dejar vencer por el accidente —indicó Eric acariciando el brazo de la

castaña. Quien, visiblemente agobiada con todo lo que estaba sucediendo, luchó en contra del cólera que se hervía en su interior para obligarse a bajar la guardia y lanzarse a los brazos del rubio, lo de su padre había sido un golpe bajo en aquellas fechas.

Él, con una dulce sonrisa victoriosa le recibió gustoso mientras le reconfortaba.

—Siento haberme puesto como me puse. —Se disculpó ella—. Lo de mi padre me tiene de cabeza.

—Lo sé. Pero no me gusta que me trates así. No eres la única preocupada.

—Lo sé, lo sé —Kate se sentía avergonzada por haberle juzgado tan duro—. Pero entiéndeme, es mi padre.

—Te entiendo —aseguró el ojiverde acariciándole una mejilla a la castaña—. Pero no por eso te voy a pasar que me trates por el suelo —impuso—. Así como tampoco debería permitirte que me celaras.

—Eso te lo has ganado a pulso —replicó Kate rompiendo el abrazo—. Nadie te manda a ser tan encantador y coqueto con todo par de tetas que se te cruce por el camino.

Eric soltó la risa ante el comentario.

—Solo soy educado.

—Sí, así lo llaman ustedes los hombres —apuntó retomando el camino hacia la playa—. *Educación.*

El rubio le siguió tomándola de la mano.

—¿Y qué prefieres? ¿Qué sea grosero con las personas?

—No, con las personas no —aclaró ella—. Con las mujeres.

—Ósea con más de la mitad del planeta.

—Sí, la mayoría de las mujeres viven en un estado constante de búsqueda del hombre perfecto que te prometen cuando eres niña. Creen que, si un hombre es simpático y educado contigo, es porque gusta de ti, se hacen ideas y sacan historias de donde no las hay.

—Creo que estás exagerando.

—No exagero, es la triste realidad —replicó la castaña caminando junto a él—. Por eso hay mujeres que caen en las garras de basuras a las que no se les puede llamar hombre que se aprovechan de esta situación. Viven tan obsesionadas con encontrar su media naranja, o su príncipe azul, que se ciegan ante las señales de maltrato.

—Debiste estudiar para psicóloga —apuntó Eric besando la mano de

Kate que aún sostenía en la suya.

—Lo pensé, pero no estoy lo suficientemente cuerda como para ayudar a otros.

Eric rio nuevamente con las ocurrencias de la pintora.

—Creo que esto es suficiente símbolo de advertencia para esas mujeres —alegó el rubio mostrando la mano que portaba ahora el anillo de matrimonio.

—¿Eso? —pifió ella—. Eso no es más que un adorno para las arpías como Claudia.

—Y volvemos con Claudia —refunfuñó el arquitecto no muy a gusto con la forma en que hablaba de ella.

—Lo siento, tengo un radar para arpías, y ella es la reina —insistió segura de ello.

El rubio respiró hondo deteniendo a la castaña para que le mirase a los ojos.

—¿Podemos cambiar el tema? —pidió—. Ahora que estas más tranquila porque tu padre esta mejor, ¿Por qué no disfrutamos de nosotros y de nuestra luna de miel?

Kate lo pensó mirando alrededor, perdiéndose en la enorme playa junto al hotel y en los surfistas que montaban grandes olas a lo lejos.

—Ok, pero solo sí me enseñas a surfear —propuso divertida.

El arquitecto amplió la sonrisa.

—Hecho —dijo antes de cogerle del cuello para besarle. Beso que, aunque corto, movió cada fibra del cuerpo de Kate haciéndole vibrar con ansias, encendiendo aquel rico revoloteo de nervios que después de tanto tiempo, Eric seguía despertando en ella. Aún no habían tenido sexo desde su llegada a las Bahamas, pero ahora que se sentía más tranquila, asíaba estar a solas con él en su hermosa y gran habitación matrimonial.

Cogiéndole de la mano Eric la llevó por la orilla de la playa, tomándose su tiempo para llegar al área de surfear mientras charlaban sobre todo lo acontecido en la boda. Sus primos emborrachándose, las tías de Kate creando un karaoke improvisado, su madre que no paraba de llorar cada vez que se acercaba a hablarles. El desastre de la tarta que no le gustó a nadie, y la polémica decisión de ambos por no casarse por la iglesia. Muchos eran los recuerdos que atesorar de aquella mágica y divertida noche en que habían dado el *sí quiero*.

***6 AÑOS ATRÁS (2012)***  
***Sábado, 03:00 P.M.***

Recién habían terminado de mudarse a aquella casa en la que Eric había invertido mucho dinero y tiempo. Siete semanas de remodelación para que quedase como la casa de los sueños de Kate. Con un concepto abierto entre sala, cocina y comedor; un cómodo despacho, un amplio patio con garaje doble y tres habitaciones con sus respectivos baños en el segundo piso. Aquella casa de estilo moderno, fresco y hogareño se había convertido en su nuevo hogar.

—¿Piensas quedarte con eso? —preguntó Eric viendo a Kate sacar de las cajas uno de los antiguos cuadros que esta había pintado.

Kate miró hacia la obra sin comprender su cara de hastío.

—¿Qué tiene de malo?, estaba en mi antiguo departamento —replicó confundida—. Solía gustarte mucho.

—Lo odiaba, es horrible y no lo quiero aquí —impuso el rubio ignorando la expresión llena de sorpresa y desconcierto que se dibujó en el rostro de la castaña cuando escuchó a su móvil sonar. Y a juzgar por la forma en que este cambiaba su tono de voz, era del trabajo—. Buenas tardes señor Guillerman. No, no estoy ocupado.

La castaña le miró incrédula, ¿Cómo podía decirle que no estaba ocupado?, estaban terminando de decorar su nueva casa, un sábado en el que se suponía Eric no debía trabajar.

El rubio notó la expresión para nada contenta de la pintora, pero restándole importancia continuó con la llamada.

—Sí, sí, entiendo señor —dijo tomando asiento en el sofá de la sala—. No se preocupe, puede tener por seguro que conseguiremos ese proyecto. Será nuestro para finales de semana.

Kate le hizo señas para que le dijese algo con respecto a otro de sus viejos cuadros, pero Eric se limitó a pedirle silencio con los dedos. Gesto que, aunque la hizo enojar, le calentó haciéndole sentir traviesa.

Hacía un tiempo que Eric vestía elegante las 24 horas al día, como aquel fin de semana en que lucía un sencillo suéter de marca que le hacía ver sumamente interesante. Con el tiempo, su marido se había convertido un exitoso y sexy arquitecto que encendía grandes fantasías en las que él era siempre el protagonista. Su Atractivo Adonis.

Con una sonrisita coqueta en el rostro, Kate dejó el cuadro a un lado y

caminó hasta su marido sin prisas para terminar arrodillada frente a él y entre sus piernas. Este le miró desconcertado pero atento a cada movimiento de la castaña mientras escuchaba a su jefe.

—Sí, sí señor, lo tengo muy claro. Yo mismo redacté ese informe —dijo sin poder apartar la mirada de su mujer. Aquellos avellanados ojos le miraban con ardoroso deseo.

Kate, con una sonrisa en los labios, le acarició las piernas lentamente hasta llegar al cierre de su pantalón, el que fue bajando sin hacer mucho ruido, sintiendo la verde e intensa mirada de Eric sobre ella.

—No, no podré ir mañana, pero podría ir hoy a revisar los documentos que necesita —indicó el rubio recibiendo una aprensiva mirada de la castaña por aquello de que se marcharía otro sábado.

Eric, con otro gesto de sus dedos le volvió a pedir que se callase y que continuase. Al ojiverde le gustaba por donde iba el juego de su mujer.

Ella terminó con el cierre para poderle bajar el pantalón pausadamente hasta los tobillos.

—Sí, cuente con eso —continuó el rubio con la llamada mientras las manos de la castaña le recorrían las piernas subiendo lentamente hasta sus muslos, deteniéndose sobre su ya abultado calzoncillo para presionar y sobar con su mano, produciéndole calurosos escalofríos—. Así me gusta, que confíe en mí, señor —dijo guiñándole un ojo a su mujer, quien, liberando la erección del rubio, no esperó para llevársela a la boca.

Eric se estremeció obligándose a tragar el jadeo. Kate chupó y lamió desde la base hasta la punta disfrutando de lo rápido que se endurecía bajo sus labios.

—S-sí, señor. No demoraré en terminar el boceto que me pidió —continuó Eric hablando mientras su mano libre apartaba el cabello de la castaña para ver como engullía su miembro entero una vez más, provocándole un brusco corrientazo de placer por el que tragó grueso para que su jefe no notase su agitación.

La castaña, ensimismada en sus atenciones, disfrutaba de tenerlo literalmente en sus manos en ese momento, pues estas se habían unido al juego.

—No, no. No señor. —Eric respondía a duras penas para mantener la conversación—. Sí, nos vemos en una hora, no lo defraudaré —dijo finalmente antes de colgar la llamada. Momento en el que Kate alzó la cabeza relamiéndose los labios con una traviesa sonrisa en los mismos.

—Eres mala —musitó el rubio lanzando el móvil al sofá—. Muy mala.

—Y jalándola hacia él se la montó a horcajadas sobre las piernas para subirle el vestido y hundir su erección en el húmedo interior de la castaña. Penetrándole entero y profundo mientras Kate se retorció de placer, escuchándola gemir cuando le dio una nalgada que la incitó a comenzar a moverse sobre él. Follando como hacia semanas no lo hacían.

La pintora gimoteó tras cada embestida, jadeando su nombre cuando pedía por más. El rubio le apretó los pechos sobre el vestido, y mordiéndole el cuello le cogió fuerte por las caderas para jalarla duro contra su miembro en clara obediencia.

Los gemidos de Kate aumentaban gradualmente, trastornando las ganas de Eric al punto de que la cogiese en peso para colocarla contra el sofá y empezar a follarle desde atrás, tomándola por la cadera para jalarla contra la suya mientras el sonido que emitían sus cuerpos avivaba más y más la calentura.

Eric no se detuvo hasta no sentir que Kate se corría apretándole desde lo más profundo, arrastrándolo fogosa y rápidamente hacia el clímax. Obligándolo a apartarse para correrse sobre las perfectas nalgas de su mujer. No llevaba preservativo y no quería sorpresitas.

Sudado y aún agitado, el arquitecto besó la espalda de Kate mientras le ayudaba a erguirse.

—Creo que tendrás que ducharte antes de ir a la oficina —recalcó jadeante y divertida.

—¿Y de quién es la culpa? —pregunto él besando el hombro de la castaña.

—De tu jefe, solo él te pide ir a trabajar un sábado.

Eric rio y le dio un último beso en la mejilla antes de apartarse.

—Hemos estrenado el sofá oficialmente —apuntó acomodándose la ropa con rapidez.

—Ya solo nos falta el resto de la casa —Kate se giró hacia Eric apartando las manos de este de sus prendas para que le besara. Aquel beso que duro largo rato le hizo temblar y olvidarse de todo en un segundo—. ¿En verdad piensas ir? —preguntó aun embriagada de placer—. Podríamos seguir estrenando lugares.

El rubio amplió la sonrisa.

—Suena prometedor, pero debo ir. —Diciendo aquello se apartó de ella para ponerse de pie camino a la puerta principal mientras terminaba de ajustarse el pantalón.

—¿No te vas a duchar? —pregunto la castaña viéndolo apurado.

—Lo haré en la oficina, no tengo tiempo —indicó el rubio cogiendo su maletín.

—¿En verdad me vas a dejar sola con la casa? No me has ayudado en casi nada desde que nos mudamos. —Le reclamó con broma, pero muy en el fondo no le gustaba estar haciendo todo sola.

—Tú eras la que quería casa nueva y toda esta tontería del hogar perfecto —dijo antes de abrir la puerta—. Ahora asúmelo —sentenció antes de marcharse.

Aquellas palabras le dejaron un amargo sabor de boca a la castaña. No era la primera vez que le decía algo como aquello. Que insinuaba que solo complacía sus caprichos. Caprichos que a él le daban completamente igual.

Y sin más, se quedó sola en la sala. Empapada en su semen y con cero ganas de continuar la decoración.

## ***6 AÑOS ATRÁS (2012)***

***Jueves, 07:00 P.M.***

Dos semanas de vacaciones le habían dado a Eric en la constructora. Dos semanas que, para poder pasarlas con él, Kate había tenido que pedir las libre en la nueva galería donde llevaba cuatro meses trabajando. El riesgo casi le cuesta el empleo, pero a la final había logrado llegar a un acuerdo con ellos. Trabajaría dobles turnos sin paga por dos semanas. A Judith y su madre les pareció una estupidez, mucho más si se trataba de Eric quien no arriesgaba ni un minuto de su tiempo por ella, al menos no desde hacía tres años de los cuatro que llevaban juntos.

La verdad era que el rubio no era el mismo. El trabajo le había consumido y no había tiempo para otra cosa que no fuesen sus proyectos y sus clientes. Kate lo notaba, todos lo notaban. Pero la castaña, como buena artista, se pintaba una sonrisa en el rostro y se excusaba con que Eric trabajaba duro por los dos. Excusas que solo resultaban un vago disfraz que muchas veces ni ella misma se creía.

—¿Dónde está Eric? —preguntó Elena, la madre del rubio, cuando llegó al jardín con bebidas refrescantes y no lo vio junto a su mujer.

—¿Dónde crees? —respondió John, el padre del susodicho—. Encerrado

en mi despacho trabajando.

—¿Trabajando? Pero si está de vacaciones —destacó la señora Russell dejando la bandeja en la mesa donde su marido y su cuñado jugaban dominó.

—Díselo tú a ver si se entera —indicó Thomas, el tío del ocupado arquitecto.

—Kate, querida —llamó Elena a su nuera—. ¿Es normal que pase tanto tiempo trabajando?

La castaña no sabía dónde meterse, la vergüenza se la comía provocando que la palma de las manos le sudasen. La familia de Eric los había invitado a pasar las vacaciones en California en casa del abuelo, y él, que solía llenarse la boca hablando de aquel lugar al que le encantaba ir a surfear con sus primos, se encerraba a trabajar con claras señales de no querer ser interrumpido por nadie.

—Normal no es —contestó Ryan, uno de los primos mayores de Eric que, junto a su esposa embarazada, bebían de la fresca limonada que había traído la señora Russell.

—Estoy hablando con Kate, Ryan —reclamó Elena a su sobrino antes de regresar su intensa mirada sobre la castaña.

Kate respiró hondo antes de ofrecer una respuesta.

—La verdad es que no, no siempre es así —mintió tragándose la vergüenza para excusar a su marido frente a su familia—. Solo cuando tiene proyectos importantes encima. Eric es muy apasionado con su trabajo, quiere ser de los mejores.

—¿Lo ves Elena? —exclamó el señor John moviendo una nueva ficha de dominó—. No hay nada de qué preocuparse, simplemente lo invitamos en un mal momento. Ya saldrá y ya podremos pasar tiempo con él, no presiones al muchacho.

La madre de Eric no estaba contenta con todo aquello, miró a su nuera, le sonrió, y esta le devolvió la sonrisa bastante forzada. A Kate le quedaba un amargo sabor de boca cada vez que justificaba a su marido frente a los demás. Salvándole de que pensaran lo que no era, cuando en el fondo ella sabía que tenían razón. Tal vez se salvaba ella de la vergüenza de que le mirasen con lástima por tener un esposo que, así como no tenía tiempo para su familia, últimamente tampoco lo tenía para ella.

Entrada la noche, los primos de Eric y el hermano menor del mismo regresaban de la playa con sus tablas de surf. Llenos de arena y con una

enorme sonrisa, se encontraron con el resto de la familia en el jardín donde seguían pasando el rato.

—¡Vaya! dichosos los ojos que te ven —exclamó Ryan viendo detrás de Kate.

La castaña, sin saber a quién se refería, se giró para encontrarse con su marido saliendo de la casa para rodearle con un brazo. Una sonrisa escapó de sus labios al sentir que este plasmaba un beso en su cabeza, mientras su zozobra encontraba calma porque las preguntas de su suegra cesarían ahora que Eric estaba presente.

—Cállate —exigió el ojiverde con tono bromista—. Cuando madures y consigas un trabajo de verdad para mantener al sobrino que viene en camino, hablamos.

Ryan soltó la carcajada dejando la tabla junto a la de los demás.

—La tienda de surf me da lo suficiente —aseguró—. Pero lo que más me da es tiempo para pasarlo con lo más importante —recalcó acercándose a su mujer para besarle la mejilla mientras le tocaba la barriga.

Eric pifió como si aquello le resultase una tontería. Kate, junto a él, se limitó a no decir nada o hacer gesto alguno, pero cada vez que su marido le restaba importancia a la relación, le hería. La lastimaba haciéndole sentir poco para él. Tampoco le gustaba aquella especie de guerra que parecían llevar Eric y su primo Ryan desde hacía unos años. Esa constante necesidad de demostrar quién era el mejor esposo empezaba a cansarle. Incluso más de una vez se atrevió a pensar que el rubio solo se había casado con ella para competir con su primo.

—Dejen de hablar tonterías y pónganse a asar —reclamó John, el padre de Eric. Dándole un par de palmadas a su hijo en el hombro al pasar junto a él.

El rubio rio guio a su mujer para que se sentase junto a la de Ryan en un muro de piedra que dividía el patio de la playa.

—¿Todo bien con el proyecto? —preguntó Kate interesada en saber si todo estaba en orden.

—Sí —respondió el arquitecto aceptando una cerveza de parte de su tío que de inmediato les dejó solos—. Todo va en marcha, será uno de los mejores en los que he trabajado hasta ahora —informó visiblemente entusiasmado—. Incluso podría catapultarme para abrir mi propia empresa.

—¿En serio? —La castaña no pudo ocultar la emoción ante la idea—. Eso es maravilloso, cariño.

Eric asintió luego de beber un sorbo de cerveza.

—Lo sé, lo es —afirmó antes de que se hiciese el silencio.

Kate no sabía que más decir o preguntar al respecto. Eric no le dejaba involucrarse mucho en su trabajo, y mas bien agradecía cuando compartía noticias como aquella con ella.

—Tus padres están planeando una segunda luna de miel —informó para que el rubio supiese de lo que se había perdido, también para tener de que hablar.

—¿En serio? —El rubio se mostró descolocado—. Pretenden que se las pague yo, ¿Verdad?

Ella le miró confundida.

—¿Que te hace pensar eso?

—La invitación este fin de semana —respondió empinándose otro trago.

La castaña no podía creer lo que escuchaba, le había tomado por sorpresa que, así como había empezado a juzgar a todos sus amigos, ahora también juzgase a sus padres.

—Son tus padres Eric, estás de vacaciones y querían verte. Por eso nos han invitado —aclaró ella.

Eric sopesó la idea no muy convencido.

—Si tú lo dices.

Aquella actitud le ponía de los nervios a Kate. Últimamente, el rubio parecía creerse mejor que los demás, incluso indispensable para todos lo que le rodeaban. La castaña contaba los días para que terminase con el fulano proyecto que tenía en manos para que se librase de esa empresa donde estaba trabajando ahora y donde le parecían estar lavando el cerebro. Además, Claudia seguía trabajando ahí y aquello era solo un incentivo más para que la pintora odiase la dichosa constructora.

Luego de la comida y de una excesiva cantidad de cervezas, el padre y el tío de Eric cantaban borrachos como si se encontrasen en un karaoke. Los demás presentes reían de sus ocurrencias y cambios de letra, a excepción del arquitecto que se mostraba más interesado por su móvil y las conversaciones que aparentemente tenía con alguien que constantemente le hacía sonreír.

Kate le miraba de cuando en vez, sintiéndose imponente e inquieta. El cuerpo le escocía con ansiedad ante la vergüenza que su marido le estaba haciendo pasar. La castaña estaba perdiendo la paciencia aquella noche, ya no soportaba la mirada de preocupación de su suegra, o las de reproche de Ryan y el hermano menor de Eric para con su marido.

—La siguiente canción —balbuceó Thomas, el tío de Eric—. La siguiente canción es para mi sobrino y para mis hijos —anunció abrazado a su hermano mayor mientras se tambaleaban inestables—. Por la bonita hermandad que se ha creado entre ellos, y los dolores de cabeza que nos han dado desde que eran unos jodidos críos revoltosos. —Las risas no se hicieron esperar, incluso la de Eric, que, aunque estuviese metido de cabeza en el móvil, parecía estar escuchando.

—Pero quiero dedicarla especialmente a mi sobrino —indicó el hombre consiguiendo que el rubio le mirase y le ofreciera un simple gesto de simpatía—. A quien le deseo el mejor de los éxitos, y a quien quiero como un hijo... muy a pesar de no llevar nuestra sangre —dijo elevando la cerveza para brindar alegre, mientras un sepulcral silencio se asentaba como un latigazo sobre aquel jardín.

Kate miró a su esposo al instante, encontrádoselo con la expresión congelada y la mirada turbada. La señora Elena y el señor John se miraron aterrorizados, y fueron las lágrimas de esta las que confirmaron que aquello por lo que Thomas seguía celebrando, era de alguna manera cierto.

La tensión hizo ebullición como agua en una olla de vapor.

—¿Que significa eso de que no llevo su sangre? —preguntó Eric poniéndose de pie guardándose el móvil en el bolsillo del pantalón mientras su cabeza daba vueltas en ideas y rápidas suposiciones que prefería ignorar.

—Eric... —Quiso hablar su padre.

—¡No! —interrumpió el rubio subiendo la voz—. No hablo con borrachos —impuso mirándole con desprecio.

—¡Eric! —Le reclamó la pintora poniéndose de pie junto a él.

—¡No te metas Kate! —exigió elevándole la voz, haciéndola bajar la mirada con vergüenza—. Esto es entre mis supuestos padres y yo.

La señora Elena no podía hablar, las lágrimas le ahogaban.

—Espero una respuesta —insistió un colérico Eric.

—Significa que eres adoptado —explicó Ryan con obstinación, no le estaba pareciendo ni gustando la actitud de su primo.

El rubio se giró hacia sus primos, percatándose de que incluso su hermano tenía la vergüenza reflejada en el rostro.

—¿Todos lo sabían? —preguntó recibiendo un pesado silencio—. Tranquilos, no me respondan todos a la vez.

—¡Sí! —respondió John antes de que su hijo siguiese tratándolos a todos como basura—. Toda la familia lo sabía.

Eric regresó sus ojos sobre sus padres mirándolos con venenoso hastío, y aunque por un momento pareció tener intenciones de decir nada, se tragó las palabras adentrándose a la casa con un portazo. El llanto de la señora Elena rompió el silencio mientras su marido le consolaba y el tío Thomas, aún alegre y sin haberse enterado del lio que había montado, seguía bebiendo como si nada.

Abrumada, y preocupada por su marido, Kate le siguió hasta el interior de la casa encontrándolo en la habitación de huéspedes que habían designado para ellos. Sentado en la cama con la mirada clavada en el suelo, Eric se tronaba los dedos entre refunfuños.

Verlo así le apretó el corazón. Aquella no era una simple noticia cotidiana de esas que pasas de largo para continuar con tu vida. El tema era delicado, y aunque no se sentía con el derecho para entrometerse, sí podía sentir dolor al verle sufrir de esa forma. Kate lo conocía, y aquella dura verdad acababa de derrumbarle a pedazos por dentro.

Se acercó a su marido en silencio, y ansiando calmar su dolor, estiró su mano hacia él para acariciar su cabello, pero el rubio, de forma brusca, le esquivó la mano con desgano.

—Lárgate. —Pidió sin más detalles.

Descolocada, Kate retiró la mano sintiéndose tonta. No creyó haber escuchado bien y se quedó ahí, helada mirándole.

—¿No escuchaste? —preguntó Eric mirándole de reojo—, quiero que me dejes solo, Lárgate —repitió, pero Kate no se movía, y no por no querer, sino por no poder salir de su asombro.

—¿Estás sorda o eres demasiado estúpida como para no entender?! —exclamó el rubio al ponerse de pie para cogerla del brazo con brusquedad y arrastrarla hasta la puerta —¡Lárgate! —gritó empujándola fuera de la habitación donde Ryan le cogió antes de que aterrizara en el suelo.

La puerta se cerró con un portazo detrás de ella, y encontrándose con la mirada de la mujer de Ryan, se sintió empequeñecer de vergüenza mientras el corazón le latía con tanta rapidez que dolía. Nunca había sentido un dolor tan fuerte como aquel en el que tuvo ganas de llorar y salir corriendo. Nunca se había sentido tan humillada en su vida.

Para cuando Eric decidió salir de aquella habitación ya era de madrugada. Aún con el cólera corriendo por sus venas se encontró con su hermano menor aun despierto en la sala.

—Hey —Le saludó, Edward le respondió con un simple movimiento de cabeza.

—¿Aún despierto? —preguntó acercándose hasta él.

El joven asintió con la mirada fija en el televisor dónde veía una película.

—¿Qué? ¿Ahora que no somos hermanos me vas a dejar de hablar? —inquirió Eric con hastiado tono, consiguiendo que su hermano soltase una risa amarga y apagase el televisor.

—Eres mi hermano, Eric —apuntó Edward—. Eso no lo va a cambiar nada ni nadie —aseguró con tristeza en la voz—. Pero la forma en que has tratado a todos hoy aquí, especialmente a nuestros padres y a Kate, tu esposa. Me hace avergonzarme de que lo seas. —Sin decir más se puso de pie para marcharse.

Eric tragó grueso, que su hermano estuviese decepcionado de él, que siempre le había admirado tanto, le resultaba una dura bofetada de realidad.

—¿Dónde está Kate? —Quiso saber el ojiverde antes de que Edward se marchase al segundo piso.

—Regresó a los Ángeles, a casa de su madre —informó el más joven de los Russell sin detenerse.

El rubio suspiró y bajó la mirada recibiendo el mensaje mientras veía a su hermano perderse de vista en el segundo piso.

# CAMBIOS IRREPARABLES

## *capítulo 4*

***PRESENTE (2018)***

***Sábado, 08:10 P.M.***

Con la tarta de brownie a menos de la mitad y el segundo café algo frío por haberlo ignorado mientras recordaban aquellos primeros años de matrimonio, Kate miró por la ventana pensando en lo fácil que le había resultado perderse a sí misma frente a Eric, lo mucho que le había permitido después de las tantas veces que aseguró que nunca se dejaría maltratar ni verbal, ni psicológica ni físicamente por un hombre. Por lo que, si bien era cierto que nunca olvidaría al rubio, también lo era lo mucho que deseaba que acabase aquella noche y aquella historia que le había robado los mejores años de su vida.

—No todo fue malo —opinó Eric rompiendo el silencio—. La mayoría fueron momentos buenos.

Kate pifió de inmediato, no estaba de acuerdo.

—Para haber sido todos buenos, bastante tiempo pasé en casa de mi madre —replicó con sorna. Que Eric tuviese memoria selectiva no era problema suyo, ella no olvidaba tan fácilmente.

—No me lo recuerdes, detestaba cuando te marchabas por días sin decir nada —confesó ó el ojiverde.

—¿Sin decir nada? —La castaña se mostró incrédula de inmediato. No lograba entender el nivel de descarado que el ojiverde mostraba en situaciones donde debía tomar responsabilidad de sus actos—. Me humillabas como te daba la gana, Eric ¿Todavía pretendías que te diese explicaciones de por qué prefería pasar la noche en casa de mi madre a miles de kilómetros de ti?

—No me refería a eso —aclaró el rubio sintiéndose atacado nuevamente—. Me refería a que no atendías mis llamadas, ni si quiera tu madre o Judith lo hacían.

Kate le miraba realmente anonadada.

—Repito, me humillabas —reiteró con la paciencia prendando de un hilo.

—¡Lo sé! —admitió el arquitecto finalmente y de forma tajante, no quería que lo siguiese sacando a colación.

—Vuelve a levantarme así la voz y mis abogados meten la demanda de divorcio por maltrato —impuso la castaña con total seriedad. No jugaba con lo que decía, era una firme amenaza producto de lo cansada que estaba de permitirle actitudes como aquella.

El rubio respiró hondo tronándose los dedos, se pasó la mano por la boca y negó con la cabeza.

—No hace falta, perdóname.

—Muchos gritos te he perdonado ya, hazte con ese perdón por que no volverás a tener otro —impuso la pintora con firmeza.

Eric perdía la compostura, sus nervios se alteraban ante la intransigente actitud de Kate.

—A lo que me refería antes era a lo mucho que te extrañaba cuando no estabas conmigo —explicó retomando el tema.

—Haberlo pensado entonces —replicó ella en respuesta—. Ahora tendrás que hacerte a la idea.

Las palabras de la castaña parecieron calarle profundo esta vez al ojiverde, dándole una estocada final que le dejó sin armas y sin fuerzas para seguirse defendiendo.

—Se que la cagué, Kate —dijo—. Se que fui un imbécil, un patán, un cobarde, un canalla, no sé, tú elige los adjetivos que te provoquen. Estoy consciente del daño que te hice, ahora lo sé —confesó bajando la mirada con vergüenza, aquellos últimos meses le habían servido para recapitular cada momento en su vida, y darse cuenta de que, en la gran mayoría, Kate había terminado envuelta en lágrimas por su culpa—. Te quería, te quería como a nadie.

La pintora le sostuvo la mirada por un instante, creía en sus palabras, pero ya no valían de nada.

—Lo sé —admitió—. Y yo solía aferrarme a esa idea una y otra vez, una y otra vez —suspiró con cansancio ante los indeseables recuerdos que le

invadieron—. Hasta que me di cuenta de que tú no sabías querer. Me cansé de excusarte. Ni si quiera recuerdo en que desilusión dejé de importarme.

Eric elevó la mirada, turbada y dolida. Arrepentida.

## ***5 AÑOS ATRÁS (2013)***

***Miércoles, 02:00 A.M.***

La puerta principal de la casa se cerró tras de Kate aquella madrugada. Regresaba con un par de copas encima y una enorme sonrisa en el rostro. Con los tacones en la mano y el abrigo sobre el brazo mientras cuidaba de que sus pasos descalzos no hicieran ruido al pisar.

—Buenos días —rompió Eric el silencio desde el comedor, con la portátil abierta frente a él y un sinfín de documentos y planos a su alrededor.

Kate se detuvo en seco, percatándose solo entonces de la luz proveniente del comedor.

—¿La pasaste bien? —preguntó el rubio con visible malhumor, mientras que la castaña se adentraba a la sala con la misma imborrable sonrisa en los labios.

—Mucho —admitió esta con total serenidad.

—Ya veo. ¿Y te parece que estas son horas para que una mujer decente llegue a su casa?

La pintora le miró en silencio tras aquellas palabras, soltó una corta risa incrédula y dejó su abrigo en el sofá mientras le veía abandonar el trabajo para fijar toda su atención sobre ella.

—¿Hablas en serio?

—¿Parece que me estoy riendo? —respondió sin pizca de diversión, poniéndose de pie incluso para acercarse al salón—. Ni si quiera has atendido mis llamadas.

—Estaba ocupada —Se excusó la castaña. Divertida ante el nivel de descaro de su marido.

—¿Ocupada? Emborrachándote con tus amigas y sabrá Dios con quien más.

—Con unas setenta personas aproximadamente —aclaró una alegre Kate de inmediato—. Muchos eran hombres —agregó alzando las cejas en busca de que el rubio se molestase más.

—No estoy jugando, Kate —replicó Eric dando dos pasos más hacia ella con un visible cólera que le desfiguraba el rostro con una intransigente seriedad.

—Yo tampoco, Eric —respondió ella con la misma calma mientras sacaba un panfleto del bolsillo de su abrigo—. Estaba en la inauguración de mi galería —indicó lanzando dicha publicidad sobre la mesa de café que les separaba—. ¿Recuerdas?, a la que prometiste asistir.

El rostro del ojiverde se transformó en segundos. El malhumor se esfumó como por arte de magia dando paso a una indescriptible vergüenza que le hizo desear haberse tragado la lengua.

—No te preocupes —dijo la castaña—. A nadie le pareció extraño.

Diciendo aquello recogió su abrigo para retomar el camino hacia la escalera.

—Kate, discúlpame. —Se atrevió a pedir el rubio cogiendo el panfleto—. No me acorde, estaba...

—Trabajando. —Le cortó ella respondiendo por él—. Lo sé, no es como que sepas hacer otra cosa —soltó como un latigazo—. Buenas noches, cielo.

Eric la vio desaparecer escaleras arriba, y en un arrebato de frustración, arrugó el volante publicitario hasta convertirlo en una pequeña bola de papel que lanzó contra la pared con furia. Pasándose las manos por rostro y cabello mientras se dejaba caer en el sofá con cansancio. Él mismo se daba asco en momentos como aquel.

Luego de pasar la noche en el sofá por vergüenza de enfrentarse a su esposa, Eric se despertó algo adolorido y apurado por recoger el comedor antes de que Kate bajase a desayunar. Pero percatándose de que había pasado la hora rutinaria en que la castaña comía por las mañanas sin que esta hiciese acto de presencia por la cocina, subió a la habitación que compartían para verificar que se encontraba bien.

Escuchando el agua de la ducha se sintió más tranquilo, y encontrando la puerta del baño abierta de par en par, se sintió tentado. Hacia más de un mes que no tenían sexo por culpa de su trabajo, y hacía varias noches que soñaba con ella y las ganas de tenerla.

—¿Eric? ¿Eres tú? —preguntó Kate desde la ducha. Había escuchado la puerta de la habitación.

El rubio se lo pensó antes de responder, la castaña no sonaba malhumorada.

—Si, soy yo cariño.

—Hazme un favor —pidió esta.

—Lo que quieras.

—Pásame el exfoliante que dejé sobre el lavabo

El ojiverde miró hacia donde ella le había indicado encontrando un frasco de vidrio con una sustancia de azulado color en su interior. Kate, esperando la respuesta de su marido con los ojos cerrados y el rostro lleno de champú, se extrañó por la tardanza.

—Eric—Le llamó escuchando la puerta de la ducha abrirse finalmente.

—Aquí tienes.

La voz de su marido le hizo estirar la mano para coger el frasco, pero en cambio se encontró con él y el pecho desnudo del mismo. Solo el roce le produjo un cosquilleo por toda la espalda.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida mientras este le quitaba la espuma del rostro y cabello.

—Dándote lo que pediste.

—Pedí el exfoliante, no a ti —indicó ella sintiendo el roce de aquel duro y firme cuerpo contra el suyo a medida que Eric le acorralaba contra la pared de la ducha.

—Lo sé, pero alguien tiene que ponértelo —alegó el rubio con una traviesa sonrisa, abriendo el frasco para untarse las manos con la azulada sustancia.

—Eso puedo hacerlo sola —replicó Kate siguiéndole el juego.

—Lo sé, pero no es divertido. —Con una amplia mueca picarona Eric llevó sus manos sobre el femenino y curvilíneo cuerpo de la castaña. Masajeando su camino mientras esparcía el exfoliante por su cintura y caderas. Provocando que Kate se agitase cuando su mano se perdió entre sus piernas con la excusa de exfoliar sus muslos, rozando el anhelado centro de la pintora a conciencia.

—No debería dejarte hacer eso —musitó la pintora con jadeante voz.

—No, no deberías —aseguró el atrevido rubio apretándose más contra su hermosa mujer.

—No lo mereces.

—No, soy un imbécil —admitió Eric apartando sus manos para limpiárselas del exfoliante.

—Uno muy grande —indicó Kate haciendo énfasis en ello, sintiendo que la fría pared de la ducha desaparecía contra su ahora caliente piel.

—Uno enorme —concordó él regresando su mano a entre las piernas de la castaña para coger su sexo entero esta vez. Apretando para masajearlo, y provocando que Kate aferrase sus manos a los fuertes brazos de su marido mientras jadeaba—. Sé que era importante para ti.

—Lo era.

—No debí olvidarlo.

—No, no debiste —recalcó conteniendo un jadeo más profundo cuando los dedos del rubio empezaron a jugar—. Pero ya estoy acostumbrada.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Esa es la idea —indicó la castaña con un corto chillido al final a causa de lo rico que le masturbaba ahora su marido.

—¿Me disculpas entonces?

Kate quiso responder, pero los dedos de Eric abriéndose paso en su interior le robaron las palabras de la boca. Asintió a duras penas como pudo mientras se aferraba al cuello de este. La verdad es que ya le daba igual si el rubio se comportaba como un imbécil con ella. Por muy triste que sonase, había hecho las pases con que nunca cambiaría.

—¿En verdad? —preguntó él hundiendo lo más que podía sus dedos, sintiendo la jugosidad alrededor de ellos.

—¡Sí!, fóllame antes de que me arrepienta —exigió Kate tras un gemido.

Eric sonrió victorioso, y cargándola en peso para que le rodeara con las piernas, le penetró sin esperas. Llenándola entera hasta escucharla gimotear, empezando a follarle contra la pared como ella, tan atrevidamente, se lo había pedido.

Kate le clavaba las uñas en los brazos y hombros, entre apretones que le servían de anclaje para sostenerse en brazos de su marido, gozando del placer que este le daba sin pudores ni rodeos.

El rubio la bajó, la giró de espaldas a él y jalándola por la cadera para acomodarla contra su vientre, encontró su camino de regreso hacia el interior de aquel húmedo y cálido sexo que le ponía de cabeza. Empujando a la castaña contra la pared de la ducha mientras los gemidos de Kate aumentaban en potencia.

Las femeninas manos de la pintora buscaban de donde aferrarse, pero la espalda de su marido ya no le era suficiente. Le había extrañado tanto al muy imbécil que no quería que aquel encuentro terminase nunca. El placer que él le brindaba le licuaba los pensamientos y la razón el mismo tiempo dejándola hecha un manojo de sensaciones. Eric sabía llegar a donde ningún otro había

llegado antes. Solo él arrancaba gritos de goce y lujuriosas peticiones de sus labios.

El húmedo eco que generaba el choque de sus cuerpos, así como el poderoso poder de sus gemidos rebotando contra las paredes del baño, estaban provocando un intenso cosquilleo entre las piernas de Kate. La castaña estaba al borde de correrse y su marido lo sabía, pues sus embestidas se enrudecieron buscando su liberación.

La pintora chilló con desespero mientras el clímax le sacudía, sintiendo sus pechos estrujarse contra la pared una y otra vez mientras su cuerpo se tensaba de pies a cabeza. Un par de excitados gritos fueron el desenlace de aquel orgasmo que la hizo correrse como hacía meses no lo hacía ni cuando se masturbaba sola. Y ahora, con la respiración entrecortada, seguía jadeando ante la imparable polla de su marido. Eric seguía fallándole, el rubio aún no se corría pero estaba rozando el momento.

La castaña le hizo salir de su interior escuchándolo gruñir molesto, y arrodillándose frente a él se llevó su erecto miembro a la boca donde le sintió palpar mientras Eric gemía de gusto. Le chupó una y otra vez, una y otra vez hasta hacerlo correrse, con la mano de su marido cogiéndole suave por el cabello mientras ella le exprimía hasta la última gota de placer.

Limpiándose los labios Kate se irguió sintiendo los brazos del rubio rodearla con fuerza antes de fundirse finalmente en un beso. Suave, dulce y acaramelado beso que se prolongó por varios minutos bajo el agua que, aun caliente, seguía cayendo sobre sus cuerpos.

—Lo siento, en verdad lo siento —reiteró Eric cuando tuvo control sobre su agitada respiración.

—Lo sé —admitió ella consiente de que el ojiverde se estaba sintiendo como una basura en ese momento—. Solo no lo vuelvas a olvidar.

—No lo haré —aseguró él con una sonrisa.

—La semana que viene tendré una exposición nueva que debo ir a buscar a Madrid —informó ilusionada con la idea de compartir una experiencia como aquella con él—. Espero verte en la galería esa noche.

—¿Madrid? —preguntó Eric habiendo captado solo eso de lo que ella le había dicho.

—Sí, debo viajar a Madrid este fin de semana para ver las obras personalmente antes de que las envíen —indicó jugando con sus dedos y el cabello de su atractivo adonis.

—¿Y me lo dices ahora? —El rubio se mostró irritado, con un

descuadrado semblante en el rostro que descolocó a la castaña de repente.

—Sí, no lo supe hasta anoche —aclaró Kate.

Eric pifió visiblemente molesto, soltando a la pintora de mala gana.

—¿Y piensas ir sola?

Kate no comprendía su actitud, mucho menos después de lo que acababa de pasar entre ellos.

—Obviamente, Eric. ¿Con quien pretendes que vaya? ¿Contigo que nunca tienes tiempo?

—No voltees esto en mi contra, Kate —exigió el rubio cerrando el agua de la ducha.

La castaña le miraba perpleja, no entendía como la conversación había pasado de él pidiéndole disculpas, a ella resultando la mala de la historia.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó empezando a mosquearse.

—¿Que me pasa? Que eres una mujer casada y no te mandas sola.

Los avellanados ojos de Kate se abrieron de par en par ante tal atrocidad.

—¿Perdón?

—Lo que escuchaste —reiteró el ojiverde cogiendo una toalla.

—¿Sabes qué Eric? —dijo quitándole la toalla de las manos con un fuerte y malhumorado jalón—. Vete a la mierda. —Y diciendo aquello se arropó con dicha toalla para salir de la ducha con un fuerte cólera que no le cabía en el pecho. Pero esta vez su enojo no iba dirigido hacia su marido, iba dirigido hacia ella misma y su estúpida manía de perdonarle.

## ***5 AÑOS ATRÁS (2013)***

***Lunes, 09:00 P.M.***

Con la cena fría y las velas derretidas en tu totalidad, Kate seguía esperando a que su marido llegase a casa para celebrar su aniversario. Llevaban cinco años conociéndose y tres de casados en los que no había un solo día que la castaña no extrañase aquella primera cita clandestina en el café donde se conocieron. Poco les había durado el alocado enamoramiento para lo rápidos que habían sido los cambios.

“Todos cambiamos” se decía constantemente.

“Si no puedo aceptar sus cambios, ¿Cómo espero que tolere los míos?”

“Paciencia, Kate. Todo es parte de la vida matrimonial. Tiene sus altos y sus bajos. No dejes de luchar”

Pero en noches como aquella, en las que sentada al piano de la sala esperaba en completa soledad, a la castaña no le quedaban fuerzas para luchar. Ella quería creer que Eric le quería y le deseaba como el primer día, pero sus escasas formas de demostrarlo le habían abierto una herida profunda llena de dudas y desilusiones. Se sentía cansada.

Ya no viajaban juntos en tiempo de vacaciones, no paseaban por el parque como solían hacer, no planeaban citas para cenar, y rara era la vez que lo hacían en casa compartiendo la misma mesa. Para su marido su única prioridad parecía ser el trabajo, y Kate sabía que aquella obsesión no era más que el escudo de Eric para no lidiar con sus faltas en aquel matrimonio unilateral que se desmoronaba lentamente. Un cobarde, siempre había sido un cobarde, ella lo había sabido desde un principio y aun así lo quiso. No podía quejarse ahora ¿verdad?

Pasadas las nueve de la noche la puerta principal de la casa finalmente se abrió, era su marido. Llegaba dos horas tarde.

Kate ni se inmutó, continuó con la canción que a duras penas tocaba en el piano mientras le escuchaba adentrarse a la estancia para dejar sus cosas sobre el sofá. Los verdes ojos del rubio se detuvieron sobre la mesa del comedor atraídos por la única luz que iluminaba toda la casa. Las desgastadas velas y la cena ya servida le helaron el corazón. Eric no sabía que Kate le había estado esperando, pensó en cientos de posibles razones para aquella aparente celebración y solo cuando repasó la fecha a la que estaban, supo que se trataba de su aniversario.

Suspirando con pesadez se acercó a su mujer deteniéndose junto al piano.

—¿Desde cuándo saber tocar piano? —preguntó buscando romper el gélido silencio.

—Desde hace poco, aún estoy aprendiendo —respondió ella con la mirada fija en las teclas.

Aquello extrañó al rubio, no sabía nada de aquella nueva etapa de la castaña.

—¿Has estado viendo clases?

—Desde Enero.

Eric sonrió celebrando la noticia, sabía que Kate siempre había deseado tocar un instrumento musical luego de haber abandonado el baile.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Lo hice, esta es la cuarta vez que te lo recuerdo —aseguró la castaña dándole una invisible bofetada a su marido que le dejó nuevamente helado y

sin argumentos. El tenso silencio se prolongaba incómodo y frío entre los dos. Solo la torpe melodía que tocaba la rubia llenaba el recinto, y cuando ya no lo hizo, el encuentro de sus miradas cortó el letargo con nostalgia.

—Lo siento cielo, no fue mi intención llegar tarde. —Se disculpó Eric, era lo único que le quedaba por hacer.

—No te preocupes —dijo ella forzando una sonrisa—. No es gran cosa.

—Sí, sí lo es —corrigió el rubio acercándose a ella para tomar una de sus manos y plasmar un suave beso en esta—. Aún hay tiempo de compensarte. Salgamos, cenemos fuera.

La idea calentó el pecho de la castaña, y aunque en otro momento hubiese estado furiosa y le hubiese mandado a la mierda, en ese momento lo único que deseaba era estar con él. Le extrañaba con locura y no le importaba nada más.

—¿Seguro? ¿No estás muy cansado? —preguntó no queriendo que le acusase luego de obligarlo.

—Si no me canso en el trabajo, no puedo permitirme estarlo para ti —alegó regalándole una sonrisa a su mujer. Quien, respondiéndole de la misma forma, se puso de pie para abrazarlo, recostando su rostro del cálido pecho del ojiverde en busca de afecto.

Eric, atónito y dolido con la transparente necesidad que percibió en la castaña, le envolvió con sus brazos ansiando que estos pudiesen decirle lo mucho que lo sentía, lo mucho que se odiaba a sí mismo por lastimarla una y otra vez, o por no ser lo que ella merecía. Insistir en que lo sentía no parecía ser suficiente a los ojos del rubio, pero para Kate, en ese momento, aquel abrazo era más que suficiente.

Apagaron las velas, cogieron sus respectivos abrigo y antes de marcharse, Kate regresó a la casa para guardarse en el bolsillo una cajita negra que llevaba un lazo de regalo. Le hacía ilusión que fuesen a tener una cita el día de su aniversario.

—¿A dónde me llevarás? —Quiso saber una vez dentro de la nueva camioneta de su marido.

—Ya verás, es una sorpresa. Solo espero que aún estén abiertos.

Kate no supo qué pensar, pero no era una exageración decir que estaba emocionada.

Una vez en la zona, la castaña supo a donde la llevaría. Poco después la campanilla del *Bohemian Café* sonaba para darles la bienvenida. Aún no cerraba, y quedando pocas mesas vacías, les atendieron casi de inmediato

dándoles una junto a la ventana al otro extremo del local.

—Hace por lo menos dos meses que no veníamos —recalcó Kate con una sonrisa en el rostro mientras se quitaba el abrigo.

—¿Tanto? —preguntó el rubio haciéndole una seña a la mesonera para que se acercase.

—Sí, la última vez no llegaste a tiempo. Así que me cansé y me marché —recordó ella ampliando la sonrisa ante la expresión de culpabilidad en el rostro de su marido.

—Debería tatuarme “Lo siento” en la frente.

—Deberías —reafirmó la castaña con buen ánimo.

—Buenas noches —saludó la mesonera—. ¿Que desean pedir?

—Me vas a dar dos cappuccino con chocolate, uno con leche deslactosada y sin azúcar —pidió Eric esperando que la chica anotase en su libreta—. Y dos pedazos grandes de tarta de brownie —agregó al pedido.

—Lo siento, no nos queda tarta de brownie a esta hora. —Se disculpó la joven por el infortunio—Pero tengo de zanahoria —informó dándoles otra opción.

Eric miró a Kate esperando alguna indicación sobre qué hacer y esta elevó los hombros con indiferencia.

—De zanahoria será.

—Bien, perfecto, regreso en unos minutos.

La chica se marchó y Eric regresó su atención a la castaña cogiéndole las manos sobre la mesa.

—No tendremos chocolate hoy.

—No importa —dijo ella—. Está bien probar cosas nuevas.

Tras un suspiro el rubio le besó las manos con suavidad

—¿Que he hecho para merecer algo tan bonito como tú?

—Últimamente nada bueno —destacó una sonriente Kate, provocando que la vergüenza del ojiverde se incrementase.

—Lo sé, lo sé —admitió con dramático tono dejando su cabeza caer sobre la mesa—. Soy un desastre.

La castaña rio acariciándole el dorado cabello de su marido con suavidad.

—Pero eres mi desastre —dijo haciendo que elevase la mirada hacia ella—. Y así te quiero.

Eric le sostuvo la mirada un par de segundos, y finalmente se puso de pie para sentarse junto a ella al otro lado de la mesa, rodeándola con sus brazos y

apretándola contra su cuerpo con enormes ansias de no perderla nunca.

—Y yo a ti, cielo. Te adoro con todo mi ser —aseguró cogiéndole del rostro para que le mirase.

Kate sonrió antes de hacerse con su boca. Dulce y pausado beso en que recordó lo suaves que eran los labios del rubio y lo mucho que le gustaban. Nadie besaba como él, nadie.

—Disculpen. —Les interrumpió la mesonera para entregar el pedido.

—Gracias —agradeció Eric esperando a que se marchase nuevamente—  
¿En que estábamos? —preguntó divertido, cogiendo a la castaña por el cuello para continuar con la discreta sesión de besos. Kate le respondió con una risa ahogada que solo esa boca experta pudo callar.

—No sabes cuánto pienso en tus besos todos los días —admitió el arquitecto.

—¿Sí? No lo parece —destacó Kate dándole un último beso antes de retomar su posición para menear el cappuccino con una cucharilla en el intento de atemperarlo.

—Lo sé —aseguró el ojiverde con un cansón suspiro debido a la insistencia que tenía su mujer sobre sus fallos esa noche—. ¿Debería hacer algo al respecto, no crees?

—Lo creo —afirmó Kate antes de probar su café.

—¿Tienes algo en mente? —Quiso saber un curioso rubio mientras acercaba su taza de cappuccino para ponerle azúcar.

—Podrías trabajar menos y pasar más tiempo conmigo —propuso la castaña.

Eric se hizo el sorprendido.

—Wow, ¿Eso es lo único que tengo que hacer para besarte más? ¿Así de sencillo?

—Umju, así de sencillo —corroboró Kate tomando otro sorbo de café.

—Nunca hubiese imaginado que fuese tan fácil —apuntó Eric siguiéndole el juego.

—Para eso me tienes a mí.

El arquitecto le miró en silencio, sonrió y se acercó a plasmar un beso en su castaña cabeza.

—Sí, para eso te tengo a ti. —El saber que aún la tenía y que aún se consideraba suya le ensanchó el pecho. El rubio estaba consciente de que estaba arruinando su matrimonio y que debía enmendar todo el daño causado —. No he tenido tiempo de preguntarte —dijo ansiando empezar los cambios

hacia un mejor futuro desde ya—. ¿Como va la galería? El otro día quise pasarme por ahí para conocerla finalmente pero ya sabes...no pude.

Kate ignoró la parte negativa, aquella noche podía percibir otra energía muy distinta emanando de su marido. Una llena de disposición y entrega, de cariño y atención. La misma energía que le enamoró alguna vez hacía 5 años.

—Bien, todo va de maravilla. Han entrado otras cuatro colecciones de cuatro artistas diferentes y suele llenarse casi todas las noches —informó emocionada con poderle contar cosas sobre su trabajo.

—¿En serio?, me alegra escuchar eso, cielo —celebró el arquitecto recibiendo el pedazo de tarta que Kate le ofrecía para que diese el visto bueno de la misma—. Para el próximo estreno prometo que estaré, así tenga que programar una alarma cada 5 minutos para que me recuerde.

La castaña rio.

—No es para tanto —dijo probando ella la tarta, no estaba mal de sabor, pero no era la de brownie—. Ya podrás ir.

—No, sí es para tanto —corrigió él—. Y si digo que voy a ir, voy a ir.

Aquello no pudo hacer más feliz a Kate, quien, aunque lo negase por no querer darle importancia, se ilusionaba ante la idea de que Eric tal vez tuviese honestas intenciones de cambiar.

—Esta buena —dijo refiriéndose a la tarta de zanahoria para cambiar el tema.

—Sí, pero no es igual —destacó el rubio.

—Bueno, pero por una noche no nos vamos a morir —alegó ella dándole otro bocado a su marido—. Por cierto, hablando de olvidos, casi lo olvido —dijo soltando la cuchara para buscar en los bolsillos de su abrigo hasta sacar del mismo la caja por la que había regresado a la casa antes de marcharse—. Feliz aniversario.

El ojiverde no esperaba un regalo, eso había quedado claro con la expresión en su rostro.

—Kate, cielo, no debiste.

—Claro que sí, prometimos regalarnos algo todos nuestros aniversarios, así fuese una tontería —recordó ella con una enorme sonrisa en el rostro mientras lo veía abrir la caja.

—Wow. Está precioso cariño —dijo sacando el lujoso reloj plateado con correa de cuero negra que su mujer le había regalado—. No debiste —insistió.

—Calla y dame el mío, así estaremos a mano —propuso Kate extendiendo una mano con expectante alegría, y fue entonces que el rostro de

Eric se deformó en angustia y vergüenza mientras cerraba la caja del reloj.

Kate no tardó en darse cuenta de que no le había comprado nada, y aquello significaba más que lo que pudiese valer un tonto regalo.

—No llegaste tarde porque tuvieses mucho trabajo ¿Verdad? —preguntó apartando su mano—. Llegaste tarde porque no te acordaste de nuestro aniversario —supuso segura de ello—. De nuevo...

Eric suspiro y dejó la caja a un lado para girarse de frente a ella.

—Kate, no fue mi intención, he estado tan...

—Ocupado, lo sé —Le cortó la castaña de inmediato, con la mirada baja y la alegría hecha añicos

—Cariño yo no...

—Déjame salir —pidió interrumpiéndole nuevamente.

—¿Que? —El rubio no comprendió

—Que me dejes salir, Eric —repitió ella sin enojo alguno. La tristeza era más grande.

—¿A dónde iras? —Quiso saber el ojiverde negado a moverse.

—Déjame salir —insistió Kate evitando mirarle a los ojos.

El arquitecto, sin intenciones de empeorar la situación se puso de pie para darle paso a su mujer. La pinora cogió su abrigo, su bolso y se levantó para marcharse.

—Kate... —Eric le detuvo cogiéndole del brazo.

—Déjame ir Eric, necesito estar sola —pidió la castaña sin volver el rostro hacia él.

—Pero, Kate...

—Volveré a casa, lo prometo —aseguró—. Solo necesito estar sola, suéltame por favor.

El rubio dudó, lo pensó negado a dejarla ir, pero finalmente lo hizo. No era la primera vez que la veía salir por aquella puerta con el corazón hecho pedazos por su culpa. No era la primera vez que la veía marchar ansiando no compartir su mismo entorno. No era la primera vez, y aún no comprendía qué era lo que estaba tan mal en él como para que aquella escena siguiese repitiéndose. Sus errores pesaban tanto que no sabía como enmendarlos, no encontraba solución al daño que le había causado a su relación. Y cuando creía estar retomando las riendas de lo que alguna vez fueron, el esfuerzo se iba al demonio con la misma rapidez con que lo había intentado.

Lo que tenían ahora, lo que quedaba de aquel amor, al igual que la tarta de zanahoria, no era lo mismo.



# INSTINTO MATERNAL

## *capítulo 5*

***PRESENTE (2018)***

***Sábado, 08:30 P.M.***

—Me cuesta creer que te perdonase tantas cosas —dijo la castaña terminando de tomarse su segundo café, aunque estuviese frío—. Yo, Kate Howard. La más irreverente, independiente, testaruda y directa de todas las Howard.

—Eres demasiado buena para no perdonar —indicó Eric agradeciendo todas las oportunidades que le dio con los años. Oportunidades que quizás nunca mereció, pero que igualmente se las dio.

—¿Buena?, Mas bien estúpida —replico Kate regresando la mirada hacia el rubio, quien le esquivo con vergüenza— ¿Cómo pude perdonarte tanto? —repitió preguntárselo a ella misma esta vez—. Las ausencias, la falta de interés, los olvidos, las mentiras. ¿Cómo pude permitirte que me gritaras o que me humillaras? ¿En qué estaba pensando? ¿En qué momento lo que sentía se volvió más importante que lo que sentía por mí misma?

Aquellas preguntas empequeñecieron al ojiverde dejándole una vez más sin argumentos para defenderse, porque no había defensa alguna. El aceptaba su culpa, la aceptaba y no se sentía orgulloso de ello.

—Hubo una cosa que jamás me perdonaste —recalcó toqueteando la taza de su segundo cappuccino con los dedos—. A Rebeca.

Kate respiró hondo cruzándose de brazos casi de inmediato.

—Y nunca te la perdonaré. —impuso sintiendo que una enorme mano de metal le apretaba el corazón hasta destrozárselo. Aquel nombre había sido no solo la causa de que su matrimonio terminarse de irse al demonio, si no la

única razón por la que alguna vez llegó a odiarlo con todo su ser.

#### ***4 AÑOS ATRÁS (2014)***

***Jueves, 06:00 P.M.***

Ocho meses de embarazo tenía Judith, quien luego de haberse comprometido con su novio de toda la vida, celebraba aquella tarde el babyshower de su futuro hijo.

Mas feliz no podía estar Kate de que su amiga estuviese viviendo una experiencia tan bonita como aquella. Le había acompañado múltiples veces al médico, le había comprado media tienda de ropa para el nene, y festejaba cada vez que podía por tener un futuro ahijado. Los niños eran algo que la castaña adoraba con locura. Incluso había incluido tardes de talleres de pintura infantil en su galería. Le gustaba verlos aprender.

—¿Han pensado ya en el nombre? —preguntó a su amiga junto a la mesa de dulces.

—La verdad es que tenemos una que otra idea —confesó Judith sin apartar la mano de su gran barriga.

—Hemos pensado en Alberto, Louis y Camilo —informó James, el prometido de Judith. Quien llegando en ese momento se robaba un par de chocolates para llevarse a la boca.

—Camilo me gusta —indicó la pintora.

—Sí, es nuestro preferido hasta ahora —admitió Judith recibiendo un chocolate que James le daba en la boca. Dulce y romántico gesto que hizo a Kate buscar a Eric con la mirada, encontrándolo apartado de todos en aquel enorme salón, con móvil en mano atendiendo seguramente cosas del trabajo. Desde que había conseguido triunfar en sus últimos proyectos y abrir su propia empresa, el poco tiempo que pasaban juntos se había esfumado casi por completo. La ilusión de la castaña de que alguna vez el dejase de trabajar tanto se había desvanecido en el aire hacia mucho tiempo.

—¿Qué hay de ustedes? —Quiso saber James sacando a Kate del letargo—. ¿Cuándo piensan tener hijos?

La pregunta activó una alarma dentro de Kate, una que no había despertado hasta ahora. Llevaban seis años juntos, cuatro de casados, y solo ahora se daba cuenta de que nunca habían hablado del tema. Habían pasado la gran parte discutiendo o viviendo mundos separados que no parecían

colisionar sino una que otra vez cada cierto tiempo.

La idea le hizo ruido en la cabeza, tanto, que por un momento se sintió marear al no tener una respuesta. Ni si quiera sabía si Eric quería tener hijos.

—Yo espero que no los tengan —comentó Judith siendo sincera—. Así será más fácil el divorcio.

—Judith —Le reclamó James por la frialdad de su comentario.

—No te preocupes, James —dijo Kate forzando la sonrisa—. Estoy acostumbrada a que profetice mi separación.

—Y te acordarás de mí cuando suceda, te acordaras de mí —sostuvo la embarazada—. Te conozco demasiado como para desconocer a la Kate que lo ha soportado por tanto tiempo, y como para saber que no estás muy lejos de llegar al fondo.

Las palabras de su amiga le calaban dentro, le dolían por mucho que lo supiese disimular. Muy dentro de ella siempre se había cuestionado la durabilidad de su matrimonio, solo no se había atrevido a decirlo en voz alta o enfocar sus pensamientos en ello. Era más fácil evadir.

Regresó la vista hacia su marido, el ojiverde seguía sumergido en sus asuntos.

—¿Y están cien por ciento seguros que va a ser varón? —preguntó cambiando el tema. Buscando salir del sofoco que sintió en aquel momento.

James asintió robándose otro chocolate mientras Judith le contaba por enésima vez como había sido el día de la revelación. Ella, aunque escuchaba, vagaba en incógnitas que solo tenían a Eric de protagonista.

10 o 20 minutos más tarde, el rubio parecía haber terminado con lo que le distraía, porque solo entonces se movió de donde se había sentado solo para acercarse a la mesa de bebidas y pedir una cerveza. Kate se apresuró en encontrarse con él, cogiéndose a su brazo mientras este se empinaba el primer sorbo de la bebida.

—Está bonita la fiesta ¿Verdad?

—Umju —respondió Eric sin mucho interés mientras se bajaba otro sorbo.

—Sé que no tragas a Judith, ni ella a ti. Pero el bebé no tiene la culpa —alegó ella.

—Ni si quiera ha nacido, no le importa quien vino y quien no —indicó ciertamente irritado con estar ahí. Para el rubio solo estaba perdiendo el tiempo—. Si vine fue por tu insistencia, sabes muy bien que tenía cosas más

importantes que hacer.

La castaña hizo silencio por un momento digiriendo aquella arrogante actitud de la que Eric se había hecho dueño hacía unos meses. Desde lo de su nueva empresa se la pasaba todos los días de mal humor.

—No haber venido si tan ocupado estabas —impuso ella soltándose de su brazo.

—¿Y escucharte reclamarme después? No, preferí venir y salir de esto cuanto antes.

La pintora resopló empezando a perder la paciencia.

—Eres increíble, de verdad —musito la castaña cruzándose de brazos.

—¿Qué? ¿Ahora qué hice? —preguntó el rubio con cansancio y hastío.

—Eric es un babyshower, la gente viene a pasarla bien y a felicitar a los padres. A celebrar una nueva vida que viene en camino. Y tú solo has estado refunfuñando por las esquinas haciéndome pasar vergüenza.

—Si tanta vergüenza te doy no haberme insistido en venir —alegó él bebiendo otro sorbo sin preocupación alguna.

Kate resopló una vez más girándose hacia él.

—¿En verdad no sientes nada estando aquí?

Eric se mostró confundido.

—¿Que debería sentir?

—No lo sé, algún cosquilleo, curiosidad, no lo sé... ¿Ganas de tener hijos?

Sosteniéndole la mirada a su mujer en el intento de descifrar si bromeaba, Eric sonrió.

—Ahora entiendo —dijo dejando a la castaña más descolocada aún—. Para eso querías que viniera, para llenarme la cabeza con estúpidas ideas.

Los ojos de Kate se abrieron de par en par, su marido no dejaba de sorprenderle.

—No pretendo llenarte la cabeza de nada —aclaró tratando de mantener la voz baja—. Solo quiero saber si estando aquí, en un babyshower, te provoca tener hijos.

El rubio hizo silencio por un momento mirando alrededor, parecía estarlo pensando, y en su rostro se notaba la contrariedad ante sus propios pensamientos.

—No lo tengo en mis planes —sentenció regresando a su cerveza.

Aquella bofetada le arrancó las ilusiones a Kate de un tajo. La frialdad e indiferencia de Eric para con el tema le dejaba perpleja, y con sus avellanados

ojos llenándose de lágrimas, se dio la vuelta para marcharse buscando estar lo más lejos posible de su marido en ese momento.

De regreso en casa, el rubio actuaba como si no hubiese pasado nada. Y durante la silenciosa cena, Kate le miraba constantemente esperando que dijese algo, pero estaba claro que, si no era ella la que hablaba al respecto, él no lo haría.

—¿Podemos hablar sobre lo que pasó en la fiesta? —pidió dejando los cubiertos sobre la mesa.

Eric respiró hondo y con pesadez sin dejar de comer.

—¿Qué pasó en la fiesta?

—Eso de que no tienes hijos en tus planes —recalcó Kate sin más rodeos.

—¿De nuevo con eso? —El rubio no parecía cómodo con el tema.

—Sí, de nuevo —insistió la pintora—. Llevamos seis años juntos y cuatro de casados. —Le recordó esperando que eso significase algo para él—. ¿En verdad no tienes planes de tener hijos?

El ojiverde negó con la cabeza, soltando los cubiertos, pero por que se le había quitado el apetito.

—No. Ni ahora ni más adelante —aseguró sin más.

Kate no sabía cómo reaccionar ante aquella noticia.

—¿Hablas en serio? —No podía creerlo.

—Muy en serio, y no quiero seguir hablando del tema —dijo poniéndose de pie para marcharse.

—Pues te aguantas —impuso la castaña imitándole al levantarse de la mesa—. Porque resulta que yo también formo parte de este matrimonio y mi opinión debe valer de algo. Yo sí quiero tener hijos, y quiero tenerlos ahora.

Otro pesado suspiro escapó de labios de Eric.

—Pues no los tendrás conmigo —indicó alejándose.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —La pintora no podía creer lo que escuchaba.

—¡Lo que escuchaste, Kate! —impuso el rubio elevando la voz—. Si tanto quieres tener hijos, ve a tenerlos con otro, conmigo no cuentas.

—¿Estás insinuando que para tener hijos tengo que buscar a otro hombre?

—¡Si, Kate! ¿Es tan difícil de entender? —Le gritó a la castaña—. ¡Cuando quieras te firmo el maldito divorcio, te buscas a otro y te disfrazas de incubadora si tanto lo deseas! ¡Pero a mi déjame en paz!

Que Eric le gritase de aquella forma le hizo detenerse en seco con miedo, le paralizó dejándola sin palabras. Le sucedía cada vez que le levantaba la voz de aquella forma. Sus avellanados ojos se llenaron de lágrimas progresivamente hasta que finalmente brotaron como un caudal sin barreras.

—Bien —dijo con la voz cortada—. Si eso es lo que deseas, pidamos el divorcio. Así te libras de mí de una vez por todas y dejo de joderte tanto la vida. —Diciendo aquello Kate emprendió camino hacia el segundo piso directo a su habitación, dejando que el eco de la puerta al cerrarse sacudiese la cordura del rubio. Quien viéndola marchar completamente destrozada, cerró los ojos dándose cuenta de que se había pasado una vez más.

Respiró hondo y se pasó la mano por el cabello antes de golpear un vaso de cristal de la mesa para verlo hacerse añicos contra la pared. No dejaba de comportarse como un patán, incluso la había hecho llorar. Las constantes peleas le tenían agotado emocionalmente. Solo deseaba salir corriendo para no tener que lidiar con sus lágrimas una vez más. Pero eso era a lo que estaba acostumbrado, a salir corriendo.

Esperó un tiempo prudencial para subir a la habitación, dándole espacio para que se calmase o probablemente seguirían gritándose hasta matarse. Tocó a la puerta, y aunque no escuchó que le invitase pasar, lo hizo encontrándola a medio terminar una maleta.

—¿Qué haces? —preguntó aún a sabiendas de la respuesta.

—Me acabas de pedir el divorcio ¿Qué crees que hago? —respondió Kate de mala gana con las lágrimas ya secas en sus mejillas.

—No te pedí el divorcio Kate —aclaró él con las manos en la cadera.

—Oh sí, sí que lo hiciste Eric —reiteró ella metiendo cosas al azar en la maleta—. Incluso me pediste que me fuese a revolver con otro.

Eric cerró los ojos buscando fuerzas para no mandar todo a la mierda.

—Detente —pidió, pero esta no le hizo caso—. Kate... —insistió antes de acercarse a ella, cogiéndole de las manos cuando se negó a escucharlo, evitando que continuase llenando la maleta—. ¡Basta!

La castaña le sostuvo la mirada por un segundo antes de soltarse de su agarre para golpearle el pecho.

—¡Eres un imbécil, un maldito patán! —Le gritó entre golpe y golpe mientras Eric se dejaba— ¡Te odio! ¡Te odio!

El ojiverde la detuvo nuevamente para abrazarla fuerte contra su pecho.

—Mientes —dijo apretándola con fuerza sintiendo como esta, luego de forcejear por solo un instante, se derretía finalmente en sus brazos estallando a

llorar.

Por un rato largo la sostuvo en brazos mientras esta se descargaba, y esperó a que se calmase para acariciar su cabello y hablarle.

—Lo siento, cielo. No debí gritarte ni tratarte así.

—No, no debiste —afirmó ella apartándose de sus brazos, cansada de que siempre le hiciese bajar la guardia con tanta facilidad.

Eric respiró hondo y miró alrededor como quien busca las palabras para explicarse. Le debía una explicación a su mujer, era lo menos que podía hacer luego de haber metido la pata...otra vez.

—No es verdad que no quiera tener hijos —admitió captando toda la atención de la castaña, quien se quedó helada escuchándole—. Siempre he querido tenerlos —continuó pasando el trago amargo de tener que hablar sobre aquello—. Al menos cuando fuese prudente tenerlos, ya sabes, estabilidad económica y todo eso.

—Eso lo tenemos —recalcó Kate.

—Lo sé —aseguró el rubio consiente de que era el momento indicado—. Pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué? ¿De ser un buen padre? —supuso ella intentando comprender—. ¿Esto tiene que ver con lo sucedido con tu familia? Se que no los perdonas aun, pero...

—No, no tiene que ver con ellos —aclaró interrumpiéndole—. Tiene que ver conmigo.

—¿Contigo? —La castaña no comprendió.

—Mírate Kate, estas hecha un mar de lágrimas por mi culpa. Soy un imbécil en potencia y no puedo evitarlo, no sé cómo actuar cuando me siento presionado ante situaciones que me controlan —destacó dejando en claro que estaba al tanto de sus errores, siempre lo había estado—. No sé cómo hacerte feliz ¿Cómo se supone que sea un buen padre? Si no puedo ser un buen marido.

Kate le observó en silencio resultándole fácil comprender aquel miedo. La castaña no era de piedra, ella también estaba asustada ante la idea de ser madre. Pero lo que más le molestaba de todo aquel asunto, era que Eric parecía haber decidido por ambos hacía mucho tiempo atrás, sin preguntarle si ella quería o no ser madre, sin discutirlo primero juntos como pareja. Aun así, comprendía, siempre lo hacía.

Le vio sentarse en la cama con aplastante vergüenza, y limpiándose las lágrimas para recomponerse, tomó asiento junto a él dejando que el silencio arrastrase consigo la tensa inquietud entre ambos. Cogió la mano de su marido

sin decir nada y apoyó su cabeza en el hombro de este, quedándose así por otro largo rato.

—Quiero hacerte feliz —dijo el arquitecto rompiendo el silencio— Así que hagámoslo. Si eso te hace feliz, tengamos un hijo.

Kate, le miró confundida, le había tomado por sorpresa aquel repentino y rápido cambio.

—Pero, acabas de decir que...

—Sé lo que acabo de decir. —Le interrumpió cogiéndole de las manos—. Pero como siempre me dices tú, no puedo dejar que la cobardía siga controlando mi vida. No estoy dispuesto a perderte por culpa de otra de mis estupideces.

—Todos tenemos miedo a algo, Eric.

El rubio sonrió incrédulo y aliviado de que no pareciese seguir molesta, plasmando un beso en la mano de su mujer.

—¿Dónde quedo esa Kate que me hubiese dado la razón en lo de ser un tonto que hace estupideces?

La castaña elevó los hombros.

—Está cansada de discutir —respondió entrelazando sus dedos con los de su marido—. Y quiere ser mama.

Otra gran sonrisa del rubio logró arrancarle una parecida al rostro de Kate.

—Y serás una grandiosa mama —aseguró cogiéndola en brazos. Eric haría lo fuese por ella, incluso muy en contra de lo que él deseaba en realidad.

# PUNTO DE QUIEBRE

## *capítulo 6*

### ***4 AÑOS ATRÁS (2014)***

***Domingo, 08:00 A.M.***

Más de veinte minutos llevaba Eric esperando a las afueras del baño en su habitación. Inquieto como no lo había estado en su vida, ansioso e incluso preocupado. Los nervios flotaban en el aire y Kate aún no daba noticias de la prueba de embarazo.

La castaña, sentada en la poceta, miraba dicho aparatito como si este fuese a decirle la respuesta sin necesidad de girarlo hacia ella. Ya había pasado el tiempo prudencial para que diese una respuesta concreta, pero ella no se atrevía a mirarla.

—Vamos Kate. —Le animó el rubio desde afuera, acercándose a la puerta del baño para que le escuchase—. Si es negativo no hay problema, podemos seguir intentando. —Le preocupaba que la castaña se deprimiese si aquel cuarto intento resultaba fallido.

Dentro, Kate tomaba el valor para ponerse de pie, inyectándose fuerzas al repetirse la misma frase una y otra vez en su cabeza. “*Serás una buena buena madre, serás una buena madre*”. Decidida elevó la prueba hasta la altura de su rostro y con el susto en la boca del estómago, la giró hacia ella para encontrarse con la noticia que tanto había estado esperando esos últimos meses. Estaba embarazada.

Contuvo el grito de emoción tapándose la boca, y mientras sus ojos se llenaban de alegres lágrimas, revisó la cajita de la prueba para releer las instrucciones y comprobar que no se estaba equivocando. En efecto, estaba embarazada.

La puerta del baño se abrió finalmente empujando a Eric lejos de la misma. El nervioso rubio le miraba fijamente esperando que dijese algo que le ayudase a entender las lágrimas, siendo la enorme sonrisa que se dibujó en el rostro de la castaña la que entregó el mensaje.

—¿Positivo? —preguntó queriendo estar seguro.

Kate asintió en respuesta rápidamente. Lanzándose a los brazos del rubio quien, cogiéndole con fuerza, se había quedado pasmado ante la noticia. Intentaba sonreír, pero no le salía, al menos no de forma natural. Y si bien era cierto que había aceptado tener un hijo, también lo era que había sido solo para hacerla feliz, y que se había sentido aliviado cada vez que la prueba había dado negativo. Ahora no sabía cómo reaccionar, o cómo sentirse, pero estaba seguro de que aquello que le retorcía por dentro no era felicidad. Se odiaba por ello, porque ansiaba compartir la misma alegría que estaba sintiendo Kate en ese momento. Simplemente no la sentía.

—Hay que decirles a todos —indicó Kate soltándose de Eric con apuro—. Hay que ir al médico, hay que planear su habitación, hay que hacer tantas cosas.

Eric seguía de pie viendo a la castaña con una forzada sonrisa en el rostro.

—Hay que pensar en los nombres —continuó la pintora en medio de un agitado estado de conmoción y nervios—. ¿Qué crees que será? ¿Niño o Niña? ¿A quién se parecerá?

El rubio elevó los hombros en respuesta. Y percatándose de lo congelado que se encontraba su marido, Kate se acercó a este para abrazarle con dulzura.

—Vas a ser papá, cielo.

—Sí, voy a ser papá —repitió Eric tardando en responder a dicho abrazo. Con la mirada fija en la pared, y unas latientes ganas de salir corriendo escociéndole los pies.

*4 AÑOS ATRÁS (2014)*

*Martes, 09:00 P.M.*

*4 meses de embarazo.*

Con un bebé de pocos meses durmiendo en su respectiva cuna, Judith recibía a Kate de visita aquella noche. Eric había avisado que llegaría tarde, y por alguna razón, el verse sola en casa le había puesto sentimental hasta el punto de querer llorar. Las emociones de la castaña se habían intensificado sin

control alguno durante esos meses debido al embarazo, y ahora que hacía poco se sabía que tendrían una niña, no dejaba de sentirse feliz y asustada 24 horas al día.

—¿Ya decidieron que nombre ponerle? —preguntó Judith sirviendo chocolate caliente para ambas. Hacía un frío horrible en la ciudad esa noche.

—Lo decidí yo, Eric no supo dar opciones —informó desde el sofá pasándose la mano por la pequeña barriguita que apenas empezaba a notársele.

—¿No supo, o no le interesó? —inquirió su amiga desde la cocina.

Kate ignoró la pregunta, pero el recuerdo de Eric prestándole más atención a una película que a la búsqueda del nombre de su hija, se le clavó en la cabeza generándole incomodidad. A veces le daba miedo la facilidad con que su marido le resultaba predecible a la gente que siempre esperaba lo peor de él.

—La llamaremos Rebeca —indicó con una sonrisa—. Siempre me ha gustado ese nombre.

—Rebeca Russell —repitió Judith probando como sonaba mientras regresaba a la sala con dos grandes tazas de chocolate en mano—. Pues no suena nada mal, me gusta.

—Sabía que te gustaría —apuntó Kate cogiendo la taza que su amiga le ofrecía—. Después de todo será tu ahijada.

—Obviamente que será mi ahijada —impuso la castaña de corto cabello tomando asiento junto a Kate—. Soy tu única amiga y no te llevas bien con tus primas.

—Hubiese podido decirle a la mujer de algún primo de Eric —propuso la pintora divertida.

—Y yo te hubiese desheredado de nuestra amistad si hubieses atado más a esa familia a mi ahijada —replicó sin hacerle chiste la broma—. Que no tengo nada contra ellos, pero mientras más lejos de Eric, mejor. Así cuando se divorcien habrá menos ataduras.

—¡Judith! —reclamó Kate—. Sabes que no me gusta que juegues con esos comentarios.

—Y tú sabes que no son juegos —replicó Judith bebiendo de su chocolate—. Lo digo muy en serio, te acordaras de mí, te acordaras de mí.

—Siempre dices eso —refunfuñó la castaña imitándole al probar la achocolatada bebida—. Tal vez somos nosotros los que te sorprendemos y no nos divorciamos nunca.

—¿Por qué? porque ahora que van a ser padres todo se ha solucionado —apuntó conteniendo la risa—. Viniste a dormir a mi casa porque no quieres dormir sola, Kate, porque tu marido, que debería estarte cuidando, ahora más que nunca evade estar en casa.

—No lo evade. —Le defendió la pintora—. Tiene mucho trabajo, tiene que trabajar por tres ahora.

—¿En serio? ¿Esa es la mentira que te dices todos los días? —preguntó resoplando con cansancio— ¿Si quiera va al médico contigo?

Kate no quiso responder.

—¿Va al médico contigo o no, Kate?

—No —respondió finalmente, bajando la mirada queriendo ahogarse en la taza—. Pero porque mis citas con el médico son siempre a horas que él no puede librar.

—Es el dueño, Kate. Puede librar cuando se le antoje —recalcó Judith con severidad—. ¿Te compra anteojos a las 3 de la madrugada?

La castaña evadió la pregunta bebiendo del chocolate.

—Obviamente que no —respondió Judith por ella, frustrándole que su mejor amiga no pudiese ver la verdad—. Me vas a disculpar que te lo diga de esta forma, pero Eric no quiere ser padre, Kate. Y tú eres la única que se niega a verlo.

Kate se mantenía ajena a la conversación.

—Se que quieres que todo salga bien por el bebé, que te estás haciendo ilusiones y montando todo un castillo de algodón de azúcar en tu cabeza que desees con todas tus fuerzas que se vuelva realidad, por que te conozco. Pero eso no va a pasar, Kate. —Le insistió preocupada por su actitud autodestructiva—. No con Eric, ni ahora ni nunca.

—No sabes lo que dices —sentenció la castaña finalmente, visiblemente enojada—. Fue él quien me pidió que tuviésemos un hijo, fue el quien insistió hasta quedar embarazada. No lo conoces como yo, solo tiene miedo y no sabe cómo afrontar toda la situación.

Judith pifió.

—Todos tenemos miedo, Kate —recalcó su amiga—. Pero sean cuales sean sus razones, un embarazo, al igual que un matrimonio, es de dos. Y tu hija va a ser la que sufra las consecuencias de un padre ausente.

Bastante malhumorada ante lo que ella percibía como un ataque de parte de su mejor amiga, Kate dejó la taza en la mesa para ponerse de pie camino al pasillo del departamento.

—Voy al baño —anunció sin mirar atrás.

Judith suspiró dejando su taza junto a la de la castaña. Le frustraba que esta se cegase de aquella forma tan cerrada y negativa. Se hacía daño ella misma al no querer aceptar la verdad, y a la larga le haría daño a su ahijada.

Kate, encerrada en el baño, tomó varias bocanadas de aire sintiendo que se le subía la ansiedad a la cabeza. Últimamente le daban crisis como aquella en las que le faltaba el aire y no controlaba sus emociones o sus pensamientos. Las acusaciones de su amiga le habían agobiado y no se había estado sintiendo precisamente feliz como para que esta le hundiese más de la cuenta con la verdad.

Se refrescó el rostro, se miró en el espejo por varios segundos en silencio, y finalmente se sentó en la poceta cerrada. Sacó su móvil y llamó a Eric.

Este tardo en responder a la llamada.

—Hola. —Le saludó.

—¿Que pasó? ¿Estás bien? —preguntó el rubio al otro lado del teléfono, sentado en su camioneta manejando.

—Sí, estoy bien, llegué hace poco a casa de Judith —informó—. ¿Crees que cuando vayas a casa más tarde puedas comprarme una tarrina de helado de limón? Tengo antojo y Judith no tiene.

—¿Y para que te la voy a comprar si no estarás en casa esta noche? —destacó frenando ante una luz roja.

—Pero estaré mañana y podre saciar el antojo —recalcó Kate con una sonrisa.

—Dile a Judith o a su marido, yo no tengo tiempo para eso —indicó el arquitecto mirando hacia un lado y otro de la calle, ansiando que cambiase pronto la luz—. Estoy terminando de corregir unos planos que necesitan con urgencia para mañana temprano —mintió avanzando nuevamente.

Kate bajó la mirada hacia las baldosas del baño, una parte de ella había esperado que dijese que sí y que gustoso se ofreciese a comprar el helado para ella. Era algo tonto, pero hasta esa tontería hubiese hecho feliz a la pintora en ese momento.

—Entiendo —dijo la castaña—. No te preocupes.

—No sé ni para que llamaste a pedírmelo, sabes que no tengo tiempo para esas cosas —reiteró el arquitecto aparcando a las afueras de un bar—. Para eso está tu madre o Judith, ¿No?

—Sí, supongo —respondió ella ya bastante desanimada.

—Bien. No llames más que estaré sumamente ocupado. Nos vemos mañana.

—Ok, buenas no...

Eric colgó la llamada dejando a Kate a media palabra. Observó la foto de su marido en el fondo de pantalla de su móvil, y por un instante le invadió una fuerte cólera que le hizo querer lanzar el aparato contra el suelo. Pero temiendo que se rompiese en vano lo guardó nuevamente en el bolsillo de su chaqueta.

Respiró hondo haciendo un gran esfuerzo por controlar la maldita ansiedad que le hacía temblar las piernas, pero las lágrimas le ganaron la batalla inundando sus avellanados ojos llenos de dolor. Kate podía soportar despistes, olvidos, e incluso su cobardía, pero no que le mintiese, no que la tomase por lo suficientemente estúpida como para no haber escuchado el tráfico de la calle.

Durante más de 10 minutos lloró. Lloró encerrada en aquel frío baño mientras el mundo se le derrumbaba a los pies. No sabía qué hacer o qué pensar. Tenía miedo, sentía rabia y una profunda decepción. Le asfixiaba la tristeza y la zozobra, se encontraba entre la espada y la pared ante sus turbados sentimientos y lo que su razón les decía a gritos muy en el fondo de su cabeza. Estaba hecho un desastre emocional incapaz de tomar decisiones.

Regresó con Judith a la sala luego de refrescarse otro par de veces para ocultar que había estado llorando. Y continuando con las enormes tazas de chocolate que habían dejado a media, procuró cambiar el tema de Eric para arrancárselo de la mente lo que quedaba de noche. Rebeca era su nuevo tema favorito, y era lo único que debía importarle a partir de ahora.

*4 AÑOS ATRÁS (2014)*

*Viernes, 06:00 A.M.*

*7 meses de embarazo.*

Dolores inusuales despertaron a Kate esa mañana. Los gritos alarmaron también a Eric haciéndole salir de su pesado sueño. Por un momento pensaron que podían ser contracciones, pero aún no se acercaba la fecha para el parto. Los dolores se acrecentaron a nivel de vientre y espalda, Kate tuvo que tomar asiento para aliviar la sensación, y solo entonces pudo encontrar algo de alivio. Aun así, el dolor seguía presente, latiendo como si lo tuviese pegado a

los intestinos.

—¿Ese dolor es normal?

—No lo sé —admitió Kate—. No lo creo, no debería tener dolores así todavía —respondió tomando profundas bocanadas de aire mientras se sobaba la barriga.

—¿Te sientes mejor?

La castaña negó con la cabeza y volvió a gritar aferrándose a la cama como a duras penas podía. El rubio, alarmado, se bajó de la cama para ayudarla a sostenerse.

—Respira hondo, cielo. Respira.

—Eso hago —replicó ella empezando a sudar frío mientras sentía que se le bajaba la tensión—. Tienes que llevarme al médico, Eric. Esto no es normal —indicó parpadeando para mantenerse alerta mientras sentía su cuerpo amenazaba con desmayar ante el dolor.

—¿Estás segura? ¿No serán cólicos? —preguntó angustiado.

—¡Llévame a emergencias ahora Eric! —gritó finalmente la castaña, mientras su único pensamiento era el riesgo que aquello podía causar a la bebé.

El rubio se apresuró en vestirse para ayudar a la pintora a bajar al primer piso de la casa.

—Vas a estar bien, cielo, vas a estar bien. —Le decía el ojiverde constantemente.

—Preocúpate por la bebé, no por mí —pidió ella caminando hacia la puerta principal de la casa.

—¿Por la bebé? pero si es ella la que te está causando dolor —apuntó el arquitecto provocando que Kate se soltase de su agarre con brusquedad mirándole aprensivamente.

—Repite eso y te juro que te parto la cara con todo y dientes, Eric —dijo indignada de escucharle tremenda barbaridad—. ¡Es tu hija de la que estás hablando!

—¿Se supone que tiene que importarme más que tú que eres mi mujer? —preguntó el recibiendo otra mirada llena de reproche y hastío.

—Mira, mejor no hables más porque te mando a la mierda ahora mismo —advirtió sin ánimos de escuchar sus estupideces en ese momento. Y sin decir más Eric la ayudó a llegar a la camioneta para subir en esta y tomar la vía más rápida hacia el hospital.

La atendieron de inmediato por urgencias, siendo el médico de turno

quien corroborase que había tenido contracciones prematuras. Kate exigió la presencia de su doctor, y en el tiempo que este tardó en llegar al hospital los dolores disminuyeron dejando solo un vago malestar por el susto.

—¿La bebé se encuentra bien Doctor? —preguntó Kate ansiando que le dijese algo concreto luego de la cantidad de preguntas que le había hecho.

—Sí, la bebé está bien. Por ahora —informó a la preocupada madre mientras apartaba el aparato del ultrasonido del vientre de Kate. Mientras que Eric, de brazos cruzados, escuchaba desde una esquina.

—¿Por ahora? ¿Que han sido esos dolores? ¿Por qué el malestar tan extraño?

El doctor suspiró apartando el aparato del ultrasonido.

—No es un secreto que después de los 30 algunos embarazos pueden llegar a ser complicados. Me temo que tu embarazo es uno de ellos —informó con pesar consiente de lo que aquella noticia podía afectaba a su paciente—. Y según lo que me has contado, los últimos meses has estado bajo mucho estrés y ante constantes crisis de ansiedad que alteran tu organismo —recalcó notando como la castaña miraba de reojo a su marido.

—Tu estado de ánimo será crucial durante estos últimos meses, Kate —informó el doctor con pesar—. Necesitas paz y tranquilidad. No puedes estresarte, ni alterarte, ni mucho menos enojarte —impuso con seriedad—. Una subida de tensión podría provocar que se te adelante el parto, o peor...un aborto.

La sola mención de la palabra asustó a la castaña haciendo que el corazón le latiese tan duro que el pecho le dolió. Y con los ojos llenándosele de lágrimas ante la conmoción y el miedo, buscó la mirada de su marido en busca de apoyo moral, encontrando una fría expresión de que parecía estar más bien aburrido.

La castaña se obligo a sonreír cuando sintió la mano del médico apretar la suya con calidez.

—Todo va a estar bien Kate, ya verás —aseguró el médico.

—¿Kate podría correr algún riesgo, doctor? —preguntó finalmente el rubio desde la esquina.

El médico, que pocas veces había visto al arquitecto por ahí, le miró con desdén. Aunque su paciente lo negase, estaba seguro de que sus bruscos cambios de ánimo eran causados por su marido.

—Podría, todo dependerá de cuanta tranquilidad tenga y cuanto se cuide —informó regresando su atención hacia la pintora.

—No se preocupe doctor —dijo la castaña limpiándose el rostro con su mano libre sobre su barriga, como si de esa forma pudiese protegerla—. Me cuidaré todo lo que sea necesario.

—Estoy seguro de que lo harás —El médico le lanzó una última mirada llena de aprensión al rubio antes de ayudar a Kate a ponerse de pie.

Camino a casa el silencio dentro de la camioneta fue sepulcral. Kate necesitaba hablar al respecto y desahogarse, llorar por horas si era necesario para arrancarse el pavor que corría en ese momento por sus venas ahora que sabía que tenía un embarazo de riesgo y que podía perder a su bebita. Pero ni una sola fibra de su ser quería hablar al respecto con él, simplemente no le provocaba, no le nacía. Rebeca era su hija, suya y sería ella la que le protegiera incluso de su padre si era necesario.

#### ***4 AÑOS ATRÁS (2014)***

***Domingo, 08:40 P.M.***

***8 meses de embarazo.***

32 años cumplía Kate ese día. Sus tías, que habían viajado desde Caroline del Norte a Los Ángeles, le habían celebrado con un riquísimo almuerzo casero que había servido de Babyshower, festejo al que Eric, como esperaban todos, no acudió.

La reunión resultó pequeña y familiar, además de las tías y la madre de la castaña y su mejor amiga Judith, el marido de esta y a un par de empleados de la galería que por ahora se mantenía en pie gracias al nuevo integrante del equipo, Sebastián Harding, había asistido para festejar con la futura madre.

Sebastián era un experto museólogo de 40 años y elegante porte, que había sido contratado para tomar el lugar de director durante la ausencia de Kate en aquellos últimos y difíciles meses. Sonriente y optimista hombre que le inyectaba buenas energías a la pintora cada vez que charlaban por teléfono a razones de la galería. Aquella tarde le había tratado especialmente bien, al castaño parecía hacerle ilusión ver a una mujer embarazada, no dejó de halagar a la pintora con bonitos cumplidos toda la tarde, incluso se había ofrecido a llevarla al Bohemian Café luego de la pequeña reunión, donde había pautado una cita con Eric por su cumpleaños.

Los comentarios de sus tías sobre él por qué no había ido su marido a

buscarla sabiendo lo delicado que era su embarazo, se convirtieron en el tema central de la última hora. Kate no le defendió esta vez, dejó que opinasen a gusto lo que estas quisieran y les dio la razón a cada momento. Rebeca, su bebita, había tomado el lugar más importante en su vida destronándolo a él, por ella la gente podía decir o pensar lo que gustase de su marido, le valía poco.

Una vez en el café, tomó asiento en la única mesa vacía y pidió un vaso de agua mientras esperaba. Había llegado por lo menos una hora antes, pero prefería esperar que haber tenido que solucionar el cómo llegar hasta ahí sola con lo que le costaba caminar a esas alturas del embarazo. Tenía una barriga tan grande, que muchos le jugaban diciéndole que traía gemelos. La castaña no soportaba su propio peso, las piernas le flaqueaban constantemente, y ni hablar de la espalda. Ansiaba que llegase el día del parto para tener a su bebé en brazos y librarse de todo aquel malestar corporal que le tenía agotada.

Los minutos fueron pasando, la hora pautada marcó en el reloj y Eric aún no daba señales de vida por aquel café. La castaña pidió otro vaso de agua alargando la espera, revisó su móvil para distraerse buscando tiendas de ropa para bebés que no hubiese visitado ya, y viendo el tiempo correr desbocado como si no hubiese un mañana.

A poco más de las diez Kate se puso de pie y le pidió al cajero del café que le pidiese un taxi, se marchaba, no esperaría más, y ni si quiera estaba molesta por ello. '

Justo en ese momento la puerta del café sonó, era Eric, quien desconcertado se encontró a su mujer junto a la caja.

—¿Qué haces? —preguntó confundido— ¿Acabas de llegar?

Kate contuvo la risa lo más que pudo.

—¿Acabo de llegar? Llevo tres horas esperándote Eric, y si no hubiese sido por las amables chicas que trabajan aquí, no hubiese podido ni ir al baño —informó acomodándose la bufanda que había traído para abrigarse del frío de la noche.

—¿Y a donde piensas ir?

—A casa —respondió ella sin más mientras pagaba por los servicios—. Estoy cansada.

—Pero es tu cumpleaños —replicó Eric aparentemente ofendido.

—Y llegaste tarde, una vez más. —Y pasándole por un lado la castaña salió del café.

Eric, sintiendo como le juzgaban los empleados del local, siguió a su

mujer buscando ayudarla, pero esta se soltó de él rápidamente.

—No seas grosera, Kate.

La castaña le miró incrédula.

—¿Es en serio? Llegas tarde el día de mi cumpleaños, no vas al Babyshower de tu hija, me tienes aquí esperando sabiendo que debo descansar, ¿Y yo soy la grosera? —La risa fue inevitable, así como la amargura que esta le dejó en la boca—. Eres de lo que no hay, Eric. De lo que no hay.

—Está bien, como quieras, camina sola. Pero después no me culpes si te caes y abortas.

El rubio no tenía ni idea de lo poderosas que resultaban sus palabras, ni de lo mucho que estas atravesaban a la castaña desconociéndole desde el interior.

—Eric, cállate ¿Sí? —pidió deteniéndose frente a él—. Cada vez que abres la boca es para escupir basura y estoy cansada, así que mejor cállate.

—Si tanto te molesto, pide un taxi —respondió el arquitecto visiblemente ofendido, adelantándose al aparcamiento para montarse en su camioneta, y marcharse. Sin más, como quien dejaba un bulto inservible detrás.

Kate se quedó helada, viéndole irse mientras el corazón se le estrujaba hasta doler. Sintiendo la más profunda tristeza y decepción. Ya no lo reconocía, ese no era el hombre con el que se había casado, del que se había enamorado. Ese asqueroso patán no era su Eric, su atractivo adonis.

Con lágrimas en los ojos esperó por el taxi, molesta con ella misma por haberse dejado afectar por el rubio nuevamente. Se había prometido que su marido no llegaría a su estado de ánimo nunca más, pero aquel día estaba especialmente susceptible como para soportar una de sus estupideces.

Cansada de esperar por el taxi que le habían pedido en el café, llamó a Sebastián para pedirle el favor de llevarla a casa. El museólogo estaba cerca, y le aseguró que pasaría por ella en menos de 10 minutos. Tiempo en el que Kate no pudo evitar el pensar en el olor que había percibido en su marido antes de marcharse. Este estaba bebiendo más de lo normal últimamente. Vaciaba el bar de la casa en menos de una semana y cuando llegaba tarde como en esa ocasión, era por haberse metido de cabeza en un bar.

La idea de que Eric terminase convertido en un alcohólico como su padre, le ponía de los nervios. Le asustaba, no quería terminar como su madre siendo maltratada físicamente tras una borrachera. No quería que su hija tuviese que vivir lo que había vivido ella.

Sebastián llegó antes de lo indicado y le ayudó a subir al asiento trasero con cautela. Kate le dio la dirección de casa de Judith porque no pensaba llegar a la suya esa noche, y durante el camino no dejaba de pensar en la forma tan vil en que Eric se había marchado dejándola botada en aquella acera frente al café donde alguna vez se habían enamorado. Su actitud podía haber sido a causas del alcohol, pero la ironía en todo aquello era tan cruel y amarga que daba risa.

Mirando por la ventanilla empezó a llenarse de rabia, rabia porque su hija tendría un padre que no merecía el título, un padre egoísta, un cobarde incapaz de poner a nada ni a nadie por delante de sus miedos e inseguridades. Un hombre capaz de mentir, insultar, gritar y humillar. El mismo que se encontró 3 calles más adelante entrando a un bar en compañía de una rubia, esbelta mujer que Kate reconoció de inmediato era Claudia. Quien muy cariñosa le cogía del brazo mientras este le susurraba al oído camino a la entrada principal del bar.

El museólogo no se percató de lo sucedido, pero la castaña sí, siguieron de largo, pero ahora no podría sacarse dicha imagen de la cabeza. El corazón volvió a agitarsele, el pecho le dolió y le faltó el aire. Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos ante la realización de que Eric le podía estar engañando. Kate siempre había tenido razón sobre aquella arpía, y evocando la discusión que habían tenido durante su luna de miel, la idea de que le hubiese sido infiel con la rubia desde un principio, le generó unas fuertes ganas de vomitar. Se arqueó ante la desagradable sensación alarmando a Sebastián.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre visiblemente preocupado, mirándole de cuando en vez para no perder de vista la vía.

Kate se obligó a asentir limpiándose las lágrimas a escondidas, pero no conseguía arrancarse el pensamiento de la cabeza. Todas esas veces que él llegó tarde a casa o que no estuvo presente, todos sus momentos de ausencia ¿Había estado con ella? Cuando se perdía largos ratos hablando por teléfono con una sonrisa en el rostro y decía que se trataba de trabajo ¿Había estado charlando con la zorra esa? ¿Ella le había perdonado, le había excusado frente a los demás, le había creído y dado oportunidades una y otra vez mientras se revolcaba con otra?

Con las manos temblorosas tuvo otra arcada ante lo mucho que le repugnaba cada pensamiento. Y fue una fuerte puntada en el vientre la que le congeló en el sitio.

El quejido alarmó a Sebastián una vez más

—¿Estás segura de que estás bien, Kate? —insistió queriendo la verdad para poderle ayudar.

La pintora respiró hondo y asintió una vez más mientras otra puntada más fuerte que la anterior le hizo chillar.

—Tú no estás bien, Kate, no estás bien —aseguró el museólogo pisando el acelerador—. Te voy a llevar a emergencias.

—¡No, no! —pidió ella—. Estoy bien, ahora se me pasa —dijo empezando a ponerse pálida.

—Lo siento linda, te llevo a emergencias, quieras o no —impuso estirando una mano para tocarle la frente a la castaña—. Estás fría, se te está bajando la tensión.

Kate quiso replicar, pero de su boca solo salieron otro par de quejidos de dolor.

—Respira linda, respira —pidió un agitado Sebastián comiéndose las luces a riesgo de un accidente o una multa por la necesidad de llegar al hospital.

La pintora se quejó una y otra vez cogiéndose con fuerza del asiento, aquel dolor no podía ser a causa de contracciones, no era normal, dolía demasiado y lentamente se sentía desmayar. Cada puntada era como si le estuviesen desgarrando por dentro.

Se llevó una mano a la barriga, se la acarició suavemente camino a su vientre, y la expresión en su rostro se desfiguró bañada en pánico. Su temblorosa mano se había encontrado con una humedad poco usual, elevó la mano hacia la luz de la calle, y verla impregnada de sangre le hizo pegar un fuerte grito.

—¡NO! ¡No!, no, no ¡¿Qué pasa?! ¡No!, no, no —gimoteó desesperada mientras volvía a tocarse encontrando más y más sangre saliendo de entre sus piernas— ¡NOO!

—Dios santo, Kate —musitó Sebastián acelerando lo más que podía, desesperado entre sus ganas de cogerla en brazos para ayudarla y la necesidad de llegar al jodido hospital para que le atendiesen.

—No, no. Mi hija no, por favor, mi bebida no —rogó la castaña entre ahogados sollozos. Temblando de pies a cabeza mientras otra fuerte puntada le dejaba finalmente inconsciente.

—¡Kate!

2 horas más tarde Eric entraba al hospital como alma que se lleva el

diablo. Con la mirada perdida y la angustia transformada en gruesas gotas de sudor que le corrían desde su frente. Pidiendo a gritos que le dijese que había pasado con su mujer, le llevaron hacia urgencias donde se encontró con el nuevo empleado de la galería, su suegra y Judith hechas un mar de lágrimas. Ambas le miraron de mala forma mientras el médico salía del quirófano.

—¿Se encuentra el marido y padre del bebé presente? —preguntó. Eric se apresuró en llegar hasta él.

—Soy yo, doctor —informo inquieto hasta médula— ¿Cómo esta mi mujer? ¿Qué le sucedió? ¿Qué tiene?

El doctor respiró hondo por que no le resultaba fácil dar esas noticias.

—Ha estado al borde de un aborto —informó escuchando los ahogados chillidos de la que supuso eran la madre de la paciente y algún otro familiar—. Su mujer tiene una gran hemorragia interna y tiene pocas probabilidades de salvarse.

Los verdes ojos de Eric se abrieron de par en par desorbitados en pánico.

—No, no doctor, eso no puede ser —jadeó sintiendo que le faltaba el aire.

—La bebé tiene más posibilidades de sobrevivir, pero si nos enfocamos en ella perderemos por completo a la madre —indicó con pesar—. Tienes que elegir.

—¡No! —gritó la madre de Kate siendo detenida por los brazos de Judith, quien con los ojos rojos de tanto llorar, hacía lo posible por mantenerse fuerte para ella.

Eric no reaccionaba, estaba perdido en su cabeza y en la posibilidad de perder a la castaña.

—Debe decidir que haremos señor Russell, y mientras más tiempo se tome más posibilidades de perderlas a las dos —destacó con prisas.

—Kate —respondió el arquitecto sin pensarlo más—. Olvídense del bebé, salve a Kate. Salve a mi mujer.

—¡Maldito bastardo! —exclamó la madre de la pintora habiendo escuchado—. ¡Es tu hija!

Al ojiverde le importó poco lo que su suegra dijese.

—A Kate, salve a Kate —insistió. El médico miró a las dos mujeres visiblemente horrorizadas, y regresó su atención al rubio.

—Haré lo que pueda —dijo regresando al quirófano. Con aquello se refería a que de igual forma haría lo posible por salvarlas a las dos.

Eric se volvió para buscar un poco de aire, y lo que encontró fue un fuerte puñetazo de Sebastián que le rompió el la nariz y el labio superior.

—Nunca te lo va a perdonar —indicó Judith desde su lugar—  
¡Escúchame bien maldito asco! Nunca te lo va a perdonar si su hija muere.  
Nunca.

Eric no dijo nada, se limpió la sangre del labio sin comprender a que se había debido la agresión de aquel hombre al que solo había visto un par de veces, y se apartó en silencio para recostarse de una columna al fondo del pasillo desde donde veía la puerta del quirófano.

3 horas más tarde solo Judith y la madre de Kate pudieron entrar a verla en la habitación a la que la habían llevado. La castaña, sintiéndose literalmente vacía por dentro, se rehusaba a ver al rubio. No quería ni escuchar su nombre. No quería saber absolutamente nada de él. El egoísmo de esa basura al que se avergonzaba de llamar esposo le había arrancado un pedazo de su ser, se había llevado lo más grande que ahora nunca tendría...a su hija.



# UN ÚLTIMO CAFÉ

## *capítulo 7*

***PRESENTE (2018)***

***Sábado, 08:45 P.M.***

Haberse detenido a recordar aquellos casi nueve meses de embarazo había despertado una dulce y nostálgica sensación en Kate que rápidamente se volvió amarga cuando recordó que solo era eso, un recuerdo. Nunca podría explicar con palabras el vacío tan grande que le había dejado la pérdida de su bebé. Y lo que más le dolía es que todo hubiese sido culpa del hombre que alguna vez creyó que sería el perfecto padre de sus hijos. El supuesto amor de su vida.

Después de la pérdida se culpó a sí misma por mucho tiempo. Se culpó por no haberse divorciado de Eric en su momento, de no haber querido ver la verdad, de haberse negado a perder una supuesta historia de amor perfecta que

solo existía en su cabeza y en la esperanza de que algún día las cosas serían como ella tanto las había imaginado. Por su propio miedo al fracaso. Se culpó por no haber alejado a ese monstruo de su hija, por haberse dejado afectar por sus engaños, por no ser más fuerte. Sumergida en un estado postraumático, se culpó de lo sucedido y decidió en ese entonces que su castigo era seguir casada con él. Su matrimonio sería la condena que debía pagar por la muerte de su hija.

Judith le ayudó consiguiéndole los mejores psicólogos de Los Ángeles, pero durante mucho tiempo aquella idea no abandonó la cabeza de la castaña. Al menos no los primeros años posteriores a la pérdida.

—Nunca te lo voy a perdonar —sostuvo Kate viendo hacia la ventana con lágrimas en los ojos—. No me importa cuántas veces, ni cuantos psicólogos me digan que perdonarte es lo mejor para mí. No quiero, no quiero hacerlo, quiero odiarte por habérmela arrebatado.

Eric tragó grueso.

—Puedo entenderlo, y es lógico que lo sigas haciendo porque yo sigo pensando que fue la mejor decisión.

Kate tuvo ganas de golpearlo, pero en cambio soltó la risa. No podía sentir otra cosa que no fuese lástima por alguien tan corto de mente. No lograba entender a Eric, ese hombre con el que había perdido 10 años de su vida, y estaba segura de que a estas alturas no lo lograría. Tampoco le importaba ya.

—Lo hice por ti, yo no...

—No —Le interrumpió Kate de inmediato, no escucharía de nuevo el mismo argumento barato—. Tu no decidiste por mí. Elegiste por ti, por que eso es lo que hacen los cobardes.

Corto de palabras una vez más, Eric miró por la ventana sin decir nada.

—Siempre supe que no querías ser padre —confesó finalmente la castaña—. Muy en el fondo lo sabía. Aunque me siguieras el juego y hubieses aceptado tener un bebé, yo lo sabía. Solo no quise verlo.

—Acepte por ti —destacó el rubio—. Por complacerte. Para que fueras feliz.

—¡Exacto! —exclamó la pintora—. Siempre complaciéndonos el uno al otro muy por encima de quienes éramos en realidad, de lo que queríamos como personas individuales.

—De eso se tratan las parejas, Kate.

—No. Ya te lo dije, ahí te equivocas. Y es donde solía equivocarme yo

también —indicó consiente de sus propios errores—. Una pareja debe ser alguien con quien compartir la vida, no a quien tolerar para que tu vida no sea un calvario. No debemos anularnos a nosotros mismos para hacer feliz al otro.

—No pienso igual —sentenció Eric.

—Nunca lo hemos hecho, nunca hemos pensado igual o estado de acuerdo en algo —recalcó repitiéndose una vez más. A la castaña le había costado años entenderlo, pero finalmente lo había hecho—. Como dije antes, no éramos compatibles en nada. Siempre en páginas diferentes del mismo libro, tú querías una cosa y yo otra. Yo imaginaba una y tú otra, nunca compaginados, nunca compartiendo la vida al mismo nivel.

Eric resopló negado a escuchar.

—Vivimos muchas cosas bonitas, muchos momentos especiales.

—Sí, pero en nuestro caso, esos pocos momentos no sobrepasan a los malos. Quítate la venda de los ojos de una vez, Eric. No sirve de nada que insistas.

El rubio suspiró con pesadez, aceptar que lo de ellos había sido una pérdida de tiempo que aparentemente no les dejó nada bueno, le hacía añicos el corazón.

—Como solía decir mi abuela: “Cuando el amor aprieta, no es tu talla.”

El silencio se hizo una vez más en aquella mesa donde una pesada energía parecía danzar alrededor. Todos en el café podían notarlo, incluso sentirlo. Era obvio que aquel par estaba pasando un mal rato. Tal vez tan agrio y duro como todos los que habían vivido durante 10 años de relación. En los que por mucho que lucharon por mantener el amor a flote, no lo lograron.

Después de la muerte de Rebeca, de esa hija nonata que dejó a Kate a medias, las cosas entre ella y el arquitecto cambiaron para siempre. Aquel había sido el punto de quiebre para el futuro que habían planeado alguna vez juntos.

Kate levantó la mano para llamar a la mesonera viéndola venir hacia ellos con una vez más.

—¿Me trae otro café?

—¿Cappuccino con Chocolate? —preguntó la chica.

—Sí, con leche deslactosada y sin azúcar.

—En seguida.

Eric esperó a que la mesonera se marchase.

—¿Otro café?

—El último.

### *3 AÑOS ATRÁS (2015)*

*Viernes, 02:40 A.M.*

Hacía tiempo que Kate necesitaba salir a distraerse un rato. Aquella noche de teatro había sido la guinda de aquel mes lleno de salidas entretenidas e interesantes que había orquestado Sebastián, aquel hombre que tanto le había ayudado con la galería durante el embarazo, y a quien había mantenido trabajando junto a ella por lo bueno que era en lo que hacía. Al que ahora consideraba un muy buen amigo con el que podía pasar horas hablando de arte o de lo que fuese sin aburrirse un solo segundo. Sebastián se había convertido en un respiro para su gris vida.

Ahí estaba, en la entrada de su casa y sin ganas de entrar. Era tarde y sabía que, si Eric estaba en casa, le reclamaría por haber llegado a esa hora. Honestamente ya no le importaba lo que su marido pensara, quisiera o sintiera, pero le cansaba tener que escucharle. Sin mencionar lo duro que le resultaba vivir en aquellas paredes donde hacia tan poco había imaginado a su hija corriendo de aquí para allá.

Las visitas al psicólogo habían disminuido hacia poco menos de dos semanas, el trauma con que le había dejado la pérdida de su bebé, convirtiendo el día de su propio cumpleaños en el día que siempre recordaría el profundo desprecio que sentía ahora por Eric, su esposo, el hombre que había jurado amar hasta la muerte.

Tras una bocanada de aire pasó la llave y entró a casa cerrando detrás de ella. Dejó el abrigo en el perchero junto a la puerta, y se giró para encontrarse con la estampa de un cabreado Eric.

—¿Estas son horas de llegar? —preguntó el rubio aún de traje, seguramente acababa de llegar del trabajo o de algún bar. Apestaba a wiski.

—Probablemente no —respondió la pintora quitándose los zapatos, le dolían un poco los pies después de haber paseado todo el día.

—¿Probablemente no? ¿Te estás burlando de mí?

—No, solo respondo a tu pregunta —aclaró Kate tomando camino a la cocina.

Eric respiró hondo tratando de controlar el cólera que le quemaba las entrañas.

—¿Con quién estabas?

—¿Tengo que estar con alguien para salir? —preguntó ella buscando un vaso de agua.

—Estabas con el tal Sebastián, ¿Cierto? —Quiso saber apretando la mandíbula, le comían los celos—. Te ordené que lo despidieras.

—¿Y desde cuando tú das ordenes en *MI* galería? —inquirió Kate tomando agua—. Es mía, Eric, yo decido quien trabaja conmigo y quién no. Si no te agrada Sebastián es tu problema, porque a mí si —indicó dejando el vaso vacío en el mesón de la cocina. Sintiendo el jalón cuando el rubio le cogió bruscamente del brazo para detenerla.

—Hablo en serio, Kate.

La castaña bajó la mirada hacia el agarre en su brazo, y luego regresó a Eric con la misma seriedad.

—Yo también, y si no quieres que mañana mismo me le esté metiendo en la cama, me sueltas.

Los verdes ojos del rubio se abrieron de par en par incrédulos de lo que su mujer había dicho.

—¿Me amenazas? —preguntó atónito, sin soltarla, sacudiéndola tan fuerte que le hizo quejarse de dolor.

—Tal vez —alegó Kate librándose del agarre finalmente, retomando su camino a la escalera—. Tú no eres el único que puede acostarse con otra persona.

—¡Yo no me acuesto con nadie! —impuso Eric subiendo la voz—. Claudia es solo una amiga de muchos años. Que sea mi socia ahora no significa nada.

Kate rio con victoriosa amargura mientras subía las escaleras.

—Yo no dije que fuese Claudia, cariño. Lo acabas de hacer tú.

El rubio se quedó helado en la sala mientras la veía perderse de vista en el tope de la escalera, escuchando la puerta de la habitación de huéspedes cerrarse con fuerza.

## ***2 AÑOS ATRÁS (2016)***

***Miércoles, 06:00 A.M.***

El último año y medio había sido un infierno. La castaña había abandonado finalmente a los psicólogos que intentaron hacerle ver que se estaba aferrando a una tóxica relación por miedo a afrontar la pérdida. Y cuando finalmente pareció entenderlo, habían empezado a ignorarse. Vivían en la misma casa, dormían en habitaciones separadas, no compartían las comidas

del día, y si acaso se veían a la noche cuando llegaban a casa. Se trataban como dos inquilinos que habían aprendido a soportarse.

A kilómetros de Los Ángeles, Eric se encontraba desnudo y de pie en el balcón de su habitación en Londres, disfrutando del amanecer en completo silencio mientras que Claudia, esa rubia de la que Kate siempre sospechó, dormía en su cama.

Llevaba 4 meses viviendo en Londres debido a un gran proyecto que había querido controlar personalmente, o al menos esa había sido la mentira con la que se había quedado la castaña. Aún le quedaban otros 10 meses más en aquel país, y aunque se revolcase todas las noches con la rubia, no dejaba de pensar en lo que había dejado en casa. Ni siquiera se atrevía a llamarle, le avergonzaba el no saber que decirle.

Eric no recordaba cuando había sido la última vez que Kate y él habían compartido una conversación de las que solían mantenerlos despiertos por horas durante la noche. En madrugadas como aquella extrañaba su voz.

Un ronroneo se escuchó desde el interior de la habitación. La rubia que yacía desnuda en la cama del arquitecto se removió para encontrarse la misma vacía.

—¿Eric? —Le llamó elevando la cabeza para verlo en el balcón—. ¿No temes que te vean desnudo?

—Estamos en un pent-house —respondió con indiferencia.

—Eso es lo que más me gusta de ti, lo atrevido y valiente que eres.

El ojiverde rio con amargura.

—Puede que seas la única que piense eso de mí en todo el planeta.

—Lo pienso y lo mantengo —indicó la rubia destapándose para quedar desnuda y a la vista—. Nadie te conoce mejor que yo.

El rubio sabía que aquello no era cierto. Kate era la única persona que lo conocía realmente. Incluso cuando había mucho de él que la castaña aún desconocía.

—Regresa a la cama, aún está caliente —pidió Claudia con sugestiva voz.

Eric se giró para verle, encontrándosela con una sensual pose que le invitaba claramente a continuar con lo que habían hecho toda la noche.

—No me apetece —sentenció entrando a la habitación mientras la rubia se cubría avergonzada con las sabanas.

—Me está cansando que me trates como tu puta de paso, Eric.

—No eres mi puta de paso, Claudia —explicó el rubio buscando ropa limpia en su maleta.

—¿Y qué demonios soy? Llevamos juntos más de 4 años, ¿Qué se supone que soy para ti?

—Kate es mi esposa, haz la matemática.

Un fuerte cólera estalló dentro de Claudia, quien le lanzó una almohada con todas sus fuerzas al ojiverde, sintiéndose humillada él. Eric la esquivó fácilmente mirándole con aprensión y reproche.

—¡Maldito Patán!

—Vístete si quieres que te lleve a conocer Londres. No pienso esperar por ti —indicó antes de entrar al baño, justo antes de que otra almohada chocase con la puerta.

### ***1 AÑO ATRÁS (2017)***

***Sábado, 08:00 P.M.***

El apartamento de Sebastián era sencillo. Grande, amplio y sumamente elegante, pero sencillo. Enormes cuadros pintados por él guindaban de las paredes, y los tonos grises generaban una agradable sensación de paz y tranquilidad que Kate no sentía hacía mucho tiempo en su propia casa. La decoración navideña le daba un toque mágico y hogareño, recordándole a la castaña las pocas ganas que había tenido de decorar ese año.

—¿Quieres algo de tomar? —preguntó el museólogo desde la cocina que conectaba en espacio abierto con la sala.

—Sí, un poco de agua no estaría mal —respondió ella mientras se acercaba al piano de cola que, negro y elegante, se convertía en la pieza central de la sala— ¿Tocas el piano?

—Un poco, sí —contestó Sebastián sirviendo dos vasos de agua—. Hace tiempo que no lo hago por falta de tiempo, pero sí.

—¿Tocarías para mí?

El museólogo, que no le había visto sonreírle de aquella forma tan dulce, regresó a ella ofreciéndole la bebida.

—Seguro, pero advierto que estoy algo oxidado.

—No te preocupes, no puedes tocar peor que yo —recalcó recordando las clases de piano que, así como el baile, también había dejado a un lado por culpa de su matrimonio.

—¿Tú tocas? —Sebastián se mostró interesado.

—No. Lo intenté, vi clases por un tiempo, pero no funcionó —contó forzando la sonrisa.

—Cuando quieras yo puedo enseñarte un poco más, si te gusta la idea — propuso logrando que la forzada sonrisa en el rostro de la castaña se tornase cálida y real.

—Me encantaría.

El museólogo tomó asiento en el piano, destapó las teclas y tocó varias de forma aleatoria antes de comenzar a tocar. La suave y relajante melodía robó otra genuina sonrisa en el rostro de Kate, quien no apartaba sus avellanados ojos de encima del apuesto artista.

Eric llevaba más de un año viviendo en Inglaterra por el supuesto proyecto hotelero en el que trabajaba, y durante ese tiempo Kate había empezado a sentir cosas por el museólogo. Ansias, deseos, inquietudes que hacía mucho tiempo no le erizaban la piel. Un revoloteo en la boca del estómago que le agitaba la respiración cada vez que Sebastián se le quedaba mirando atento mientras ella hablaba. Un escalofrío que le recorría entera cada vez que le rozaba la mano o le abrazaba al despedirse de ella cada noche en la galería.

Kate sabía que estaba mal, pero aun y cuando no fuese feliz, aun y cuando su matrimonio fuese una vulgar farsa, nunca se le había cruzado por la cabeza el ser infiel, al menos no hasta aquella noche.

Lo que le hizo pensar en Eric, en las razones por las cuales seguía atada a él incluso después de tanto tiempo separados. Muchas veces suponía que era a causa de la angustia que le generaba enfrentar el mundo el uno sin el otro luego de haberse acostumbrado a tenerse. Otras veces pensaba que era el miedo a la reacción de Eric si ella le pedía el divorcio. Le daba pesadez imaginar el drama que montaría. Pero la mayoría del tiempo se convencía de que no sabía si era lo correcto, o si ella estaba equivocada. Se había acostumbrado tanto al sufrimiento, que ahora le daba miedo algo diferente.

El terapeuta de parejas que desde hacía poco había vuelto a visitar, le había insistido en que toda relación tenía arreglo, pero... ¿Qué pasa cuando no quieres que se arregle? ¿Qué pasa cuándo solo piensas en que se acabe para sentirte libre?

Sebastián terminó de tocar y ella le regaló otra gran sonrisa.

—¿Cómo lo hice? —preguntó el castaño.

—Como si no hubieses dejado de tocar nunca —aseguró ella viéndolo

ponerse de pie para acercarse.

—Gracias —dijo notándola diferente esa noche—. ¿Te sucede algo Kate?

La pintora elevó la mirada hacia él, lo pensó por un momento y finalmente negó con la cabeza.

—Nada malo.

—¿Segura? —insistió Sebastián no muy seguro. La había notado pensativa todo el día, incluso callada y ahora sumamente dulce con sus miradas y sonrisas.

La castaña asintió en respuesta.

—Sí, segura. Es solo que... —Hizo una pausa mordiéndose los labios como una adolescente que se avergonzaba de admitir una verdad—. Quiero volver a sentir, quiero volver a amar. Quiero más de la vida.

Sebastián le sostuvo la mirada sintiendo que se refería a él.

—¿Intentas decirme algo?

Kate no contestó, acortó toda distancia y le sonrió antes de ponerse de puntillas para responderle con un beso en los labios. Un corto y rápido beso que dejó al artista descolocado mientras el corazón de la castaña se aceleraba con renovadas energías como no había imaginado que sucedería.

La pintora sonrió al separarse, y sus avellanados ojos se cruzaron con los azules de él antes de que este la cogiese por el cuello para besarle con mayor afán.

Ella le rodeó con los brazos, él la apretó entre los suyos. La pintora temblaba una vez más luego de muchos años, se erizaba y estremecía como pensó nunca podría hacerlo con otro hombre. Siempre creyó que nadie la besaría como Eric, pero nunca imaginó que pudiesen besarle mejor.

Los labios de Sebastián no le hacían sentir como un trofeo adquirido, sino como una bendición. Y al separarse de los suyos, la sonrisa que se dibujó en ellos le apretó el corazón con la más cálida sensación.

—Kate... N-no sé qué decir —susurró el museólogo sin soltar a la castaña—. He esperado tanto por esto.

—Lo sé —admitió la pintora consiente de lo que el artista sentía por ella.

—¿Lo sabes? —preguntó sorprendido y visiblemente aliviado. Acariciando el achocolatado cabello de la pintora mientras esta asentía en respuesta—. Entonces sabes que lo que siento no es una simple atracción. Que te quiero.

El corazón de Kate se agitó con rudeza haciéndole sonreír.

—Lo sé. Como también sé que sigo siendo una mujer casada, y que esto

te convertiría en mi amante y que...

Sebastián le hizo callar besándole de nuevo, provocando que esta se pusiera de puntillas una vez más para fundirse contra su varonil y fuerte cuerpo.

—A mí no tienes que darme explicaciones —indicó—. Sé que no es fácil acabar con una relación de tantos años. Yo tardé 3 en pedirle el divorcio a Lucía. —Le recordó habiéndole contado todo sobre él para ese entonces—. Así que, si tengo que esperar, lo haré. Pero no pretendo ser tu amante, y no porque me falten ganas —aseguró dándole otro corto beso—. Sino porque valemos más que eso.

La castaña suspiró con el corazón a punto de salirse por la boca. A Sebastián sí parecía importarle el cómo ella se sintiese con respecto a la situación. Que se preocupase por hacer las cosas bien le hacía sentir valiosa, como si finalmente formarse parte de algo, de una especie de equipo que trabajaba en conjunto para que las cosas funcionasen.

—Está bien, tienes razón —concordó con él consiente de que era lo más sensato para ambos. No queriendo cometer el mismo error que había cometido con Eric hacia tantos años de apresurar todo por un chispazo—. Pero no quiero irme esta noche, quiero quedarme contigo —confesó—. Así sea solo para ver películas y dormirnos juntos en el sofá.

Sebastián sonrió en respuesta acariciando el rostro de la castaña con sus dedos.

—Me encanta tu idea. ¿No tendrás problemas con Eric?

—No llega hasta dentro de dos meses —informó Kate con indiferencia total.

—¿Dos meses más? Lleva más de año y medio en Inglaterra —recalcó Sebastián sorprendido de que ese hombre no se hubiese preocupado por visitarla o si quiera por navidades.

—Estoy segura de que no quiere volver a casa.

Sebastián suspiró sin saber qué decir.

—Prefiero no opinar sobre tu marido, así que iré por las palomitas —indicó el artista—. ¿Preparas tú el sofá y la televisión?

Kate asintió emocionada con la idea.

—Ponte cómoda entonces, corazón. —Le pidió Sebastián antes de darle un beso en la frente y marcharse a la cocina.

La castaña suspiró, se sentía bien. No estaba segura si lo que sentía por Sebastián sería algo para toda la vida, pero tampoco le importaba, ya no. Kate

quería disfrutar del presente, de esa forma no se haría mayores expectativas que luego se sentiría obligada a cumplir para sentirse realizada. No quería cometer los mismos errores que había cometido con Eric, no quería apresurarlo todo, hacerse ilusiones y luego salir por patas de otra relación fallida. Ni si quiera estaba segura de que aquel sentimiento llegase a convertirse en una relación. Seguía casada con Eric, y no queriendo serle infiel de la manera en que ella sabía lo era él, agradecía que Sebastián le hubiese hecho entrar en razón en que lo más sensato para ambos era esperar. Ella tenía que solucionar su situación marital primero antes de tomar decisiones que involucrasen su corazón a niveles irreversibles.

### ***3 MESES ATRÁS (2018)***

***Lunes, 9:40 P.M.***

Hacía poco menos de unas semanas que Eric había regresado finalmente a casa. El viaje que solo duraría 6 meses se había prolongado por casi dos años. Tiempo que a Kate le había servido para pensar, sanar y reflexionar. Para recuperar la seguridad en sí misma, para reencontrarse y redescubrir sus metas. Para escucharse solo a ella en busca de lo que la haría feliz de ahora en adelante. Para tomar decisiones que marcarían un antes y un después en su vida.

Aquella noche primaveral sería la última que cenaría con él, con el atractivo adonis que hacía 10 años le había robado el corazón, el que, frente a ella, cenaba en completo silencio.

Y es que no había nada que decir, hacía mucho que no tenían temas de conversación para compartir. A ella había dejado de importarle cómo lo pasaba en el trabajo, y a él simplemente nunca le había interesado como le iba a ella con la galería. El tema de sus familias había pasado a un segundo plano, y hablar de ellos mismos se había convertido en un tema intocable que solo le confirmaba a la castaña que por más que lo pudiesen seguir intentando, aquello no tenía futuro alguno.

Kate quería una vida completamente diferente. Donde no le gritasen, donde no la humillasen cada dos por tres en arrebatos de inmadurez, donde no tuviese que medir lo que decía, o tuviese que callar lo que opinaba. Donde no tuviese que defender lo indefendible para no ser juzgada ante los ojos de los demás, donde lo que opinasen terceros no tuviese que mortificarle. Donde no se sintiese avergonzada, donde no se sintiese tan sola y olvidada. Kate estaba

segura de lo que quería, y no iba a aceptar menos porque lo valía.

El silencio en aquel comedor era tan frío y ajeno, que nadie hubiese imaginado que eran marido y mujer, mucho menos que llevaban tanto tiempo juntos, o que alguna vez habían estado completamente enamorados el uno del otro. Eran dos extraños que compartían la misma casa luego de no haber hablado más de un par de veces en casi dos años.

—Quiero el divorcio —anunció Kate rompiendo el silencio sin anestesia.

El ojiverde dejó de comer para elevar la mirada hacia ella, completamente fuera de base.

—¿Perdón?

—Quiero el divorcio, Eric —repitió la castaña.

El arquitecto, sin saber qué decir, o cómo reaccionar, soltó los cubiertos con la mirada fija ahora en su plato casi vacío.

—Es lo mejor para ambos, esto ya no tiene sentido alguno —argumentó ella esperando que el dijese algo, pero el rubio se mantenía estoico y ajeno—. Ya he hablado con mis abogados y en un par de semanas tendrán la sentencia de divorcio lista para firmar —informó con el corazón hecho un trapo. Aun y cuando sabía que era lo mejor, que no había otro camino u otro destino para su historia, dolía, y dolía mucho.

—¿Piensas decir algo? —preguntó desesperándole su indiferencia—. No lo sé, que piensas lo mismo, que entiendes, que estás de acuerdo.

Eric elevó la mirada hacia su esposa.

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé, ¿Algo?

—Tú ya lo has dicho todo —dijo Lanzando la servilleta en la mesa.

Aquella no era la reacción que la castaña había esperado, a decir verdad, no sabía que reacción había esperado del rubio. Aquella situación, aquel momento, resultaba inesperadamente desolador. Y negada a caer en la cotidiana conversación que terminaba por destruirles un poco más, se puso de pie para marcharse a su habitación en busca de sus cosas. No pasaría ni una noche más en aquella espiral de dolor que parecía no tener fin mientras estuviesen juntos.

La castaña no tardó más 5 minutos en bajar con las maletas que ya había dejado preparadas. Y esperando encontrarlo en la sala o en el comedor para despedirse, se encontró con la casa vacía. Eric no estaba, se había marchado. Las llaves de su coche no estaban y la mesa seguía sin recoger. Ni si quiera se dirían adiós.

Abrió la puerta principal, cogió sus maletas y cruzó la misma por última vez.

# NO TODOS LOS FINALES SON FELICES

## *capítulo 8*

***PRESENTE (2018)***

***Sábado, 09:00 P.M.***

Mas de 10 minutos había tardado la mesonera en traer aquel ultimo café que había pedido Kate. El local se había llenado de un momento a otro debido a la repentina lluvia que azotaba la ciudad, y ni la castaña ni el rubio parecían haberse dado cuenta. Los papeles del divorcio seguían sobre la mesa, y aunque fuese difícil aceptarlo, la noche llegaba a su final.

—¿Me fuiste infiel? —preguntó Kate meneando el cappuccino para que enfriase un poco—. Quiero que me digas la verdad, quiero que admitas que me engañabas con Claudia desde mucho antes de la muerte de Rebeca.

Tronándose los dedos, Eric se negó a responder.

—No le veo el sentido a que lo sigas negando —insistió la pintora—. Yo, aunque me señalaste muchas veces de serte infiel, nunca lo fui. Quise, lo intenté, pero no lo fui.

—No lo estoy negando —aclaró el rubio con resignado y cansado semblante—. Pero tampoco tiene sentido a hablar de ello a estas alturas. Seguirnos haciendo daño de forma gratuita.

La castaña no esperaba aquel argumento por parte del ojiverde.

—¿Entonces admites que no estábamos hechos el uno para el otro?

Eric asintió sin rodeos. Haberse sumergido en tantos recuerdos que se había negado a revivir por mucho tiempo le había hecho abrir los ojos.

—Y se que lo he dicho mil veces esta noche, y otras innumerables veces los últimos 10 años —indicó arrastrando las palabras—. Pero lo siento, siento mucho todo el daño que te causé. Siento habernos descuidado de la forma en

que lo hice. Haber sido un cobarde y no el hombre que te prometí miles de veces que sería. Siento mucho que lo nuestro no funcionase.

Kate sonrió, que Eric reconociera que lo de ellos había sido tóxico le hacía sentir liberada.

—Como he dicho antes, no fue solo tu culpa.

—Claro que lo que fue —replicó el rubio de inmediato—, fui un cobarde y un egoísta, te humillé de formas que jamás pensé que fuese capaz de humillar a alguien.

—Y yo fui una tonta permisiva que, bajo la idea de una historia de amor perfecta, no solo quise que fueses lo que yo había imaginado por tanto tiempo, si no que te permití y perdoné cada humillación sumándole heridas a lo que teníamos.

Eric soltó una amarga risa.

—¿Ahora discutimos sobre quien tiene más culpa?

Caer en cuenta hizo que Kate se le uniera con una sonrisa.

—Esa manía nuestra de discutir.

—Y de hacernos daño —recalcó el rubio bajando la mirada hacia la mesa, quedándose en silencio por un instante mientras Kate se empinaba un buen sorbo de su café. De pronto el bullicio del local les arropó, haciéndoles mirar alrededor. Aquel lugar donde se habían conocido les resultaba tan ajeno como lo era ahora su historia. Habían pasado los años y ya no se reconocían ni en ese lugar. Aquella tarde parecía ahora un sueño lejano del que habían despertado para encontrarse con la cruel realidad de que su historia había llegado al final.

Eric cogió el bolígrafo, abrió la carpeta con los papeles del divorcio, y sin titubear los firmó. Con el recuerdo de aquella hermosa castaña que le había tildado de ser su héroe aquella tarde, clavado en la memoria para siempre. Por ella lo hacía, quería darle, aunque sea una vez, un poco de felicidad.

—Listo —dijo entregándole la carpeta—. Te devuelvo el sueño que no pude hacer real.

Kate miró la carpeta fijamente, sus ojos llenándose de lágrimas entre sentimientos encontrados que se arremolinaban en su pecho haciéndole sentir sofocada. Se relamió los labios y sintió la mano de Eric sobre la suya. Sus verdes ojos le miraron con el cariño y el amor que hacía mucho no lo hacían, se despedían.

—Te voy a extrañar —admitió el arquitecto con quebradiza voz.

La castaña asintió limpiándose las lágrimas.

—Y yo a ti. Al menos al chico que conocí aquella tarde en este café.

Eric sonrió viendo alrededor.

—Sí, ese chico ya no existe —aseguró.

—Lo sé, pero eso no significa que no encontraras a alguien, reharás tu vida y serás feliz.

—Tal vez, no lo sé —dijo el rubio viendo fijamente la unión de sus manos, esa que él decidió romper para dejar que la castaña se marchase cuando lo deseara—. Deberías irte, tienes maletas que preparar para el viaje y ya te he retenido mucho.

Kate le miró en silencio por un instante, no sabía como despedirse, o si debía hacerlo. Estaban oficialmente divorciados y aún ni ella sabía como sentirse al respecto. Bebiéndose lo que quedaba del café, se quitó el anillo de matrimonio para dejarlo junto a la taza, guardó el bolígrafo, recogió la carpeta y se puso de pie para marcharse.

—Kate... —Le llamó el arquitecto haciendo que la castaña se girase— Te amé, te amé mucho.

La castaña sonrió ante la valentía del rubio para despedirse.

—Y yo a ti —admitió—. Adiós Eric.

—Adiós Kate.

La pintora se acomodó el abrigo y el bolso al hombro para tomar camino a la salida del café. Eric le siguió con la mirada, viendo como de la misma forma en que aquella hermosa mujer de avellanados ojos había entrado a su vida, ahora salía de esta.

La puerta sonó al cerrarse y la lluvia obligó a Kate a sacar su paraguas, robándole una sonrisa al recordar los charcos que había pisado hacia 10 años para llegar a la cita a ciegas que cambiaría el rumbo de su vida en aquel entonces. Cruzó la calle y se perdió de vista entre las personas que apresuraban el paso para buscar refugio. En la vía contraria, y sin intenciones de cubrirse del agua, Eric se ajustó el abrigo para cubrir su cuello del frío antes de tomar camino sin rumbo aquella noche.

Dentro del café, en aquella mesa donde habían dado final a su historia, solo quedaban unos cuantos dólares, la propina, un par de anillos de matrimonio y una taza de café, vacía.

**THE END.**